

RARO PERRO VERDE

Daniel Fermani

*“Y la ciudad ahora es como un plano/
de mis humillaciones y fracasos...”*

Jorge Luis Borges
Buenos Aires

Caminaba por calles que tenían principio y fin, que cambiaban de perfil y se metamorfoseaban bajo su vista corta y redonda, como un juego de magia de cartones pintados con dibujos ópticos o como dados arrojados al azar sobre el tapete simétrico de la ciudad, de ese barrio antiguo que era su territorio y que en la jerga de la gente del lugar se llamaba “la Cuarta”. Y que tal vez no podía ser otra cosa que un mapa de calles segmentadas y truncas, bordeadas de casas vetustas y tapizadas de veredas desiguales, rotas, desteñidas, sombreadas por árboles antiguos y ceñidas por acequias profundas.

Llegó a la esquina destartada del bar habitual, donde el tajamar custodiaba semejante a un torrente sagrado la precariedad de las paredes hechas de viejas puertas con vidrio, el techo de maderas y latas, las mesitas de fórmica mordisqueada y las sillas de hierro y las de plástico. Se

acomodó a una mesa sobre una de las tarimas que cubrían parcialmente el cauce del canal, y vio venir a Anita con paso sencillo pero un poco desesperado. Partía desde detrás del mostrador y atravesaba el salón, el umbral en falsa escuadra de una de las puertas dobles, y se detenía junto a él.

-Esto es como Venecia.

Dijo Anita y servía cerveza con la mano un poco grosera y las uñas despintadas, como si el esmalte que las cubría hubiera sido taraceado descuidadamente por todas las intemperies. Lo besó con cariño en ambas mejillas.

“Tanto afecto por una cerveza”, pensó él.

Anita tenía un rostro circular, ablandado por la fatiga, sobre el cual un peinado que ciertamente no había ideado la naturaleza, variaba del amarillo dorado al verde amarronado de acuerdo con los reflejos dispares de la luz fluorescente. Sus ojos, también redondos, estaban delineados de celeste y negro, de modo tal que restallaban en el contexto de su cara como dos compuertas melancólicas y acuosas cuyo mecanismo se hubiera roto y se abrieran y cerraran sin orden ni lógica.

A esa altura de la ciudad el tráfico sobre la vieja avenida seguía siendo numeroso, pero ya pobre, como los edificios alrededor, descascarados, pesados. La Cuarta se caracterizaba sobre todo porque se derrumbaba sobre sí misma. A fuerza de soportar innumerables vidas sobre los paredones de adobe, sobre los dinteles de ladrillo y piedra y sobre las veredas irregulares, cedía casi imperceptiblemente al peso de algo incalificable, de una atmósfera que se le había vuelto propia, de un aire cargado, cansado, fuerte.

En esa ciudad anodina, in crescendo, falsamente alegre, rica y muy pobre, apretada por la montaña y calcinada por un sol perenne, la Cuarta era un verdadero

jirón de carácter, el retazo último de una personalidad que velozmente la globalización, las multinacionales, el consumismo, la humillación de la miseria y el lujo humillante estaban devorando en todos sus otros barrios, en todos los rincones hacia los que se extendía cada vez más ansiosa y ambiciosa, adocenada y subdesarrollada.

El bar del tajamar, que decían era propiedad de un ex boxeador, se erguía, si así se puede decir, sobre el límite norte de esa zona, y era uno de los últimos vestigios de una ciudad arrasada, diferente, perdida. Su pobreza y su carácter precario le habían conferido una suerte de pasaporte de supervivencia, sostenida por una infaltable concurrencia de los más variados tipos humanos.

Bebió la cerveza mirando a su alrededor. En una mesa cercana un grupo de jóvenes hablaba, miraba a las mujeres que pasaban por la vereda, trataba de dilapidar lo que tal vez podría designarse como el transcurso de la existencia, y que no era otra cosa que segmentos de espacio en movimiento, fracciones de una ecuación que nada tenía que ver con la voluntad o la ausencia de voluntad, ni mucho menos con lo que por lo general se nombra como hechos, acontecimientos, sucesos.

Adentro del bar, donde dominaba la luz incolora del neón y el humo de la parrilla transformaba la atmósfera en una suerte de crematorio con espectadores, una mujer gorda con el cabello deshilachado, teñido de un color semejante al de las flores de plástico que se resquebrajan sobre las tumbas olvidadas de los cementerios, miraba por el vidrio sucio, como si a través de ese cuadrilátero viera no el mundo, la sólida calle, sino su propia imagen en otra vida diferente. Detrás de ella restallaba sobre una pared un cuadro gigante de un ángel azul, mitad efebo mitad virgen de los milagros, con dos alas abiertas como antenas de

radar, disolviéndose en el espacio, pesadas como acero, imposibles.

Bebía la cerveza velozmente, pero en realidad sin deseos. Miró alrededor para controlar que los pedazos de ese mundo siguieran en su lugar. Hasta donde le alcanzaba su vista, que era poca, todo parecía en orden.

Pensó que estaba sentado a esa mesa, en ese lugar preciso de la Cuarta, y que si todo fuera lógico debería hacer algo concreto, como por ejemplo buscar dónde vivir. Su propia idea le dio risa. “¿Dónde se vive?”, se preguntó a sí mismo, y reformuló el pensamiento. Buscar dónde descansar. Esta segunda fórmula le pareció más adecuada a sí mismo. Pensó también que la mercadería que llevaba en el bolsillo interno de la campera podía procurarle un sitio. Pero por lo general no le gustaban las personas que vivían en esos lugares, los lugares que podía facilitarle la droga. Y no se quedaba en ninguno de ellos más de una vez.

Vio llegar a Lúquez en el fluido y breve campo visual de su segunda botella de cerveza. Vino directamente hacia él, con su sonrisa estúpida y su cara de muchacho bueno. Se sentó a su mesa y empezó con una retahíla de saludos y preguntas comunes. Él no respondió a ninguna, y para evitar que continuase esa patética representación de amistad, se limitó a palmear velozmente la campera sobre el bolsillo donde tenía el paquete. Los pequeños ojos perrunos de Lúquez dieron un destello, como si hubiese encontrado un sentido a su inexplicable presencia en este planeta.

Lúquez era todo aquello que alguien podría no llegar a desear. Sin embargo cobijaba una cierta simpatía en su estupidez. Preguntarse qué hacía en la vida un

hombre como él era vano. Hubiera sido preferible preguntarse cómo sobreviviría la raza humana sin Lúquez, o al menos sin hombres como Lúquez, que daban a la cotidianeidad la certeza de su absoluto e innegable sinsentido. Hablar con Lúquez era muy sencillo, porque cualquier tema que se afrontase, él lo cazaba al vuelo y lo rebobinaba con increíble liviandad, como si supiera un poco de todo, o más bien dicho muy poco de todo. De esa manera, aunque la mente estuviera de vacaciones, se podía perfectamente conversar con Lúquez, venderle droga y hasta quedarse a dormir en su casa, pensó él.

También imaginó que estaba siendo demasiado cruel con su mejor cliente, y en todo caso con su cliente más simple. Había otros que desenvolvían un tratado de doméstica psicología autoconsolatoria solamente para consumir una dosis.

En su recorrido repetido por las calles de la Cuarta, en su gastar veredas silenciosamente por ese barrio que era su mundo propio, Lúquez era una de las mejores cosas que le podía suceder. Y con más razón ante dos botellas vacías en el bar del boxeador.

Ya tenía donde ir. No era uno de sus lugares preferidos. De todos modos, Lúquez se derrumbaría. No tenía resistencia. Así él se aseguraba un descanso más prolongado. Se trataba de hacer lo habitual, o calcarlo, inscribiéndose en las leyes universales de repetición del movimiento, y sobre todo ateniéndose a sus consecuencias. Pensó que todo era un movimiento que traspasaba el universo, la Tierra, la ciudad, las veredas que recorría. Intentaba contrarrestar los efectos de ese movimiento permanente y ubicuo realizando él mismo un movimiento permanente que abarcase sin solución de continuidad todos los ángulos equidistantes de esa zona ensombrecida

llamada la Cuarta. De ese modo pretendía detener el mismo movimiento de las cosas, incorporándose a una corriente que paradójicamente lo mantuviese a flote en su mismo torrente, como un tronco que remolinea a ras del agua y en su girar no cambia de posición respecto de las márgenes del río que todo lo arrastra.

Su experimento, si así se lo puede llamar, lo sometía a un desplazamiento permanente, circular, que le impedía adherirse a las personas o a las cosas, y que asimismo le aseguraba la certidumbre de un paisaje conocido, manejado. Sin duda luchaba contra algo que no podía nombrar y cuya implacable linealidad contrarrestaba, haciendo de sus pasos un laberinto concéntrico, incesante. Estar en el mismo sitio para no estar en ninguno. Caminar junto a la línea de sombra, pisándola, para evitar el lado iluminado, y también el oscuro.

Abrió los ojos y la casa de Lúquez estaba a su alrededor, tatuada por la luz avara que entraba desde la ventana de la pared semicircular adornada con cortinitas de abuela, labradas con orificios y respaldos. O tal vez, dedujo, sencillamente agujereadas y deshinchadas. Los ruidos de la calle acibillaban con sus ondas invisibles las paredes piqueteadas, entraban por la ventana, movían las ridículas cortinas, y restallaban en sus oídos. Cerró los ojos. Imposible. Dormir. Estaba acostado en un colchón sobre el suelo, y todo a su alrededor parecía oblicuo, todo se inclinaba sobre su cabeza como una dentadura cariada amenazadora y maloliente.

Eso, pensó, la casa de Lúquez semejaba a una dentadura cariada. Se apoyó sobre los codos, sobre las manos, y en un supremo esfuerzo se puso de pie. Derrotar

la fuerza de gravedad e incorporarse era un ejercicio que variaba su magnitud de acuerdo con el entorno en donde se realizaba. En casa de Lúquez podía ser ciclópeo: algo en la atmósfera, en el piso, en las paredes, en el aire viciado, lo volvía difícil. En cambio hubiera debido ser veloz y decidido, encaminado a desanudar la relación saltuaria con ese ambiente en el que todo estaba chueco, como mal puesto, y hacía que el cuerpo también se fatigase en el intento de coordinar su equilibrio con el eje de rotación de la Tierra.

Lúquez dormía enrollado en la única sábana que adornaba el colchón puesto sobre el piso; dormía con el perro echado a la altura de sus rodillas.

La casa tembló, onduló, se licuó y volvió a concretarse a su alrededor: un antro penumbroso y húmedo, de paredes picadas, lleno de muebles viejos y objetos obsoletos y polvorientos. Trató de dar un paso y un mareo fenomenal casi lo obligó a aferrarse a una de las telas que colgaban de la pared. Pensó que si lo hubiera hecho, si verdaderamente hubiese debido sostenerse de una de esas telas, habría provocado solamente una incontrolable precipitación de polvo y el derrumbe certero de la tela en cuestión, los clavos que la sostenían y una suerte de cuadro que coronaba tan decadente decoración.

Cerró los ojos y los abrió con un esfuerzo de voluntad comparable al decimotercer trabajo de Hércules. Sonrió para sí mismo. Tuvo la certidumbre de que sólo él era capaz de reírse de sus chistes. Este efecto lo hizo trastabillar y casi se tropieza entre los dibujos simétricos de las baldosas gastadas. Se dirigió al baño. Atravesó un pasillo igualmente ruinoso y recargado de cachivaches. El baño parecía no haber sobrevivido al atentado de las Torres Gemelas. Sonrió de nuevo por su propia ocurrencia;

lástima que nadie las escuchara, pensó. Caminó sorteando los escombros de la explosión o las porquerías que sembraban el piso y los rincones, y llegó hasta la bañera. Se introdujo en ella con la repugnante precaución de quien manipula un virus altamente infeccioso, y con mano decidida abrió la ducha. Recordó con rencor que en esa casa el agua caliente era un don para el cual había que encomendarse a alguna divinidad de la buena suerte. Apretó los dientes y se metió bajo la desnutrida lluvia. Con los ojos cerrados orinó. Dejó que su orina enriqueciera el escuálido caudal de agua que se escurría por la huella oxidada de la bañera.

Lo único que pedía a la vida, a sus compañeros ocasionales, a quien fuera, era una ducha abundante y caliente.

Se fue de esa casa sin que Lúquez se hubiese despertado. Renunciar a comer algo le parecía un precio demasiado bajo por no ver su sonrisa estúpida y sus ojos a media asta, pegados de sueño. Sin contar su conversación, que ya en la plena vigilia tenía el poder de producirle una inquietud ósea difícil de dominar.

La calle quemaba y se calcinaba a sí misma bajo el peso de automóviles y ómnibus. La ondulación de las cosas que deberían ser rígidas, y la náusea, regresaron en una brusca oleada que lo detuvo. La cabeza hizo implosión, el cuerpo sufrió un espasmo febril. Miró en torno: un pequeño círculo ciego. Le dolieron los ojos. Un dedo de fuego se le metía en la garganta y estaba por obligarlo a vomitar. Sacó un par de ridículos anteojos negros de un bolsillo de su campera y empezó a caminar hacia el norte. Cerró los ojos. Sin duda era indispensable anclar en un sitio seguro, donde al menos la higiene le asegurase que no iba a morir de intoxicación o septicemia

o quién sabe qué enfermedad salida de las tumbas de los faraones egipcios.

Abrió los ojos, y Edith le colocaba sobre las sienes compresas frías. La fiebre lo hacía tiritar, y Edith se veía ancha, vibrante, la cabeza coronada de una zarza ardiente. Su gesto se limitaba de las manos a la palangana con agua y vinagre, al trapo mojado, a la frente. Cerró los ojos, una lanza de fuego subió por su pecho, pasó por su garganta, atravesó el maxilar, el cerebro, y estalló contra las paredes internas de la caja craneana.

Edith era la única persona en esa ciudad hacia la cual se sentía en cierto modo vinculado por algo que otros, no sabía si él mismo, hubieran denominado afecto. O tal vez era la única persona con la cual mantenía una suerte de amistad estable y desinteresada, no había droga de por medio y por lo tanto su frecuentación no era movida por el comercio ni el vicio ni la necesidad. Edith era una mujer de carácter definido, escueta de palabras y por lo tanto muy clara. Vivía sola de seres humanos, pero acompañada por una perra y una gata. Ninguno de los dos se hacía preguntas demasiado concretas acerca de la existencia de cada uno, y para él, al menos en su imaginación, ella no hacía más que leer libros muy gruesos, cocinar tartas y otras cosas por el estilo, y cuidar a su perra y a su gata.

Mirándola a su lado y un poco inclinada sobre él, que estaba en una cama, Edith parecía una extraordinaria mezcla de exótica divinidad babilónica con Carmen Miranda, especialmente por sus ojos muy grandes y oscuros y su cabellera inexplicablemente abigarrada y geométrica.

-¿Por qué no te cuidás? –le preguntó Edith, aunque sabía que en esos espasmos de fiebre él no lograba articular palabras. Al menos palabras que pudiesen ser

pronunciadas. En cambio en su mente sí respondía. Respondía respuestas de imágenes superpuestas, o que se perseguían unas a otras y acababan acaballándose como en un choque fenomenal, una catástrofe silenciosa que dejaba como resultado una suerte de Torre de Babel diseñada por el azar, ordenada por el caos de un aleteo de mariposa, y construida con los imposibles retazos de su imaginación hervida.

Mantecía por eso los ojos cerrados.

Incluso si Edith le hacía tragar ese caldo gordo de gallina embarazada, no lograba abrir los ojos.

Las sombras se habían alternado con las luces y Edith seguía sentada junto a la cama y leía. Leía uno de esos libros gruesos, de tapas blandas que se iban enrulando a medida que se avanzaba en el manoseo de su cuerpo rectangular y liso. Se preguntó de qué tratarían todas esas páginas escritas con letras diminutas tan poco atractivas. No se trataba de novelas de amor, se dijo a sí mismo, porque era muy difícil imaginar a Edith suspirando por un galán relamido. Tampoco serán tratados de filosofía, pensó, al menos que Edith fuera un genio y deglutiera las verdades del pensamiento universal en un correr de páginas que le daba vértigo con sólo ser testigo.

-¿El mundo? -le preguntó él tratando de interrumpir su concentración.

-Creo que sigue allá afuera -respondió ella sin distraerse de la lectura. Y sin duda era una respuesta más que explicativa para la economía expresiva de Edith, que ahorraba palabras como otros ahorran dinero o arroz o azúcar en la alacena. Pero las palabras contadas que pronunciaba Edith tenían el poder de querer decir muchas cosas, y de este modo él podía discernir varias ideas y sugerencias de una brevísima frase como la que había obtenido por respuesta.

La campera colgada del respaldo de una silla. En el bolsillo interno, su paquete. Edith lo acompañó a la puerta. Sibila, la gata, y Marta, la perra, la secundaban.

–Parecen la Santísima Trinidad - dijo como despedida, y dejó la casa de Edith, que permanecía de pie en el vano de la puerta como una figurita pintada, la cabellera triangular coronando una cara paciente y acostumbrada al silencio.

La calle estaba bien definida. Un cielo encapotado por una luz baja y omnipresente delimitaba cada frontera, bruñía cada color, acerándolo como a una bala nueva. Se sintió liviano, curado, solo.

Se dirigió hacia el Este, la parte más vieja de la ciudad. Llegó a la antigua plaza de la fundación, convertida por el gusto ecléctico postmoderno-tercermundista en una suerte de parque californiano adornado con faroles estilo decimonónico. Las sucesivas restauraciones le habían hecho perder su aire de plaza de pueblo para incorporarla brutalmente al elenco infinito de plazas del mundo, con sus canteritos de flores y sus palmeras marca “lavado de dinero”. Detrás estaba el gran canal, uno de los zanjones gigantes que delimitaba la ciudad y que se preciaba de haber sido diseñado por los incas o al menos por alguno de sus pueblos tributarios, y que tal vez en realidad era una postrera grieta trazada por alguno de los terremotos destructivos que habían asolado esa región.

Delante de la plaza se encontraba la vieja casona ocupada por una banda de distribuidores y revendedores de droga. Era una casa art-Decó, con un pórtico y una verja

con pilares pintados color maíz. Golpeó la puerta. Del otro lado apareció un hombre flaco, con el pelo enmarañado, los ojos flotando en dos círculos oscuros. Pasó de una sala vacía, con las ventanas cerradas, a un pasillo vacío. Cruzó habitaciones vacías, donde el aire parecía naufragar en la penumbra, recargado, untoso, gastado. Llegó a una cocina rectangular, con azulejos amarillentos y una mesa en el centro. Sobre la mesa se acumulaban sobrecitos de papel blanco. Otros dos hombres sentados en sillas de totora, dividían la cocaína de un montón que sacaban de una suerte de olla de cerámica, y armaban los pequeños paquetes.

Ni siquiera levantaron la vista y él entró en la cocina. El humo de sus cigarrillos, el hedor de los ceniceros repletos, el aire tumefacto, lo empujaron hacia una puerta con vidrios. Salió al patio. Recorrió parsimoniosamente las plantas abandonadas, inspeccionó el yuyal y arrancó las malezas alrededor de un enorme jazmín, torturado por la sequía. Fue hasta la lavandería, había una pileta de piedra y una sola canilla. Tomó un balde de lata del suelo, lo vació de la mugre acumulada dentro y lo llenó de agua. La echó al pie del jazmín. Esperó que la planta bebiera. Repitió la operación cuatro veces. Después le quitó las hojas secas. Se quedó mirándolo un rato. Detrás suyo una voz interrumpió su tarea, la única que podía interesarle en ese sitio:

-Vamos a San Rafael. El Vinchuca nos quiere a los tres. Hay lugares y personas que tenés que visitar –le dijo Roque, el hombre que le había abierto la puerta con sus ojos circundados, de pie detrás de él. Y agregó: -Vos sabés que es mejor no contradecirlo.

Afirmar que no había que contradecir al Vinchuca era como decir que no se podía dejar sin manto a una Madonna. Se preguntó por qué las personas, fueran de la

calaña que fuesen, no podían evitar los lugares comunes. Y sobre todo por qué les gustaba tanto someterse a otro, a un ser al que elevaban sobre lo humano no se sabía bien por cuál razón o con qué sentido. Sí, el Vinchuca sin duda era malvado, aunque a su parecer era solamente tanto o más sórdido que esos hombres. O no, tal vez era más, porque los dominaba y hacía que trabajaran para él. De todos modos, si el Vinchuca lo hubiera querido, hubiese podido hacer que se mataran entre ellos, o que lo mataran a él, o que se mataran todos unos a otros. Y sin duda el Vinchuca quedaría incólume, con su sonrisa de lápida muerta y sus pequeños dientes amarillos.

No tuvo que pensarlo. Igualmente era inútil. Ir o no ir. A San Rafael o a cualquier parte. Y lo mejor era tener buenas relaciones con el Vinchuca. O no podría regresar a cuidar el jazmín. Un viaje al sur, a San Rafael, o una caminata por la Cuarta. No lo pensó. Aunque tampoco pudo evitar el disgusto de tener que estar junto a Roque y González, sus compañeros de viaje. Específicamente porque fumaban, se baboseaban detrás de cualquier mujer y porque él no confiaba en absoluto en la higiene de ninguno de los dos. San Rafael era una ciudad, pequeña y rica, o al menos con mucha gente muy rica que por supuesto consumía lo que ellos irían a ofrecer.

El viaje era tedioso y lo único que podía hacer era mirar por la ventanilla del automóvil el paisaje monótono, tratando de inventar algún juego de palabras, cerrando los ojos y abriéndolos de nuevo para adivinar lo que aparecería en el horizonte, o sencillamente contando las innumerables matas de jarilla, los postes de la luz, el paso lento de las montañas.

Verde. Verde. Verde seco. Seco. Árboles. Árboles. Verde. En su aburrimiento contaba carolinos, sauces, arabias. Campos cultivados. Desiertos.

Se detuvieron en un pueblo de árboles gigantes y sombras verdes que se encontraba algunos kilómetros antes de la ciudad. Roque y González se bajaron del auto y entraron en un caserón de esquina frente a una especie de plaza o parque con una ermita. Era una casa muy alta, de adobones, con ventanas largas y enjutas y molduras de ladrillo desnudo carcomidas por la intemperie. Los paredones habían resistido como mejor podían la desolación del abandono, y seguían sosteniendo decorosamente las cornisas descoloridas que se tuteaban con las ramas de los plátanos gigantes.

Esperó que cerraran la puerta. Bajó también él del automóvil y caminó por los jardines chatos y limpios, llenos de aire. Cerró los ojos. Abrió los ojos. Se dirigió hacia las ruinas de un fuerte, al menos eso decía la inscripción de un cartel medio oxidado a la entrada de los jardines. Paseó entre los restos de adobes y las piedras, bajó la mirada y observó el suelo. Las hormigas. Los yuyos raquíuticos. El polvo diluído. Contempló el horizonte desde donde debió haber habido una atalaya y miró el campo por el cual habrán venido los malones y su furibunda guerra inútil.

Desde el caserón de la esquina llegó la injuria de una bocina y el graznido de un acelerador. Levantó la cabeza y regresó.

En San Rafael se alojaron en un vetusto albergue del centro. En el primer piso las habitaciones tenían balcones y persianas de hierro. Las paredes ostentaban el blanco dudoso de todos los hoteles, como las sábanas, los baños exiguos. Se tiró sobre la cama. González bajó a

comprar cerveza y cigarrillos, Roque desplegó una lista con nombres y direcciones. Y estaba en esa posición un poco obscena confeccionando un itinerario para los tres.

-Mejor organizarse. Empezamos. Yo voy a la municipalidad –dijo Roque con voz sin inflexiones, o con las inflexiones propias de una olla golpeada en medio de una orquesta sinfónica.

A González le tocaban ciertos médicos, ingenieros y gente por el estilo, y él prefirió quedarse con los comunes, los que podía encontrar recorriendo a pie esa absurda y pretenciosa ciudad de provincia, además de algunos clientes que lo conocían y con quienes confiaba en cerrar tratos veloces y seguros.

Se lavó la cara. Se enjabonaba las manos, las llenaba de agua, y se refregaba minuciosamente la nariz, la frente, las sienes. Se secó y comprobó con disgusto que sólo había toallas para dos personas. Había cosas que verdaderamente lo molestaban.

Por las calles caminaba una multitud. Se dirigió a uno de los bares de moda, decorado como una casa de venta de ropa y electrodomésticos. “Qué ridículo”, pensó. Se sentó a una mesita en la vereda. No le gustaba estar flotando en medio de un río de gente que vivía en un pueblo del profundo sur del mundo y caminaba meneándose y mostrando ropa costosa como si paseara frente a las vidrieras del centro de París. Pero allí lo iban a encontrar. Era imposible que quienes consumían cocaína en esa ciudad no pasaran al menos mil veces por los cafés de moda. Se entretuvo mirando el canario prisionero en una jaula de mimbre colgada en la puerta del bar. Cantaba como si le pagaran para ello. Midió las consecuencias de un gesto de arrojo: levantarse de su asiento, ir hasta la jaula, abrirla a toda velocidad y dejar escapar al canario. Pero era demasiado cobarde y perezoso, tal vez sinónimos.

Y quién lo sabe, quizás el canario no quisiera salir de la jaula, o al menos no con la suficiente velocidad como para completar el operativo con éxito y asegurar la huída de ambos.

Se escuchó un grito modulado en falsete. Por su izquierda se aproximaba dando saltitos Raquel. Parecía una mujer madura y él sabía que era una chiquilina gastada. Gorda redonda, con el pelo teñido de color bronce lustrado, con las tetas vibrantes asomadas al escote de un ajustado vestido negro, la cara porcina con la boca esmaltada y permanentemente empujada hacia adelante en el intento de formar un corazón. El resultado: un culo de gallina. Miró los infelices tacos que resistían la carrera de esa mole de carne.

-¡Qué divinos anteojos! -gritó Raquel a modo de saludo y aterrizó su inmensa parte posterior en la silla frente a la suya.

-Italia –sonrió tan falso como ella. -Mercado persa dos dólares. Cualquier respuesta que le hubiese dado no iba a ser escuchada. Raquel no era una persona que escuchase verdaderamente a los demás, estaba ocupada en relatar su vida íntima a cuanto ser vivo se le cruzara en el camino y sobre todo le prestara atención.

-¿Estoy muy despeinada? Vengo de...

Para evitar que lo bombardeara con los detalles de sus relaciones sexuales, orales, anales, vaginales, umbilicales, él disparó y se tocaba el bolsillo de la campera:

-De lo mejor. Vas a ser la primera en probarla.

Bola de sebo estiró el corazón de su sonrisa hacia las distantes orejas y dejó ver los dientes blancos y afilados, como un hambriento al que le hubieran hecho ver una bisteca jugosa con puré de papas al alcance de su mano.

En su casa, Raquel arrojó la hexagonal carterita multicolor sobre un sofá, cerró la puerta que comunicaba del living al resto de la casa, y sin importarle que más allá estuvieran sus padres y su abuela, quiso probar la calidad de la mercadería. Se sentó, abrió un papelito sobre la mesita ratonera, sacó de su carterita una tarjeta telefónica, juntó un poco de cocaína, la puso sobre el vidrio, la aplastó en todas las direcciones con el canto de la tarjeta. Formó dos breves rayas, buscó dentro de la cartera otra vez, y sacó un billete flamante. Lo enrolló, y aspiró con cada nariz una raya. Pasó el dedo por el vidrio, y se frotó la yema por las encías superiores. Cerró los ojos y se dejó caer de espaldas. Él la miró como quien observa una delicada operación quirúrgica que conoce de memoria, y de cuyos resultados está seguro. Raquel suspiró un suspiro más cercano a lo equino que a lo humano, y se dispuso a pagarle. La primera transacción había sido un éxito, no había por qué temer que lo siguiente no lo fuera.

En el fondo, era todo tan similar. Aunque este trabajo estuviera regido por el caos, las variables eran finitas, por lo tanto esperables. Y por sobre todas las cosas, se trataba de factores humanos, nunca tan impredecibles como la caída de una hoja en vuelo libre desde la rama de un árbol, o la trayectoria de una piedra en el lecho de un río de montaña. Seres humanos, los mayores cumplidores de las leyes cósmicas que haya fabricado el universo.

Caminó por la vereda arbolada de regreso al centro. Se detuvo en la esquina frente al bar donde había encontrado a Raquel. Miró alrededor. La misma sensación. Tanta concentración de vanidades en tan poco espacio. “Poco más allá está el campo”, pensó.

Cerró los puños dentro de los bolsillos de la campera y enfiló decidido hacia su derecha. A media cuadra se detuvo frente a un negocio de ropa para adolescentes. Estudió la vidriera. Se quedó parado con la mirada fija, confiando en su suerte. Cerró los ojos. Abrió los ojos. Un jovencito rubio, largo, con un lunar bajo el ojo derecho, salió disparado del negocio directo hacia él. Lo saludó de manera tan efusiva que estuvo a punto de hacerlo perder el equilibrio. No podía sacar las manos de los bolsillos para devolver el abrazo. Recordó que tenía los puños cerrados. Los abrió, palmeó la espalda alta y ligeramente encorvada de Sergio.

-¿Podés salir? –le preguntó.

El jovencito rubio y ligeramente encorvado sonrió como sonreiría un niño, con la boca y con los ojos.

-¿Vamos a mi casa? –contestó desde su altura que trataba de inclinarse hacia el resto de la humanidad en un gesto de excesiva condescendencia.

-Bueno, traé plata.

Sergio lo miró con sus mansos ojos celestes llenos de asnar reproche.

-A vos te importa sólo eso –dijo, pero sin encono.

Una caminata de espera por ese hormiguero le pareció imposible. Volvió al bar. Pero decidió sentarse adentro, la decoración no podía ser peor que la turba que hormigueaba por la calle. Comprobó que desde adentro del bar experimentaba una especie de “efecto pecera”: el encierro y la casi inmovilidad permitían observar y catalogar mucho más cuidadosamente la flora y fauna exteriores.

También adentro había especímenes de las grandes profundidades, peces ciegos que viven en un mundo de oscuridad y desarrollan antenas con luces en las puntas, o tentáculos hipersensibles para tantear alrededor; moluscos

con ventosas capaces de succionar una presa de hasta dos veces su propio tamaño, y algunos pececillos parásitos que vivían en simbiosis con anfitriones grandes y carnosos, platinados de conchillas y caracolitos.

Había una pareja en una mesa cercana que se distinguía por su fealdad. En realidad ella era muy, excesivamente fea, pero la luz de su fealdad iluminaba de tal manera a su novio que lo teñía de algo grotesco, y en lugar de resaltar el contraste barroco entre lo monstruoso y lo bello, lo mimetizaba con su propia fisonomía, envolviendo a ambos en una claridad penumbrosa y maléfica. Los contemplaba hablar, es decir, a ella que hablaba como una revolucionaria, poniendo en funcionamiento cada trazo de su fisonomía y agregándole manos y brazos, con los consiguientes golpes sísmicos del cuello, tronco y hasta piernas debajo de la mesa. Pensó si ella no estaría defendiendo su inexorable fealdad, como un tesoro exclusivo ypreciado que debe ser explicado. Pero en cambio tuvo la más neta sensación de que en realidad la mujer peroraba en contra de otro ser humano, alguien definitivamente ausente y por lo tanto incapaz de parar esa marea de golpes lanzados por esta suerte de Gorgona envenenada de desquicio.

Llegó Sergio y él había hecho otras dos ventas.

A diferencia de otros clientes y amantes, Sergio vivía en una casa limpia. Una extraña casa de adobe a la que se entraba por un pasillo de ladrillo con piso de baldosas flojas. “Lástima que tenga tan mal gusto”, pensó. Miró las revistas de decoración junto a la cama y estuvo a punto de tomar una. Pero iba a tener que levantarse e ir al baño. Mirar revistas de decoración le producía efecto laxante, aunque ni siquiera leía los epígrafes. Sergio regresó, se acostó a su lado y lo abrazó. Ese muchachito

longilíneo le gustaba, si no hablaba. Tenía una boca tan semejante a una fruta fresca. La penumbra de la habitación sin ventanas lo llevó velozmente a cerrar los ojos.

Los abrió porque sus oídos fueron perforados por la brutalidad de una música estridente que venía del living y que invadió toda la pequeña casa. Dio un respingo en la cama y Sergio se levantó desnudo, salió de la habitación y desapareció por la puerta doble. A través de las estridencias de la música se escucharon palabras, algunas eran de Sergio, otras de otro hombre. No parecía una discusión, pero se escuchaba como una suerte de duelo de espadas cortas, entre amistoso y competitivo.

Cerró los ojos y trató de que la música dejara de fastidiarlo. En definitiva, era la casa de Sergio y si había algo que resolver con alguien, que se encargara él.

Sin embargo algo que podría haber sido curiosidad o insomnio lo levantó de la cama y con el piso pegado a las plantas desnudas se apoyó contra la puerta de doble hoja de la habitación. Llegaba una penumbra desde la izquierda, una penumbra lenta y amarilla, como de ámbar, como de velador insuficiente. Procedería de la habitación contigua, la habitación que también daba a esa sala, galería o lo que fuera, sin duda, sin duda. Las voces se colaban por la luz dorada y llegaban casi exhaustas a sus oídos. O sus oídos las escuchaban de manera exhausta, desteñida, y sin embargo con puntos de luz, como estrellas diminutas en la cola desvaída de un meteorito moribundo.

Se apoyó con todo el cuerpo, con la cabeza abandonada al marco de la puerta. Estaba desnudo, pero en esa casa se sentía bien estando desnudo, era como si allí tuviera que estar desnudo, despojado de algo que era solamente suntuario, ropa, que no era la juventud, el espíritu incesantemente adolescente que animaba ese lugar.

Escuchó. Las voces le llegaban paulatinas como una trenza deshecha por un viento pampeano. Otras veces, con la claridad de pequeños chuchillos de cristal en la luz dorada que nadaba en la galería. Se dejó llevar por esas voces, como si estuvieran destinadas a él. Destinadas a él pero ingenuamente, como voces de adultos a un niño, a un durmiente bebé que no comprende los signos, pero sí los sonidos.

En el arroyo dorado y decaído de las voces, que debían ser de Sergio y de su amigo, o quien fuera el otro hombre, sin embargo, percibió el arrastrarse pedreguloso de otra voz, otro sonido como de piedras de río que se niegan a dejarse arrastrar por la fuerza del agua y se rozan ásperas entre sí.

-No me digan lo que tengo que hacer o lo que hice. Sólo dios sabe. A ustedes qué les interesa. Viven en el pecado como el pez en el agua. Y a dios eso le molesta. Le molesta mucho. No va a quedarse de manos cruzadas. No. -decía la voz de canto rodado, y seguían murmullos incomprensibles. Incluso algo como una risita, o mejor dicho una carcajadita, se soltó tras la última frase de pedregullo, como un vagón de cola que se hubiese atrasado y en un pitazo alcanzara a la caravana trajinada por la locomotora de leña.

La voz del hombre que no era Sergio dijo algo como “mirá que esto va más allá de todas esas estupideces...” -Bueno, bueno, parecía intermediar la voz de Sergio, rubia y afilada como el beso de un escorpión. Pero nada de todo eso tenía la nitidez suficiente como para entenderse así. Tal vez podrían haber dicho cualquiera otra cosa, u otra, u otra.

La voz de piedra vieja replicaba con seguridad: - Yo soy la mano de dios. Él en su infinita misericordia me manda

Se escuchó un plaf de carne, como si una ola de nervios humanos se hubiera estrellado contra una escollera de huesos. Un silencio. Un ronroneo como de gato drogado y una voz que parecía no haber hablado, que se hubiera reservado para un epílogo importante, o para la más imperdible nota a pie de página de una obra monumental.

-Mi veces Mil veces -alcanzó a escuchar desde la cabeza apoyada laxamente en el marco de la puerta y la luz dorada que se pegaba a las cosas, a esa estatuilla de ¿qué? ¿la Venus del Milo? ¿Algo tan tremendamente ? No alcanzó a determinar su frase correspondiente al juicio sobre esa decoración, o sobre la misma estatuilla o sobre qué no lo sabía bien. Pero no era la voz de Sergio, ni del otro hombre al que también había presumido muy joven, muy joven y muy desnudo tal vez. NI era la voz cascada de piedras que se arrastran sobre el lecho del río. Ésta era una voz de hombre netamente conocida. Un hombre que no era igual a Sergio ni al otro (el no-Sergio), sino que era una voz rasposa, latosa, si se puede definir una voz metálicamente. Quiere decir que era una voz metálica, una voz plateada pero no de un plateado hermoso, era un plateado de placa de tumba, de letras de mausoleo.

-Mil veces. O querés arruinarme. Las cosas como deben ser, limpias, netas, justas Como yo

Seguían silencios, chorros de luz fatigada, murmullos totalmente indescifrables. Indescifrables para su oído adormilado en el vano de la puerta. Su oído de madera con la madera antigua raspada y vuelta a pintar, como si uno se sacara la piel y se pegara otra piel sobre la carne abrasada y viva como viva está la carne del cordero pascual.

-No vayás a hacer nada sin mi permiso. O la terminamos -algo así debía de decir la voz de hombre, o de hojalatería, la voz cuarta, la voz incalculable de sueño que lo ganaba y lo empequeñecía, doblándole las rodillas, las rodillas lujuriosas, tal vez, que se agachaban desmayadamente porque no podía mantener el oído pegado a alturas humanas sobre el vano de la puerta. “Es inútil” soñaba su mente ya no capaz de descifrar el lenguaje asesino que cabalgaba la luz dorada desde la otra habitación, la habitación prohibida donde no había un hombre ni dos ni tres quizás cuatro o alguna de las voces era había sido una mujer.

Quería escuchar. Entender. Para qué ni lo podía pensar. Como si no fuera el recorrido igual y ajedrecístico de sus pasos en la Cuarta un dilema del no querer del no saber del no

Pero el suelo era lo más cercano al centro ígneo de la Tierra que su cuerpo podía alcanzar en ese marco apoyado, ya la cama a kilómetros de su mano que inútilmente se extendía -o debería decir expandía- hacia aquel espacio sagrado otras veces usado como altar de sacrificio y que su mano exangüe -qué palabras pensaba, sin duda arrebatado por una oleada de pensamiento telenovelesco vénézo-colombo-mexicano algo así como tomé demás y digo estupideces enlazadas nada que hacer.

Algo, sencillamente no el sueño dulce de las personas como se debe- lo arrojó al suelo sin piedad, sin una blandura que lo recibiera. Cayó como cae un árbol joven -sin ser tan joven- como cae un árbol joven derrotado por el rayo implacable de la fuerza de gravedad que se opone a la vida y la alimenta por su fuerza negativa y lúcida ¡crezcan! ¡crezcan! grita desde abajo pegado a la raíz que da vida y que aprisiona. Pero él se derrumba y

dormido sigue deslizándose por ese chorro asmático de luz dorada hasta el piso duro pero horizontal, plano, liso, sin piernas que lo deban sostener.

-Llegás a meter la pata -le llegó desde un dosel de luces de caramelo áspero reblandecido por el lecho pedregoso que se volvía dulce y dulce y terminó no escuchando nada. Nada más que el propio rugido afónico de vientre que cierra los ojos.

No sabía si soñaba o si imaginaba. O sencillamente si los ojos se le habían quedado abiertos sobre esa niebla dorada lentamente invadida por los perfiles de dos caras, tres, cuatro caras que humanas debían ser y sin embargo parecían esculpidas en la gelatina. No se movía o no quería hacerlo. Las caras se asomaban sobre lo que debía ser su cara, pegada a su cuerpo que no sentía en absoluto, y proseguían el intercambio de voces.

Voces que decían: -Ni lo toques, es para problemas –una de ellas, la voz de hombre que no era Sergio.

-Éste sólo se trae problemas a él mismo. Pero sirve, dejalo en paz –la voz metálica, de manija de ataúd.

-Está luchando para no caer en el infierno, como ustedes. Y del infierno una mano lo tiene que sacar –dijo la voz pedregulosa, o algo parecido debió decir. Lo más seguro es que mencionó la palabra “infierno”, y la volvió a pronunciar.

-Por favor, no tiene nada que ver –ésa sí parecía la voz de Sergio, el jovencito rubio y longilíneo del lunar abajo del ojo.

-Todos tienen que ver. Y si no tienen que ver peor para ellos –pareció responder la voz de metal plateado, como una sentencia o el cierre de la tapa del ataúd.

Una danza de sombras desarrolló su coreografía alrededor y se deslizó con el murmullo de un cortinado que

se derrumba bajo el peso del polvo y las polillas en un teatro abandonado.

Una sola sombra se quedó inclinada sobre su cara cerrada, o ciega, o semiciega. Una sombra redondeada que quería ser una cara y lograba semejar a una voz, circundada por los cables hirsutos que la conectaban a las máquinas del universo, o que eran solamente los cabellos erizados de una Erinnia.

-Hay muchas cosas que no sabés. Pero nadie las sabe, nadie, sólo el altísimo. Para qué abrumarte con este cuento. Ninguno de los dos ganaría nada, y menos vos, que no podés abandonar el camino que te va a llevar hasta donde vas a llegar. Desde allí verás la ciudad encendida como si fuera otro cielo, un cielo nocturno iluminado de estrellas parpadeantes. No te asustes. Nada dura, todo pasa y ni nos damos cuenta. Como cuenta no te vas a dar hacia dónde estás yendo. Porque pensás sólo en vos. Pero no lo podés evitar. Es tu naturaleza. Qué haríamos si pudiéramos cambiar lo que dios ha predispuesto para cada uno de nosotros. Tratemos de no pecar, porque el pecado trae el crimen y la sangre derramada reclama que se lave con sangre su mancha en nuestra alma. Yo sé que vos te movés entre el pecado. Pero tal vez tu almita sola se pueda salvar. Hay otros que no. Ya no tienen salvación. El mal extiende sus brazos como un pulpo hambriento.

La luz dorada se iba haciendo gris. Y en la luz gris alcanzó a vislumbrar una suerte de cara, o de máscara rodeada de ciliadas rígidas. Sin ojos. Con una boca como un hueco desde el cual la grisura se fue haciendo sombra, como un tintero derramado sobre la espalda adormilada del aire. Y la habitación se empequeñeció, se fue achicando hacia un punto que convergía en su propio ombligo, donde la sombra fluía y se acumulaba.

Sin abrir la mente abrió los ojos y la voz, la máscara, las ciliaras, la oscuridad de tinta china no estaban a su alrededor. Sólo la habitación de Sergio. Desnuda, esencial y joven. Pero sin Sergio. Sin nadie que hablara ni que callara. Se levantó tan desnudo como se había acostado, acostado o derrumbado. Y sin abrir la mente más que al reflejo de lo que entraba por sus ojos, se metió en el baño destartado, se ubicó, o ubicó su cuerpo hasta desconocido le parecía, bajo la ducha. Dejó que el agua lo golpeará melancólicamente en ese silencio de casa deshabitada, y orinó mucho, largamente, y miró el chorrillo amarillo disolverse en el agua que se estrellaba contra el piso de cemento de la ducha.

Había preguntas que no se hacía, que tal vez debería hacerse. Las casas vacías eran como una pregunta, o una constante. Pensó su existencia como una casa vacía, donde lo habían dejado solo. Con el único regalo de una ducha caliente.

En el hotel, Roque y González hacían cuentas. Vacío los bolsillos de la campera y el pantalón sobre la mesita en que se acumulaban billetes bien doblados y apilados en montoncitos. González empezó a planchar, protestando, los billetes que acababa de agregar, y Roque los anotaba.

-Quiero volver a Mendoza.

Roque lo miró. La birome entre sus dedos estuvo a punto de astillarse.

-No. Me quedan otros dos o tres. Y sobró merca – respondió con tanto odio que pareciera estar dictando las razones de una condena a la silla eléctrica.

Él no parpadeó ante la oleada de furia de Roque, y dijo, tratando de hacer muy dulce su acento: -Dame. Entonces vuelvo a la calle.

Iba a tener que hacer lo que menos le gustaba: golpear una puerta. Pero muy probablemente era mejor que estar en el hotel con aquellos dos. Evitó las calles principales, no se sentía con la expresión adecuada para atraer gente. Poco a poco, por las veredas antiguas y bajo las copas de los carolinos, se tranquilizó. Atravesó una calle tras otra, las casas cambiaban y se separaban cada vez más. Terminó el asfalto. Por una calle de tierra llegó a la casa que buscaba. Sonrió. Sólo a un arquitecto homosexual podían ocurrírsele ciertas cosas. Postmodernismo, minimalismo, reciclaje de materiales, limpieza del espacio, refuncionalización. La lista se detuvo en su mente porque se dio cuenta de que había abierto la puerta y se hallaba dentro de la casa. No pudo recordar si la había abierto él o estaba abierta. Caminó hacia la habitación principal. Adalberto estaba tirado en la cama desnudo, perpendicular, con la cabeza colgando y un agujero como una flor carnívora en la sien. La sangre se había acumulado en el piso de cemento enlucido y decorado con huellas de hojas y helechos. Nunca lo había visto desnudo. “Mucho mejor”, pensó. Tenía las piernas cortas y un redondo vientre prominente cubierto por un sendero de peluria que trepaba desde el pubis y se extendía como chipica raquílica hasta el pecho. Frente a sus piernas, Adalberto, también desnudo, estaba encogido sobre una poltrona de Starck verde claro. “Dos homosexuales, los dos se llamaban Adalberto, y termina en asesinato”, pensó y volvió a sonreír. Adalberto, el vivo, que era joven y extremadamente flaco, levantó la cabeza.

-Se suicidó. Yo estaba en el baño.

Los volvió a mirar a ambos. Pensó que se le había echado a perder la venta. Y Adalberto, el viejo, era uno que compraba groso. Porque sabía que Adalberto el joven, le robaría la mitad, o más.

Salió de la casa y se detuvo en el caminito de cemento entre el pasto. Miró a izquierda y a derecha. Pensó en el caballo de Don Quijote y tomó a la derecha, aunque siempre le había gustado más la izquierda. Al alejarse trató de recordar si había cerrado la puerta de la casa. Ya no podía saberlo, aunque diera vuelta la cabeza. Se alejaba y también pensó que no había visto la pistola del suicidio. Pero su mente se ocupó de pasar lista a los demás posibles clientes.

Tocó el timbre. Odiaba tocar timbres. Más cuando no había acordado una visita. Tocó el timbre en la casa de la pareja que se había conocido en el aeropuerto de Nueva York. Éste era su dato principal, porque era imposible recordar sus nombres. Vivían en la casa de los padres de él, o en parte de esa casa, según trataba de pescar en su memoria de los encuentros anteriores. Se trataba de personas que lo aburrían hasta en el trato de venderles droga. Le venía en mente la anécdota del aeropuerto de Nueva York porque la mencionaban ambos como al pasar, en cada ocasión en que tenían espectadores. Les parecía muy cinematográfico. También hablaban de calles de ciudades tan abstractas como Rotterdam o Munich, como si hubieran transcurrido en ellas la infancia y la adolescencia, y ese hecho fantástico los redimiera de tener que vivir como mantenidos en la casa de los padres en un barrio periférico de un pueblo sureño de una provincia de un país del tercerúltimo mundo. Volvió a tocar. Ella abrió la puerta con su habitual expresión de hastío profundo (¿nostalgia de Nueva York o de las callecitas de

Róterdam?). Lo hizo pasar a un living amplio, atestado de muebles estilo rock and roll. Fue a buscar a su marido –allí supo o recordó que se llamaba Damián. La conversación fue penosa, y a Damián no se le ocurrió nada mejor que preguntarle si había visitado a los Adalberto.

-Ustedes son los primeros –mintió.

Al final de varios intentos fallidos de diálogo, compraron. Poco, porque encima pertenecían a esa raza de personas que hablan de Europa como del baño de su casa, y después compran cigarrillos sueltos.

Estaba agotado, y le quedaba mercadería en el bolsillo interno de la campera. Pasó revista de nuevo a los clientes posibles y recordó a una amiga de Raquel. ¿Cómo se llamaba? Maldijo su memoria. O bien la ineficiencia de su memoria. Pero volvió a reconciliarse con ella, al fin y al cabo era selectiva, puntillosa, recordaba muchas cosas inútiles pero agradables, y hacía lo posible por olvidarse de las groserías y la vulgaridad.

-Es selectiva, se repitió a sí mismo en voz alta.

Y se sentó en el banco de una plaza. Una pazoleta surgida así, como por encanto o maldición, trágicamente en su camino. “Es selectiva”, se repitió y veía pasar un albañil en traje de albañil o sea semidesnudo. Hubiera querido saber fumar, o estar bebiendo de manera descuidada y como al azar. Que hubiera en el plan inescrutable del planeta Tierra un terremoto previsto para reproducir la ira titánica de la Creación en su moviendo el codo izquierdo, el codo izquierdo moviéndose en dirección del sureste para tal vez transportar el antebrazo y su mano adosada a la barbilla del dueño del local y provocar algo como un rascarse o un gesto de melancolía en ese su rostro o en ésa su figura ¿será cómica? Un terremoto de dimensiones colosales que le permitiera demostrar su valor, su arrojo, su intempestiva decisión –lo sabía que no

poseía ninguna de esas cualidades y que todo, absolutamente, hasta el gesto del antebrazo incluyendo codo y mano- era total y netamente imposible. Que un albañil hubiese transitado el breve y redondo campo visual de sus ojos de perro no quería decir que hubiese ningún cambio –perceptible- en el opaco girar de las aves allá en el cielo.

Dio innumerables vueltas por calles idénticas, haciendo un esfuerzo por observar cada fachada. Le parecieron todas iguales. Empezó el camino de regreso, y al acercarse al centro del pueblo reconoció a Carlota que salía de su casa. No era quien buscaba. Pero si la hubiera buscado no hubiera sabido cómo hallarla. Trató de dibujar una sonrisa en su rostro y apresuró el paso. Carlota lo vio, o vio una sombra que se acercaba rápidamente, porque era corta de vista. Se detuvo en la puertita del jardín con la pequeña cartera entre las pequeñas manos de su cuerpo pequeño. Era toda diminuta. Un pequeño envase de snobismo. No lo hizo pasar a su casa, lo invitó a subir a su Jeep y se alejaron del centro.

-Quiero volver a Mendoza –reiteró en la pieza del hotel.

Ahora Roque y González estaban tirados en las camas, relajados como focas al sol. Insistir era inútil. Había que esperar hasta que aquellos dos ultracuerpos acumularan la voluntad necesaria para moverse. Se tiró él también sobre la cama. Cerró los ojos. Se quedó dormido.

En Mendoza controló que todo estuviera en su lugar. Los árboles, las acequias, los almacenes en las esquinas de su barrio preferido. Respiró hondo. Estar lejos

de su gran madriguera lo inquietaba. Perteneía a esa ciudad como una de sus calles. Y en cierto modo la ciudad le devolvía ese sentimiento de pertenencia.

Quería descansar. La casa de la plaza no le gustaba. Allí nadie podría descansar. Esa casa no descansaba. Ocultaba secretos, sombras advenedizas, trampas. Era una casa cómplice, un cascarón vendido a un buen postor, dispuesta sólo a cobijar cualquier traición, aunque se disfrazara de pasión, o de amor.

Dirigió sus pasos hacia la casa de Edith, pero se acercaba y pensó que en cambio quería ir a casa de Mario. Vivía más allá, más al sur y más hacia el oeste. Deseó que la madre de Mario estuviera encerrada en su pieza y no saliera. Que se hubiera drogado y se hubiera quedado seca en la silla de ruedas y que Mario no se hubiera dado cuenta, por temor de molestarla o por olvido. Sumida en el silencio definitivo.

Apenas golpeó la puerta manchada, como todo el resto de la casa, por el abandono, la voz de la vieja estalló en el piso superior y escapó por las persianas bombardeadas y por el balcón de rejas oxidadas. Cerró los ojos sólo un instante. Abrió los ojos. Miró el rectángulo de tierra del jardín, pequeño y yermo. Las cortinas agujereadas tras los vidrios, los marcos descascarados.

Mario se anunció con un paso lento y nervioso. Abrió la puerta, lo hizo pasar. En todo su cuerpo, sus movimientos, había una contenida resignación. La vieja arriba emprendió una nueva serie de gritos.

-Voy a saludarla –le dijo a Mario en un acto de verdadera solidaridad.

Trepó las escaleras de caracol pensando que el único baño se encontraba en el primer piso, igual que los dormitorios. Tal vez ese esfuerzo no fuera totalmente gratuito.

La vieja estaba dentro de su cuarto, con la puerta abierta. Agarrada a su silla de ruedas como un condenado a muerte a su silla eléctrica. La cabellera gris y blanca erizada por la descarga de mil voltios. Lo traspasó con una mirada furiosa.

-No me importa que se drogue. Que haga lo que quiera. Que fume como un murciélago. Que se emborrache todas las noches. Pero que sea marica, eso no se lo perdono –tronó la vieja. Después como confesando una terrible verdad, agregó:

-Usted no sabe qué raza de personas trae aquí. Encontrados quién sabe dónde. En la terminal, en los baños públicos, no sé. Unos chinos hediondos y los hace subir acá al lado de mi pieza. Usan el baño. Es un asco. Estiró el cuello mitológicamente, y dirigió la cara tremebunda hacia la entrada de la habitación: -¡Yo no sé cómo no te has muerto de sida! Gritó lanzando la voz como una maldición por la espiral de la escalera, a través del vano de la puerta abierta. –Un día nos van a encontrar acuchillados a los dos. Y quién va a venir. Nos van a carnear como a chivitos.

El diminutivo le causó gracia. Sonrió. Desde abajo Mario lo llamó.

-Está terrible –le dijo Mario y preparaba un mate en la mesa de la cocina. Me tendría que ir y dejarla que se las arregle sola.

-¿Por qué no la matás? –respondió él más como una reflexión acertada que como una respuesta al comentario de Mario. -Tenés todas las opciones, y además nadie puede sospechar. En todo caso, si no te animás, se puede simular un robo; vos no estabas en la casa. Volvés y ya está todo listo.

-No me animo –pronunció Mario con firmeza. Sin mirarlo. Echando agua al mate. Dirigió los ojos, con la

misma mirada de Santa Teresa transida por la flecha del ángel-efebo, hacia la claraboya sobre la mesa de la cocina y sonrió. –Me las voy a tener que aguantar.

-Entonces paciencia.

-Yo no tengo salvación.

-Nadie tiene salvación. Después de todo, ¿quién quiere salvarse? ¿Y de qué?

-Tenés razón. De qué. ¿Sabés que me he puesto a escribir una novela? –dijo Mario.

-Voy escribiendo muy de a poco, líneas, palabras sueltas -agregó.

-¿Autobiográfica?

Mario lo miró como si hubiera escuchado la pregunta más obvia que podía esperar. –Por supuesto. ¿De qué otra cosa se puede escribir?

-Bueno. ¿Yo aparezco?

-Sí, todos aparecen. Como en un auto sacramental. Sólo que se han borrado las fronteras entre cielo, infierno y purgatorio. Los querubines se derrumban con las nubes que se les deshilachan bajo los pies, caen en los brazos de los demonios y en medio de las orgías de los condenados; las vírgenes quedan desnudas por un viento de fuego. Los codiciosos, los lujuriosos y los dictadores trepan por los árboles perfectos del jardín del Edén, y arrojan las frutas a la cara de los santos y los contemplativos. Parece un caos, pero se cumple un orden, un orden nacido de la equivocación, del poner boca abajo la caja con todas las piezas del rompecabezas. Es un orden único, en un cierto sentido, irrepetible, pero venenoso y enfermo, porque no ha nacido del pensamiento o del espíritu, sino del error.

Por la calle, focalizó cada espacio que abarcaba su mirada, corta y redonda, y a cada uno le asignaba: cielo, infierno o purgatorio. Pasaba de uno a otro como sus estados de ánimo, constantemente, como su paso ya firme, ya sereno, ya torpe. Todo estaba bien, todo estaba mal, todo era como debía ser, todo era un error. Llegó a la casa frente a la plaza, tocó cuatro veces. Roque le abrió la puerta y sintió, más que vio, su mirada hostil. Lo tomó de la campera y lo arrastró casi por el aire adentro de la sala oscura y abandonada.

-Decíme imbécil, ¿qué hiciste?

-¿Yo? Nada –respondió él pensando en que se le arrugaban las solapas.

-En San Rafael, en la casa del arquitecto.

-Ah, está muerto. Se suicidó.

El otro no le soltaba la campera, era mucho más alto que él, y en la oscuridad le estrellaba su aliento de cigarrillo podrido contra la nariz.

-De acá desaparecés, o nos vas a hacer ir en cana a todos. Al maricón lo mataron. Y al otro también. Y te andan buscando. Si llegás a cantar ya sabés la que te espera. Rajá y no aparezcas más o te hago mierda.

Se encontró en la calle. La luz blanquecina desteeñía el frente de la casa. Caminó hacia la plaza. Miró las palmeras y sus hojas rasguñadas y sus troncos hechos de tallos secos. Se sentó en un banco. ¿Los dos Adalbertos? Entonces, uno se suicidó y después se suicidó el otro. Hasta a él le pareció una ridiculez. Adalberto el joven no se habría suicidado por Adalberto el viejo. Ni por ninguna otra razón. ¿Entonces? Si hubo un asesino, tal vez mató a uno solo, o tal vez a los dos. “Ni siquiera alcancé a venderles nada”, pensó. Sentía algo semejante a la desolación. Vio en su mente la planta de jazmín en el patio

de la casa frente a la plaza. Deseó que Roque, González y el otro tuvieran que dejar esa casa, y que la fueran a habitar personas que regaran el jazmín.

Se levantó con lentitud, como venciendo el peso de una gravedad que en otras circunstancias hubiera derrotado con mayor facilidad. Se dirigió hacia el norte, con un derrotero zigzagueante que lo acercaba a la avenida. Caminaba observando cada fachada, cada ventana. Pero sin pensar. Con un cerebro en blanco la distancia, cualquier distancia, quedaba eliminada. Llegó al bar junto al tajamar. Se sentó adentro, junto a uno de los vidrios cuadrados y sucios. Pidió una cerveza. Se dedicó a beber y a contar gordas, flacos, niños, perros, todo ser vivo que pasara del otro lado de su periscopio cuadrado. Tal vez tendría que decidir algo. Tal vez tendría que pensar en algo.

Nada.

No le venía a la cabeza nada. En un policial común él debería desaparecer de la circulación. Qué pereza. Se imaginó viviendo en la casa de alguna de las personas que conocía. Dejó de imaginarlo. Además, ¿qué?

Ramón se sentó frente a él y él desvió la mirada del vidrio-catalejo. Era moreno de cara aindiada que hubiera debido ser dura, oscurecida por dos ojos negros y brillantes. Le apoyó la mano en el antebrazo.

-Eh, ¿qué te pasa? –preguntó Ramón.

-Nada.

-¿Te molesta que me haya sentado acá?

-No.

-¿Qué andás haciendo? ¿Por qué no pasaste más por mi casa?

-Estaba en San Rafael. Y sabía que te iba a encontrar.

-¿Qué tenés que hacer?

-Nada.

Supo que lo que tenía que hacer era quedarse con Ramón. En otra existencia, tal vez su invitación le podría haber arrancado nada más que una sonrisa irónica. Pero en esta existencia la aceptó, es más, le pareció lo mejor que podía haberle sucedido.

Ramón era obrero y él no aceptaba invitaciones de personas que vivían de su trabajo –tenía sus principios. Esta vez se dejó invitar. Se sentía convaleciente de algo. De la pérdida de la casa del jazmín.

Entraron juntos al restaurante “Los dos amigos” y el humo sostenía el precario escenario en una dimensión separada de las mesas con mantel de hule y botellas de vino sin etiqueta. Era una esquina de ochava de adobe, con un cielorraso de placas de yeso desiguales, bajas y rotas. El piso de baldosas tenía islas de manchones y parches de porlan, y en la pared posterior un tabique de madera con dos puertas a los extremos separaba el comedor de la cocina o del infierno.

Sobre el machimbre ondulado, un pizarrón vertical con la escrita “Los dos amigos” en su parte superior, detallaba en tiza el menú: carne a la masa; chivito; empanadas; caracoles; ravioles. Se detuvo ante un conato de náusea. Sólo el nombre de la comida –o la palabra caracoles- lo empujó al borde de un abismo estomacal. Ramón lo tomó del brazo y prácticamente lo sentó a una mesita junto a una columna cuadrada cerca del escenario. Una bandera argentina en las condiciones de un repasador usado envolvía parte de la columna. Ramón pidió algo que no era caracoles, y él lo devoró con avidez. Volvió a mirar a Ramón y terminó de limpiar el plato y a tomar otro vaso de vino tinto.

-¿Estás mejor? –Ramón lo miraba.

-Sí.

Empezaron a escucharse los tangos. La voz de una mujer atravesó la niebla y llenó el local. Se habían apagado las luces y el escenario parecía una isla flotante, una balsa de sobrevivientes afiebrados y locos. Hubiera podido quedarse ahí. Sintió que el cansancio serenaba sus piernas, aclaraba su cabeza y pesaba en cada gesto, en cada esfuerzo por moverse. La voz de la mujer atacaba los tangos con precisión y garra. La miró. “Es demasiado joven para saber lo que está cantando”, pensó. Y sin embargo interpretaba. Cerrando los ojos casi lograba sentir las palabras como vibraciones, toques en la piel. El bandoneón desarmaba sonidos que caían del escenario y reptaban por el suelo sucio bajo el humo, como lombrices o babosas más densas que el humo mismo, aplastadas ocasionalmente por un zapato lustroso o un taco imprevisto. Recordó los caracoles del menú y soportó una nueva marejada de náusea que le empujaba el esófago.

Una mano en el hombro lo hizo girar la cabeza. En la penumbra nubosa distinguió una figura alta, una sonrisa a medio camino y detrás unos ojos empequeñecidos y tristes.

-Estás más rubio –le dijo a Javier, el dueño de la mano en el hombro, y el hombre de ojos tristes se sentó a su lado. Javier reintentó una sonrisa ambigua. Era difícil hablar con él. Los unía una recíproca simpatía que carecía de cualquier asidero del cual se pudiese apuntalar una conversación. Sólo un saludo afectuoso, hubiera o no compra de por medio. Ramón permaneció en silencio, aparentando un total interés en lo que sucedía sobre el escenario. Hubo una comunicación sin palabras con Javier que, como ya había sucedido otras veces, se desvaneció sin dejar rastros. Javier se levantó de la silla y le apretó el hombro con la mano. Era un saludo.

Los tangos siguieron rodando por el piso invisible y entre las mesas, transformaron el local en la esquina lloviznosa de un corazón solitario. Ramón y él se pusieron de pie. Estaba repleto de gente y había que pasar a través de las mesas hacia una dirección probable, donde la intuición decía que se encontraba la puerta de salida. Buscó a Javier. Concluía el concierto y el bullicio se alzaba como el ruido de una marea cuya parte visible eran cabezas incontables. No lo encontró.

Afuera, el aire se apoyaba blandamente sobre las ramas de los árboles, y penetraba en las casas, trepando fachadas, encendiendo luces, propiciando sombras.

Llegaron al departamento de Ramón. Era un edificio de dos pisos, arriba vivían las propietarias, dos señoritas italianas. Ramón ocupaba, en la planta baja, dos habitaciones, un living y una cocina, y un pequeño patio interno. Al entrar sintió tranquilidad, un agradecimiento a esas paredes blancas. El ambiente era tan desnudo que azoraba. Desde arriba llegaba el taconeo regular de un televisor. Cerró los ojos confiado en el colchón blando y quieto.

Encontró sobre la mesa de la cocina un papelito con el saludo de Ramón. Tomó en cuenta la posibilidad de considerar su situación. Tenía algo de dinero en el bolsillo, y si era necesario proveerse de mercadería, ya sabía dónde ir. Decidió vestirse y salir. Si era verdad que debía refugiarse allí, iba a volver. Además, la ducha de ese departamento le gustaba.

Dirigió sus pasos al sur y al Este. Caminaba lentamente, sentía un gran cansancio.

Llegó al acuario y pagó la entrada en el hall con mayólicas del fondo de un mar más parecido a

disneylandia que a la realidad. De todos modos, las peceras tampoco se parecerán al fondo del mar, pensó.

Fue directamente a la pecera de la tortuga gigante. El animal prehistórico debatía su estructura sólida y enorme en un espacio ínfimo, donde a duras penas podía girar sobre sí mismo. Cada tanto enfrentaba el vidrio con su cabeza de cajoncito y lanzaba esa expresión dura hacia el espectador. Sus movimientos eran precisos, cortos y poderosos. Su energía chocaba contra las paredes de esa jaula acuática. Afuera está la muerte, pensó él como si le estuviera respondiendo a la tortuga, en un diálogo a través del vidrio. La tortuga se detuvo sobre el fondo, como una roca con ojos. Le gustaba ese diálogo seco, sin expresión. O mejor dicho, con la expresión unívoca de la tortuga, incontaminada de placer u odio. Una tortuga es capaz de matar un tiburón, pensó. La ferocidad de los mansos, el agua quieta que rompe los puentes. La tortuga siguió mirando. Tenía párpados, aunque no parecían hacerle mucha falta. No tenía labios. Los labios son una sensualidad superflua, una sobra de carne mórbida que conducía a equívocos, pensó. La boca de la tortuga no permitía equívocos.

Salió del acuario con la imagen de la boca de la tortuga en sus pupilas, y siguió caminando por los jardines de la costanera, sin mirar hacia el canal. Llegó a la plazoleta y dedicó su observación a la estatua de bronce que sostenía una desproporcionada antorcha: en otra existencia estuvo convencido de que se trataba de un enorme helado. Qué lujo de humanidad: construir una plazoleta y erigir una estatua de bronce con la única e inconmensurable finalidad de entronizar un helado.

Cruzó la avenida. Entró en la terminal de ómnibus. Las galerías atestadas de gente, siempre sucias, le daban una sensación de extranjería, como si ese lugar de partidas

y llegadas, de personas transpiradas o excesivamente perfumadas, que cuidaban sus valijas como si custodiaran el secreto de la propia felicidad, o se tiraban sobre ellas como si se tratase de los brillantes almohadones de un harem privado, como si todas esas personas y ese tránsito, en esa arquitectura mezquina, conformasen una puerta a las dimensiones. Pero no a dimensiones desconocidas, esotéricas, sino dimensiones terrestres, humanas, geográficas, carnales. Le parecía que allí todo era posible. La sordidez barría de su ánimo toda esperanza. Fue hasta uno de los kioscos y esperó, leyendo uno a uno los cartelitos en venta con nombres grabados como “Yésica”; “Jonathan”; “Romina”; “Janet”. Esperó que se alejaran todos los clientes. Se acercó al vendedor y lo saludó. El kiosquero, por toda respuesta, dijo:

-Está arriba.

Subió las escaleras y llegó a una puerta de vidrio espejado. Apretó un timbre y con un zumbido metálico la puerta se abrió. Caminó por un pasillo de vidrios medianamente limpios, algunos con persianas americanas por la parte interior. Llegó a otra puerta de vidrio, ésta doble. La empujó y fue directo a una ventanilla. La empleada lo escuchó, lo miró con ojos sombreados de turquesa y apretó un botón, que abrió una tercera puerta. Al final de un corto pasillo encontró a quien buscaba. Caminó detrás de él por nuevos laberintos de vidrio y piso de goma hasta que se encerraron en una oficina lejos de la secretaria turquesa.

-Te has vuelto importante –le dijo Omar una vez sentado detrás del escritorio de metal. -¿Así que andás limpiando San Rafael?

-Si hubiera querido limpiar San Rafael no hubiera empezado por ahí.

-Por qué no. Un puto es igual a otro puto.

-Y un narco igual a otro narco.

Omar sonrió. Tenía una cara inmensa color verde, con dos enormes ojos cínicos y algunos cabellos como algas negras que luchaban por mantener el pegote a que habían sido obligados, tirados hacia atrás, recorriendo kilómetros de calva encerada.

-Lo mismo fuiste un boludo. Omar se puso serio. – Los dos estaban muertos, no hay arma, y las últimas huellas son las tuyas, en la puerta.

-Tendría que haber abierto con el pie.

Omar adelantó el busto sobre el escritorio y le acercó la inmensa cara verde. Él pensó que podría atraparlo con una lengua retráctil, elástica y áspera a la vez, cargada de algún veneno urticante. Pero no, Omar se limitó a decir, sin renunciar a la expresión de sapo: –Por supuesto. O tendrías que haberla abierto con el culo. Ahora todos estamos jodidos, y hasta que los nuestros calmen el asunto nos tenemos que cuidar.

El batracio gigante se calló. Se relajó. Se echó hacia atrás. -¿No podrías tener clientes normales? –agregó.

-Quisiera, pero no los encuentro.

-Me imagino que querés mercadería. Pero nos conviene que no te hagás ver hasta que arreglemos las cosas. Sos bueno y no te voy a sacar de la circulación, pero no te quiero ver en mi territorio, ¿entendido?

-De acuerdo.

El batracio lo acompañó de regreso por el laberinto hasta la puerta junto a la secretaria turquesa, y le palmeó la espalda como a un viejo amigo. Incluso lo despidió con una sonrisa que junto a la expresión de sus grandes ojos cínicos pareció más la amenaza de una morsa asesina que un gesto de simpatía.

Emprendió otra vez una caminata. Pasó junto a los baños públicos de la estación, con su fauna de babosas que

controlaban la entrada con miradas ladinas y breves gestos cifrados de la mano en el bolsillo de los pantalones. Al salir respiró el aire y tragó gran cantidad de humo de las avenidas de la costanera. Vio la mole del Hospital Central y desvió sus pasos hacia la plaza Sarmiento, rumbo al norte. Hubiera querido no ver todo lo que veía a su alrededor. O que todo lo que veía no tuviera un martilleante significado. Un significado que no conocía, no podía descifrar en su finalidad. Pero que estaba, rebosaba de cada cosa como una excrescencia morbosa e inevitable.

Se sentó en un banco, de espaldas al oprobioso monumento que ocupaba el centro de la plaza. Cerró los ojos. Un adolescente le había declarado su amor en ese lugar. Él se había burlado y lo había usado. No era algo que lo enorgulleciera. Pensó divertido si aquel chiquilín no sería uno de los famosos travestis que reinaban en la farándula gay de los boliches. Tal vez. Abrió los ojos. Deseó una sonrisa. Se puso de pie y emprendió decididamente el camino del noreste. Se detuvo en una confitería y compró una bandeja de merengues con crema, los más grandes, adornados con raspadura de chocolate y una cereza de fantasía.

Miró a Edith mientras se abalanzaba sobre los merengues sin pudor. Quizás era el único modo de hacerla cerrar un libro. Marta y Sibila la miraban embelesadas, esperando que cayera alguna miga. Edith devoró los merengues y sólo en un gesto de amor postrero ofreció a la perra y la gata el polvillo que había quedado en la bandeja de cartón. Levantó la cabeza coronada por una cabellera de forma geométrica, un triángulo escaleno misteriosamente apoyado en el cráneo. Lo miró con ojos acuosos de satisfacción.

-¿Te quedás? –preguntó, levantando a Sibila, la gata amarilla con cara de lechuza y pelo parado en mechones como una estepa siberiana.

Pero él se dio cuenta de que había perdido el entusiasmo que lo llevara hasta allí. Que tenía que estar solo. No sabía qué decir, ni tenía deseos de decir nada.

-Tengo que irme. Me buscan por asesinato.

La calle volvió a recibirlo con su silencio. Caminó decidido como si fuese a algún lugar. Trazó eslabones de pasos hacia el norte, al oeste, luego hacia el sur y el Este, hasta configurar un diseño concéntrico que concluyó en la casa debajo de las señoritas italianas. Golpeó la puerta, recibió la sonrisa de Ramón y creyó responder con un gesto similar. Entró. Se tiró sobre la cama. Se quedó dormido. Se despertó y Ramón se estaba vistiendo. Se había puesto una remera celeste ajustada y unos pantalones negros y anchos que se ceñían sobre unos zapatos de suela alta y hebilla.

-¿Adónde vas? –le preguntó.

-A bailar.

-Te acompaño.

En el boliche la música martilleaba contra la oscuridad centelleante. Los cientos de sombras que se movían lenta o rápidamente, las paredes que vibraban, creaban luces fugaces, rayos de colores, niebla, ruido. Se quedó apoyado en la barra y Ramón se perdía en las olas de cabezas que subían y bajaban en la pista. Pidió un trago con el número de su entrada y se dedicó a beber y a mirar.

Era un mundo ficticio, de sensaciones ficticias, de deseos ficticios, de apariencias ficticias. Todo lo que brillaba eran simulacros de personas construidos sobre otras personas transfiguradas por maquillaje, tinturas, ropa

excéntrica. Todos exhibían el cuerpo adobado como para la venta, incluso los más desgraciados. Casi la totalidad eran hombres, aunque muchos parecían más bien gallinas de Guinea, aves del paraíso, pavos reales, pájaros lira o incluso lechuzas. Había jóvenes hermosos y amanerados, tapizados con remeras sin mangas y pantalones ajustados y desgarrados. Estaban tostados como bronces antiguos, y no tenían vello de ninguna especie. Otros, más viejos, usaban camisas anchas abiertas sobre un pecho tachonado de medallas y cadenas. Había también algunos que aparentaban ser hombres comunes, de la calle; fingían encontrarse allí como por equivocación, espectadores de esa fauna variopinta.

Los travestis se distinguían por la altura, llevaban tacos larguísimos y finitos, faldas muy cortas y apretadas, grandes pelucas batidas y maquillaje como para repartir en media docena de caras.

Los viejos eran tal vez los más penosos. En los rincones o contra la barra, bebían hasta adquirir el coraje de pasar al cuarto oscuro, único lugar en que podían besar y ser besados, tocar y ser tocados, sin avergonzarse.

Desde su atalaya vio la pista de baile como desde un observatorio. Uno de los jóvenes, moreno y bajo, bailaba mirándolo. Era sensual y parecía de esas personas que en esos sitios se despojan de los gestos duros y precisos que requiere el exterior, o los transforman en movimientos ondulantes y procaces. Sus ojos oscurísimos brillaban a través de las luces cambiantes, que daban a sus movimientos la eléctrica neurosis de la pesadilla o el lengüetazo remolón de una caricia. Otro hombre, más alto, más blanco y sin la sensualidad del morocho, se le acercaba y le hablaba al oído mientras bailaban, tomándole la nuca como si fuera a besarlo. El sensual se desvinculaba del acercamiento y volvía los ojos hacia la barra del bar,

una invitación inequívoca a sumergirse en ese mar poblado de sirenas tan escenográficas como imposibles.

Pareció que él estaba por ceder al llamado, pero una fuerza opuesta, una energía inesperada desvió su atención hacia un costado, y vio que Lúquez se le acercaba. Pudo focalizarlo cuando estaba demasiado cerca, y tratar de huir en esa pajarera hubiera sido una imposible carrera de obstáculos. Miró la sonrisa estúpida de Lúquez y supo que todo estaba bien, que por el momento el universo seguía en su lugar. La música estridente no permitía una conversación normal, y a pesar de ello escuchó entrecortadamente:

-¿Supiste del doble crimen en San Rafael?

Qué pocos argumentos de conversación tenían las personas.

-No, ¿qué pasó?

-Mataron a mi colega Adalberto y a su pareja. Los balearon.

-Ah. ¿Los Adalbertos? ¿Quién los mató?

En la roja y parpadeante penumbra pudo distinguir la sonrisa autosuficiente de Lúquez.

-Por supuesto que no se sabe. Parece que fue un crimen pasional. O un ajuste de cuentas por droga.

-Qué lástima. Eran simpáticos.

Bebió de un trago el resto de su vaso para evitar que Lúquez le viera la expresión.

-¿Querés venir a mi casa? –lanzó Lúquez.

-Hoy no puedo. La próxima vez.

Lo vio meterse de retorno en la masa oscura de cuerpos y pidió otro trago. Se quedó mirando la pista como al péndulo de un hipnotizador. El joven morocho había desaparecido. También el alto que le hablaba sobre la nuca. Se dejó llevar por la acompasada vibración del ruido y los cambios de luces, por el magma humano, uniforme,

indistinto. “Nada es real. Nada es real”, pensó con los ojos cerrados, el vaso apretado en la mano. –Todo desaparecerá. Abro los ojos y no va a haber nada. Uno, dos, tres. De la masa latente y oscura se extendió un pseudópodo en su dirección. Se desprendió del cuerpo principal y sus contornos se fueron haciendo nítidos a medida que se acercaba. Cerró los ojos nuevamente. Apretó los párpados.

-¿Qué hacés? ¿Estás bien? –la voz de Ramón y su mano en su hombro lo obligaron a mirar delante de sí. Ramón estaba sudando y lo observaba con expresión preocupada.

-Una flor –respondió. -¿Sabés que en San Rafael mataron a una pareja gay? –agregó, como si se acabara de enterar.

Ramón sonrió. –Por supuesto. Y que vos andabas por ahí.

-Yo siempre ando por ahí.

Ramón volvió a sonreír.

-No, tonto. Que andabas por la casa de los que mataron. Siempre donde hay lío estás.

Se apagaron las luces de la pista y se iluminó el escenario. Un travesti coronado de plumas y maquillado como un faisán comenzó a dibujar una improbable coreografía trepado a unos tacones verticales. Detrás, algunos adolescentes dorados, con pequeños taparrabos negros, hacían las veces de cuerpo de baile. El playback era defectuoso y algunas veces el travesti se quedaba con la boca abierta tragando aire, sin que hubiese letra en la canción. El baile parecía una gimnasia difícil de cumplir, una condena a la cual el travesti y sus acólitos tenían que obedecer encadenados por la música. Los adolescentes dorados se retorcían en marañas de movimientos sin gracia como contorsionistas del planeta Marte, y el travesti

reinaba en el centro del escenario como una divinidad que se ha equivocado de altar y trata de huir en una pantomima descalabrada.

Siguieron varios números similares. El último era el de un travesti gordo enfundado en un vestido de lentejuelas azules como en la piel de un marisco gigante. A pesar de su deformidad y de ser viejo, era más convincente que los demás, con sus histéricas imitaciones de mujeres. El travesti gordo no podía saltar ni hacer piruetas, y eso lo volvía más humano. Su dificultad para moverse en esa piel de calamar lo ponían en la común condición de todo ser perteneciente a la raza humana, y tal vez por eso fue el más aplaudido. Sus expresiones, más acromegálicas según las exigencias de la letra de la canción, le llenaban la cara con dos ojos redondos desmesurados ciclópeos pintados de strass y con los aleros de dos cejas finitas que prácticamente tocaban sobre la frente el nacimiento de la cabellera, o mejor dicho de la peluca. Pensó en los calamares gigantes que se escondían en lo más profundo de los océanos. Había visto un documental sobre la evolución hipotética de las especies que sobrevivirían al hombre. El calamar gigante era un candidato de primera línea para conquistar la tierra firme. Imaginó que de los abismos oceánicos el calamar gigante saltaba al escenario de ese boliche gay y triunfaba entre los travestis sobrevivientes a la última definitiva catástrofe de la humanidad.

Volvieron a encenderse las luces de la pista. La masa de cuerpos y cabezas retomó su movimiento bajo los colores cambiantes. Ramón volvió a bailar. Allí dentro era la oscuridad. Una mano se apoyó en su hombro. Se dio vuelta sabiendo que no era una mano amistosa. Dos policías, uno le pidió documentos y se encontró sentado en un patrullero. Recordó que había visto algunos policías

dentro del boliche: miraban alrededor con aire neutro y a veces con asco. Algunas mariquitas les hablaban de manera socarrona, o les invitaban un trago.

En la comisaría lo dejaron sentado en un banco. Todo estaba pintado de color gris perla. La expresión lo hizo sonreír. Perlas grises, raras perlas grises. En la pared junto al banco colgaba el retrato de un policía con bigotes recortados y negros. Lo hicieron entrar en una oficina con un descascarado escritorio que servía de frontera con un oficial de piel grisácea y pelo canoso, y supo que todo iba lo peor posible. El oficial lo miraba como debe mirar el sapo a la mosca que ya sabe que va a tragar con sólo estirar la lengua. Pensó en el departamento de Ramón y en su ducha abundante. Sintió el aire que se le escapaba de los pulmones y el estómago. Se preparó para un largo interrogatorio, y se equivocó. San Rafael y el arquitecto muerto no aparecieron. Era mucho más grave: El acechante sapo gris quería nombres.

Quedarse fuera de ciertos circuitos y de sus beneficios lo había puesto de mal humor al comisario.

Las preguntas se hicieron claras, y él penetró en un laberinto de circunloquios donde empezó a barajar nombres y direcciones en un caos tan perfectamente delirante que se hubiera dicho que estaba leyendo la guía telefónica. Mutiló apodos y los injertó con apellidos, dio vuelta los nombres, les cambió el sexo y los mandó a vivir a los rincones más cercanos y equivocados posibles. Utilizó la información que evidentemente el oficial sabía, para apoyar en ella todo su andamio de palabras.

Nombres, nombres, direcciones, fechas, toda la información fluía de su boca con tal soltura y continuidad ante los ojos fijos del sapo gigante, que hasta él mismo empezó a cobrar seguridad, a sentir que enunciaba una verdad fundamental capaz de cambiar cabalmente el

destino de este mundo. Sabía que las palabras le obedecían y que bastaba saber mezclarlas y rodearlas de los necesarios silencios para que se volvieran llaves precisas, combinaciones secretas para un nuevo tramo del laberinto.

El sapo no dijo nada. Cerraba los ojos y los abría como si fueran dos huevos fritos aceitosos que se hundían en el buñuelo de los párpados hinchados y volvían a surgir desde adentro, húmedos y escleróticos. El sapo no dijo nada. Hizo un desagradable gesto con la cabeza al policía que se mantenía junto a la puerta.

Lo llevaron a una celda. En la oscuridad tardó en darse cuenta de que una figura humana estaba sentada inmóvil, muda, en un rincón.

Se sentó lo más lejos que pudo. Pensó que también allí había una oscuridad permanente y que no habría ducha. Cerró los ojos. No supo que pasó. Tal vez se durmió. Lo despertaron el olor a cigarrillo de su propia ropa y una voz desde el otro extremo de la celda.

-Lo que me revienta es que todo tiene explicación. En este puto mundo todo tiene una explicación. Te lo digo por si tenés la idea de preguntarme por qué estoy acá- dijo la voz desde la esquina oscura.

-No tengo ninguna intención- respondió todavía entre sueños.

-Menos mal- prosiguió la voz.

Pasó un poco más de oscuridad, silencio denso como el aire y el cemento de la celda. Con el roce de un vientre sobre una frazada, la figura se desplazó por la sombra.

-Sin embargo, tengo que contarte. Queda poco. Alguien tiene que saberlo- dijo la figura, apoyando las palmas de las manos en sus rodillas, mientras él permanecía sentado, intentando abrir los ojos más grandes, tratando de perforar esa tiniebla. Era inútil. Sólo un

contorno vago que no se quedaba quieto, sólo el calor de un cuerpo vibrante hincado frente a sus piernas, con las manos en sus rodillas.

-Bueno- pronunció, como si aceptara una responsabilidad.

La sombra agachó la cabeza con un suspiro, o al menos eso le pareció que hacía.

-Yo estuve en China –dijo la sombra después de un silencio contenido. Cómo llegué hasta ahí, no lo sé. Hacía tanto que vagaba por lugares donde las nubes tienen nombres impronunciables, campos cultivados tan extensos y uniformes que podría perderse la razón sólo tratando de distinguir un sitio de otro. Era el último paso de un viaje que me llevaba la vida. Había perdido la identidad, la línea que une el pensamiento a un lugar de origen. Esa línea serpenteaba ahora en mi mente como un cable de alta tensión arrancado de su poste. No sé si tenía salvación. Había buscado la salvación y ya no sabía lo que buscaba. Poco a poco me había acostumbrado a ver cada día como el único día, a alimentarme con lo que ese día me hiciera hallar en mi camino, si puede llamarse camino a vagar con la única premisa de caminar siempre hacia delante. Los pueblos eran todos idénticos. Casas de madera, palafitos, mercados verdes de verduras, perros flacos atados con cadenas o perros carneados expuestos al aire y las moscas; gente anónima, sin rostro, con máscaras lineares. La vida había huído de mi alrededor como las palabras de mi mente. Tal vez yo hablaba su idioma. El idioma de esas multitudes de una sola cara. Cada uno habla siempre en un solo idioma, esté donde esté. No es importante. Ni siquiera las palabras importan cuando no están dirigidas a nadie. A veces me daban de comer, dejaban un plato de arroz y verdura al lado de mis pies. Creo que a veces trabajé en un campo. Ya no lo sé. He olvidado todo lo que no sea el

plazo de mi muerte. Y sin embargo, entonces hubiera podido morir. No me importaba la muerte como no me importaba la vida. Había conseguido borrar la conciencia que separa una y otra, y hubiera cambiado de estado sin darme cuenta. Hasta que llegué al sitio donde me esperaba mi destino.

Eran rebaños de cabras y una meseta extendida. Había alcanzado el límite humano de mi cuerpo humano. Caí entre las piedras frente al rebaño.

Fue el pastor, un adolescente. Tal vez tenía nada más que quince años. Me dio leche de cabra. Me cuidó no sé durante cuántos días. Cada amanecer me alimentaba y me limpiaba. Cambió mis harapos, empecé a recuperar la vista, el hambre, la fuerza. Me enamoré de él como sólo podía enamorarme del único ser humano que había demostrado su humanidad conmigo. Era un cuerpo suave y blanco, sutil, pequeño, mudo. No pude separarlo del mío. Tenía el día y la noche, y fuera de él no hubo más día ni noche. Construí un refugio entre las piedras frente a la planicie.

Por él, para ser como él, dejé de hablar, o ya había dejado de hablar hacía mucho. Sentí que podía prescindir de las palabras, voluntariamente. El lenguaje de la voz desapareció de mí con la misma naturalidad con que alguna vez había aparecido. Pasaba todo el tiempo con su cuerpo entre mis brazos, absorbiendo su calor, buscando sus ojos líquidos. Descuidó el rebaño. No volvía a su casa, olvidó a su familia.

Algo que sin duda no puede llamarse tiempo se detuvo entre nosotros.

Pero en un momento abismal en que la luz ardía en la planicie, un hombre se detuvo frente al refugio. Se puso en cuclillas y preparó todos los elementos para la

ceremonia del té. Cuando estuvo terminado, con gesto amable, puntual, exacto, me ofreció la infusión en un pequeño cuenco negro con el interior de vidrio granate. Lo bebí a sorbos. Sabía a hojas maceradas, a azúcar quemada. El hombre me miraba, me traspasaba con sus ojos lisos, como los del adolescente. Le devolví el cuenco, vacío, lo guardó cuidadosamente junto a los demás elementos de la ceremonia, rehizo su pequeño equipaje, y una vez de pie, se inclinó en un saludo y me dijo:

-Soy el padre del niño. Usted deberá trabajar para mantenerlo a él y a su familia. Además del rebaño hay muchas otras cosas de que ocuparse. Y el niño tiene seis hermanos. A cada cambio de luna yo le daré el antídoto para el veneno que usted ha tomado. Nos veremos cuando cambie la luna.

Hizo una nueva inclinación con su cabeza y se fue con su paquete.

Durante un año tomé ese té cada vez que cambiaba la Luna. Mi existencia se transformó en un plazo de terror. La vida que ese niño me había devuelto me torturaba ahora con su cadencia insoportable. La muerte me daba miedo, porque la había derrotado una vez, cuando no me importaba, y ahora sabía lo que podía ser la vida. Sin embargo, la cita mensual con mi verdugo era más insoportable aun que la idea de la muerte. Esa cadena abrasadora me llevó a despreciar lo que había amado. Fui ingrato y la crueldad ocupó en mí el lugar de la ternura. Traté mal a ese niño, lo insultaba y hasta llegué a golpearlo. Las manos deberían haberseme convertido en cenizas antes de alcanzar su rostro inocente.

Escapé bajo la luna cambiante de ese infierno, bajo el sol en los campos idénticos y en los pueblos idénticos. Huía como sólo se huye de una vida infeliz, aunque se

vaya al encuentro con la muerte. Perdí la razón en los puertos del sur hasta que logré embarcarme y dejar ese país maldecido.

Pero no recuperé la serenidad. El plazo con mi muerte volvía siempre.

Me acostumbré a escuchar el ritmo de mi corazón, a esperar el salto final, la falla que diera el término por cumplido. Nada en el sistemático latido de mi cuerpo me permitió esperar una liberación.

Cada átomo de aire que respiro desde entonces me sabe a veneno, a cuenta regresiva.

Me estoy muriendo, y no tengo fuerzas para regresar.

Sintió que la sombra apoyaba la cabeza sobre sus rodillas. Se quedó inmóvil. Un silencio neto, definitivo, cerró la oscuridad sobre los dos.

Lo despertó el sacudón de un uniformado, que lo arrastró del brazo hasta la oficina del sapo gigante. El comisario exhibió una sonrisa ancha y salivosa.

-¿Te vas a decidir a hablar?- dijo desde la boca de dientes oscuros.

-Ya le conté todo lo que sabía.

El batracio se estremeció como una montaña de gelatina, la papada que unía la cabeza con el pecho tembló y se sacudió con violencia y desde detrás del escritorio, en un movimiento de inesperada rapidez, fue hacia él y le dio una trompada tan brutal que la sangre saltó directamente hasta la cara del mismo comisario y lo dejó tuerto.

-Me cago –dijo el batracio limpiándose con el dorso de la mano gorda el ojo lleno de sangre.

Se había caído de la silla, pero al ver al comisario con la cara llena de su sangre empezó a reírse. A reírse con

estertores que lo sacudían desde el vientre hasta los brazos y la cabeza. Su buen humor fue mal interpretado por el sapo, que empezó a patearlo en lo que le permitía la informe gordura de sus piernas, y cuando se cansó de esa tarea le gritó al subordinado que siguiera.

No pudo parar de reírse hasta que todo desapareció. Hubo un corte de luz en su mente y en su cuerpo y se encontró de nuevo en la celda, y sin abrir los ojos hinchados a la negrura de afuera que era igual a la de adentro, se dio cuenta de estaba completamente solo.

Algo equivalente a una sonrisa se abrió paso en el ardiente dolor de su boca: recordaba el ojo y la cara del comisario llenos de su sangre, una sangre que nadie hubiera deseado, pensó.

Lo siguiente fue fuego. El dolor parecía quemarse sobre una parrilla al rojo vivo, devolverle el estómago, el pecho, la cabeza, crepitantes de una fiebre que lo hacía tiritar con la violencia de un terremoto. No sentía el cuerpo. Sentía un amasijo de partes dolientes y la sensación de estar friéndose en un océano de aceite. Más de una vez tuvo la impresión de que trataban de alzarlo del piso, de que un sonido deforme que debería haber sido una voz, estaba dirigido a él. La sombra del gran batracio se proyectó sobre lo que había sido su cuerpo.

Siguieron fragmentos en el fondo del mar. El movimiento involuntario. El desperejo rodar de un automóvil debajo de su fiebre. El aire finalmente oscuro del exterior. Levantado, arrojado, rodar por la tierra pastosa y punzante. El benefactor frío de un cielo negro. Dormir. Dormir. Podía ser el sueño esas pinzas al rojo vivo que penetraban en su garganta y en sus pulmones con cada respiración. Esas sogas de fuego que apretaban el

estómago, esos alambres de púas envueltos en sus piernas y en sus brazos. Qué podía ser, de todo lo que era. Algo era no posible, como todo lo que parecía posible podía ser imposible. Detener el sufrimiento. Detener el sufrimiento. ¿Era ésa una posibilidad de lo posible?

Aferrado a un pedazo de madera hundido en un mar hirviente podía sacar la cabeza fuera de aquel aceite quemante y en un relámpago de niebla veía la silueta de Edith inclinada sobre un libro. Una y otra vez, incontables veces, como incontables tentáculos de fuego lo tironeaban desde el fondo, no sacar la cabeza, no ver, no respirar más.

En un abrir de ojos, de sacar la cabeza, Edith levantó la mirada del libro. Él se apoyó en la pared rojiza de sus grandes pupilas neutras y volvió a sumergirse en el aceite en ebullición.

Estaba flotando encerrado en una cámara de alta presión, pisoteado por el océano. El océano estaba dentro de su cúpula de vidrio. Es un pez, un animal acuático. Una ventana estalla. El agua escapa, escapa el aire. La vida agita su enorme cola de pez y destroza la nada. Tapar la ventana, detener el agua. El aire. La succión arranca las escamas dobla las aletas aprieta los ojos el océano penetra sale adentro afuera no hay límites no hay límites todo se desborda se desdibuja dejarse ir.

Edith lo miraba. Un dedo adentro del libro cerrado, el peinado triangular, los ojos flotando en círculos oscuros.

-Hola –trató de pronunciar, y se dio cuenta de que sólo movía los labios resquebrajados.

-Hola perro verde –dijo Edith, demostrando que sabía leer los labios.

Cerró los ojos y flotó entre los destrozos que en el fondo del océano había dejado la hecatombe. Una calma muda. La arista cortante de un fragmento de vidrio

lastimaba su carne desnuda de escamas, sus aletas quebradas. Los peces no tienen párpados. Hay que evitar los vidrios. En el fondo, semienterrada en la arena, una cara lo contemplaba con ojos que no se cerraron.

Miraba con pasiva curiosidad los tubos de suero que penetraban en las venas del dorso de su mano izquierda. El líquido goteaba desde una botellita invertida colgada junto a la cama. Contó las gotas. Cerró los ojos y siguió el conteo. Sintió un leve estremecimiento en el cuerpo, una ola, que avanzaba desde los pies hasta la frente, resaca de su estadía en el fondo del mar. Pasó. Volvió a abrir los ojos. Edith entraba en la habitación y se sentaba junto a su cama.

-¿Alguna vez vas a cambiar de peinado? -le preguntó con su voz nueva, recién nacida en las profundidades abisales.

-¿Alguna vez vas a dejar de ser tan perro?- respondió Edith.

-¿Tan verde? -agregó él con la primera sonrisa, que se expandió dolorosamente por la cara todavía magullada al recuerdo insólito de su propia sangre en los ojos del gran sapo gris. -¿Te di mucho laburo? -agregó.

Edith embanderó un grueso libro. -Por primera vez llegué al final del Ulises, no lo puedo creer.

-De algo sirvió, ¿viste?

Edith lo miró a los ojos. -Tendrías que cuidarte más -dijo-. No les des excusas para que te agarren.

Él volvió a sonreír, es decir trató de sonreír. Esta vez la mueca quedó forzosamente empantanada a mitad de la boca.

-Me cuido todo lo que puedo. No todos podemos lo que todos pueden.

Edith miró la tapa del libro en su mano. –Te encontraron en El Challao. Tuviste suerte –dijo sin levantar los ojos.

-Está a la vista –respondió él.

Ella abrió el libro y se puso a leer. Él cerró los ojos y cerró el puño derecho. Lo apretó hasta donde el dolor se lo permitió, y fue soltándolo de a poco. Terminaba de abrirlo y se quedó dormido.

Un murmullo, como una confidencia junto a su oído, lo fue sacando del sueño. Perezosamente vagaba en la sombra acuática y se negaba a dejarla, hasta que una palabra, un nombre familiar lo atravesó como un anzuelo y lo arrastró a la cama y a la mujer que murmuraba en su oído. “Adalberto” había dicho esa mujercita pequeña, sentada junto a él. Su cabeza gris no sobrepasaba la almohada, y hablaba sin pausa como si estuviera rezando.

-Yo sé que usted no fue –dijo la mujer. Usted no mató a mi hijito ni a ese monstruo que lo había endemoniado. Nunca encontraron el arma y no lo pueden culpar. La tengo enterrada en mi casa, debajo de la gruta de la virgencita de Lourdes. Ese hombre era el demonio y mi hijo se había perdido, pero su alma va a poder limpiarse de todos los pecados porque dios en su infinita misericordia va a entender que no era él, que estaba embrujado. Usted quédese tranquilo m’hijito, porque Adalberto descansa en paz en cambio ese demonio del arquitecto se quema en el infierno para siempre. La gente que le ha pegado a usted cree que fue usted el que los mató, pero dios y yo sabemos que no fue, porque dios me mandó a mí para que terminara con esa situación de pecado horrible. Yo sé porque lo vi entrar a usted, lo vi antes de que pudiera salvar a mi hijito de la perdición

porque mi hijito estaba perdiendo el alma. Pero yo estaba ahí, estaba escondida y tenía que cumplir la palabra de dios. Por eso usted no se aflija que dios le va a reconocer esto que le han hecho. El hombre se equivoca pero allá arriba se sabe todo, m'hijito, se sabe todo. Yo ya fui a echarle sal con vinagre a la tumba del arquitecto, para que le quemen las llagas que Jesús le habrá hecho en el infierno. Usted quédese tranquilo y curesé m'hijito, que dios lo va a ayudar.

Cerró los ojos y cayó en el océano profundo. La voz de la vieja se desvaneció en el oleaje subterráneo o fue reemplazada por el gritito sordo de los peces que lo rodearon, al abrir las bocas redondas lo rociaban con arena. Lo tapaban de arena y respiraba a través de una capa sutil que se le metía en las narices y en la boca y lo llenaba de asperezas.

Abrió los ojos y Edith estaba a su lado.

-Edith, me parece que dios existe- le dijo a su amiga que estaba con un libro bajo el brazo.

-¿Todavía estás drogado? Exageraron con los calmantes –respondió ella, seria.

-No, de verdad, ¿no te parece que hay una justicia divina? –insistió él.

-Dejáte de pavadas – y como conclusión, Edith abrió el libro y se metió en una lectura sin réplicas.

La calle.

Volvió a caminar por una ciudad que había esperado. Repasó el dibujo de calles y esquinas. Controló fachadas y plazas. Se quedó frente a la casa del jazmín, sin golpear la puerta. Se sentó en un banco de la plaza y metió las manos en los bolsillos. En el fondo del bolsillo derecho encontró un papelito doblado en cuatro. Lo abrió. Era muy viejo. Tenía escrito un acróstico: “de dónde saco estas/

ansias que/ nunca parecen morir...” Lo miró detenidamente. No comprendía cómo ese papel, que evidentemente había sido escrito por un adolescente, tal vez un adolescente enamorado, había sobrevivido en su bolsillo. Lo cerró sin acabar de leerlo. Lo sabía de memoria, y ese hecho lo sorprendió tanto como haberlo encontrado. Lo mantuvo en el puño sintiendo cómo esas letras escritas por alguien que quizás había dejado de existir irradiaban su fuerza a través de su mano cerrada. Se puso de pie. Cruzó la avenida. Llegó hasta el canal. Abrió la mano en el vacío, sobre la baranda de hierro, sobre el torrente de agua marrón. Volvió la espalda al canal, a los límites de la ciudad, y regresó sobre sus huellas emprendiendo el juego habitual de dibujar un zigzag imaginario, invisible, con su recorrido regular de pasos inevitablemente iguales. Dirigió el zigzag hacia el norte y caminó por calles que no formaban parte de su itinerario memorioso, el de sus pasos ciegos o de su mirada redonda y corta: Bajada de Arrollabes; Miserere; Rivadavia; Castelar. Comprobó que una red de callecitas arboladas se retorció y todas terminaban abruptamente mutiladas en la avenida de la costanera, como si un carnicero gigante hubiese hachado la melena de un pulpo y lo hubiese abandonado, cortajeado y muerto, mapa superpuesto a la tierra de los hombres.

Con el mismo ritmo empezó a desandar su propio camino, emprendiendo la ardua tarea de trazar el mismo diseño que lo había llevado hasta allí, pero sin repetir las calles, en modo tal de dibujar la otra arista de un rayo imaginario que había clavado su punta en el paso final que marcaba el regreso. Esta labor le requirió gran concentración, lo que no le impidió estudiar una a una las fachadas de las casas, sus jardines y hasta espiar descaradamente hacia adentro por las ventanas. Llegó a la

parte más ancha del rayo, donde debía haber nacido esa ínfula de Zeus tonante, y un automóvil se detuvo a su lado. Cuatro rostros anónimos lo miraron sin expresión aparente, uno de los que iba sentado en la parte trasera abrió la puerta y le hizo lugar en el asiento.

Tratar de hacer algo diferente de subir a ese auto era tan improbable como que por algún prodigio le crecieran alas y echase a volar lejos de esa cita inesperada. El vehículo rodó por la costanera con estruendo y estudiada parsimonia. Llegó al cruce de las carreteras y tomó la dirección Este, la ruta que llevaba a Buenos Aires. Allí empezó a adquirir velocidad.

-Así que estuviste de vacaciones- dijo el tipo sentado a su lado. Tenía el pelo largo, negro, con algunas canas, rizado, brillante de brillantina mojada y olorosa. Hablaba sin mirarlo y parecía tensar su perfil mezquino y su cuerpo excesivamente flaco. Lo reconoció, era uno de los jefes de la droga en Mendoza. Lo llamaban el Vinchuca.

-Si, descansé mucho –respondió con voz neutra.

El Vinchuca lo miró con su rostro agudo y sus ojos pequeñísimos y oscuros, y le dijo:

Te las arreglaste bien con la cana. Aprecio mucho lo que hiciste.

-Ellos hicieron más que yo.

El Vinchuca desplazó los diminutos ojos y volvió a mirar hacia delante. Al moverse, un perfume pegajoso y caro salió de su melena brillante y húmeda.

-Te voy a encargar un trabajo –agregó, mirando la ruta. Siguió un silencio cuadrado, de paredes lisas. –En realidad no es un trabajo, es un paseo. Vas a llevarle mis saludos a un amigo mío. Está en Valparaíso.

Él sabía que el saludo era una partida de cocaína, y que ser descubierto en la frontera internacional era el fin de todas las cosas. Al menos de las que a él le gustaban.

-Qué suerte. Valparaíso es mi ciudad preferida – respondió.

El Vinchuca sonrió sin mirarlo, con una sonrisa como un tajo taimado en la panza de un batracio. –Es un buen trabajo –dijo por entre el tajo-. Pero el saludo es grande, hay que estar preparado. Yo te voy a buscar y te voy a encontrar para darte lo que sea necesario.

Como si hubiera dicho una palabra clave, el auto se detuvo. El Vinchuca lo miró e hizo un gesto que no podría interpretarse de otro modo que como una orden de bajarse. Lo dejaron en medio de la nada, al costado de la ruta. El automóvil aceleró chirriando y a toda velocidad dobló hacia la izquierda, voló sobre el espacio que separaba las rutas, y desapareció por la carretera opuesta rumbo al oeste. Miró hacia ambos lados, cruzó la franja de pavimento. Se encaminó él también hacia Mendoza. La ciudad era una niebla en el fondo del horizonte.

Abrió los ojos y estaba el rostro de Lúquez frente al suyo, sobre la almohada. Lo miró sin moverse. Los rasgos añados, los ojos oblicuos, el cabello lacio esparcido sobre la frente. Dormido era mucho más serio que despierto, con esa sonrisa inmotivada y los ojos que se le empequeñecían en una expresión que vaiveneaba peligrosamente entre el infantilismo y la estupidez. Sobre la almohada lo veía como un hombre, no escuchaba su voz imposible, salida de una garganta que parecería de hojalata. Además en esa postura no veía sus manos sin carácter, la verdadera denuncia de su personalidad. Cerró los ojos. Al menos Lúquez no roncaba. Se giró

minuciosamente, hasta quedar de cara al cielorraso, y se dedicó a escudriñar la araña de caireles opacada por la suciedad. Sonrió al recordar una frase que le había escuchado tantas veces a su abuela: “no había dónde apoyar los ojos”. Si los ojos pudieran apoyarse. Un cordón no menos desafortunado que la araña sucia, acompañaba el cable eléctrico por los meandros de ese aire polvoroso hasta el agujero negro de donde debía provenir la electricidad. El resto, el cielorraso, era como un firmamento de Luna Nueva, cerrado de una oscuridad añosa y pesada. Más allá, la pared de enfrente, como todas las demás, había sido picada hasta dejar los ladrillos a la vista, desparejos y mordisqueados, decorados con las alas bermellón de dos paños que hacían de marco al retrato oval de una joven romántica. Si estuviera dentro de una novela tendría que apretar los párpados y preguntarme qué hago aquí, se dijo a sí mismo.

Pero no sonrió. Su incapacidad de dormir lo molestaba más que los intentos decorativos de Lúquez y su falta de limpieza. Sin embargo no tenía la fuerza suficiente como para escapar antes del desayuno. Caminó dentro de su mente, abrió la puerta, miró el canal, la calle perezosa, las únicas dos direcciones hacia las que esa posición le permitía caminar. Qué inmensa, pequeña atmósfera. La ciudad para él existía sólo dentro de las murallas de un crucigrama de pasos claramente repetidos. Un límite que imponía la negación de cualquier cosa más allá. Pensó en la ducha de Lúquez y una sensación de extravío lo invadió. Cerró los ojos.

Lúquez le había regalado un rollo de papel coloreado con una inscripción sobre los ángeles, y la reproducción de dos querubines regordetes con expresión idiota entre nubes de algodón. Se le había reído en la cara,

pero lo había aceptado, e incluso había leído la escrita de la cual no recordaba una sola palabra. Caminó rumbo al norte, deconstruyendo el zigzag que orientaría sus pasos hacia el Este, dejó el rollo en la puerta de una casa, y se divirtió pensando en la retahíla de asociaciones absurdas que inevitablemente haría quien lo encontrase. Los seres humanos no pueden escapar de su propia ridiculez, pensó. Aunque lamentó no haberse quedado con el cordón de cáñamo que ataba el papel. Le había gustado ese cordón.

En su derrotero noreste se detuvo en la puerta de la casa de Mario. Miró hacia arriba el balcón y la ventana cerrados. A través de la persiana descascarada percibió unos ojos movibles. La persiana se entreabrió y una mano sarmentosa le hizo señas de que se acercara. Probó el picaporte, la puerta estaba sin llave. Entró en la casa y subió al primer piso. La madre de Mario estaba en su silla de ruedas, rodeada de cartas y papeles, con la maraña de cabello gris alrededor de la cara relampagueante, como una Erinnia en su trono de venganza.

-Venga, venga –le dijo esta vez sin mover las manos, en las que sostenía un papel amarillento y desdoblado en cuatro o en ocho.

-Estoy tan contenta –acotó mirándolo con iluminados ojos grises. –Encontré el certificado de defunción de mi marido. Venga, venga –agregó, instándolo con un gesto a sentarse sobre el borde de la cama.

-Mire, mire –señaló con un dedo de parra el papel-. Aquí dice que murió de una infección renal. No, si Mario me porfiaba que había muerto de infarto, no lo sabré yo. Miró el papel concienzudamente y empezó un murmullo, como si leyera, hasta que levantando los ojos subrayó con claridad:

-Mario andaba en no sé qué cosas, usted entiende. Por supuesto que con el padre se llevaba a las patadas, porque mi marido no le soportaba las mariconerías y menos a esa gente que traía a la casa. Mi marido era un roble. Hasta que Mario empezó a traer a la casa a esa mujer, una gorda negra que hablaba a los gritos y tenía la mirada de un escorpión. Andaban siempre juntos. No sé qué habrán hecho, esa tipa me parecía una bruja. Apenas cabía por la puerta. A mí no me gustaba y se lo dije a Mario, pero imaginesé, era como si le hubiera dicho “traéla, traéla”. Mi marido empezó a enfermarse, a ponerse de color amarillo, se quedó así –levantó uno de los dedos torcidos. No tenía fuerzas para nada. Hasta que no se levantó de la cama y no se levantó más.

Se hizo un silencio en el cual la vieja lo miraba diciéndole con los ojos grises: “esa gorda lo envenenó”.

-Mario me porfiaba que se había muerto de repente, de un infarto –prosiguió una vez terminada su telepatía ocular. –No voy a acordarme yo, cómo empezó a ponerse amarillo, y ese olor que había por todos lados. Y las cosas no se arreglaron, no señor. Me tuve que poner firme hasta que la gorda ésa desapareció del horizonte, no fuera que seguía yo en la lista.

Un ruido en la vereda la hizo callar y abrir los ojos como orejas. Su cabeza se irguió como un resorte y permaneció inmóvil.

-Una vez –agregó- encontré un paquetito debajo de mi cama. Parecía un pañuelito arrugado. Cuando lo abrí tenía adentro un diente, sal gruesa, hojas de ruda y no sé cuántas porquerías más... Yo andaba bastante mal, pero todavía caminaba, porque lo que es en esta silla como usted me ve, ni sé lo que pasa allá abajo... –señaló la escalera, en el momento en que se escuchó la puerta de entrada y voces. La mujer abrió los ojos

desmesuradamente sólo para tomar el impulso de entrecerrarlos como una lagartija ante la vista de una presa que podría convertirse en su misma asesina.

-¡Ahí viene! ¿Ve lo que le digo? Ya trajo a alguien, quién sabe dónde lo pescó. Voy a tener suerte si no me acuchillan, y a él también.

Mario se asomó a la puerta de la habitación.

-Hola –dijo genéricamente con una expresión neutra, sin reparar en el desorden de papeles que circundaba la silla de ruedas de la madre. -¿Quieres un café? Estoy con un compañero de trabajo –agregó, obviando totalmente a la madre. Después entró en su habitación y se puso a revolver carpetas sobre su escritorio. La vieja relajó la expresión e hizo un gesto con la mano para que la dejase sola.

Bajaron las escaleras, encontraron a un hombre que esperaba sentado en el living. Ni siquiera se había sacado la campera. Era de expresión mansa, como si los rasgos de la cara se le hubieran reblandecido sobre algunos tensores del gesto, solidificados, y colgasen semejantes a un cortinado polvoriento y a punto de deshilacharse.

El café y pocas palabras.

Salió a la calle. En la vereda volvió a mirar hacia la persiana de la vieja. Esta vez no se percibía el menor movimiento, ni una sombra detrás de las maderas.

Caminó un poco sin rumbo. Con el rumbo habitual, mecánico, ritual, hacia el Este. No iba a encontrar a Ramón en su casa, y Edith estaba casi a mitad del camino. Llegó a su vereda, atravesó el patiecito de piedra hasta la puerta de la cocina, ubicada mucho más atrás respecto de la puerta principal. Se sentó en el escalón de granito negro sin haber tocado el timbre. Sintió un gran cansancio. Se apoyó en la puerta y cerró los ojos. Una bolsa con huesos y

pelo se abalanzó a besarle la cara y la cabeza. Marta saltaba y daba vueltas sobre sí misma en busca de su propia cola. Se quedó inmóvil. La perra no se cansaba de saltarle sobre el pecho y las rodillas. En una de estas embestidas contra su pecho la puerta se abrió y ambos cayeron del otro lado del umbral, a los pies de Edith, que vista desde esa angulación parecía una medusa pompeyana dispuesta a convertir en piedra a quien la mirase con sus grandes ojos redondos.

Se incorporó y pudo ver que Edith no estaba sola. A su lado un tipo alto, de cabeza pequeña y anteojos circulares lo miraba con curiosidad y una sonrisa irónica y complacida. Edith permaneció inmóvil y el tipo alto tomó la iniciativa tendiéndole una mano grande de uñas torturadas.

-Hola, ¿qué hacés en el suelo con los perros? –le dijo.

-Lo que otros hacen en otros lugares con las personas-. Respondió y se arrepintió de sus propias palabras al ver el gesto de contrariedad de Edith. Agregó sobre la marcha:

-En realidad tenés que preguntarme qué hacen los perros conmigo. Parece que me reconocen y no me quieren dejar escapar-. Sumó una sonrisa voluntariosa a sus palabras y estudió la cara de Edith.

-Los perros a veces no saben lo que hacen-. Agregó el tipo.

-A diferencia de las personas-. Replicó él y casi se volvía a arrepentir pero Edith alzó a Marta y empezó a hablarle prescindiendo de ambos hombres.

El tipo alto se fue. Se quedó solo con Edith y le preguntó:

-¿Qué hacía Pablo aquí?

-Nada. Lo mismo que vos. Hablaba.

-No me gusta.
-¿Y a mí qué me importa?-. Respondió Edith y llenaba de yerba un mate de madera.
-Vos sabés lo que es.
-Vos también. Imagino-. Agregó Edith sin mirarlo.
-Pablo es... Vos sabés que tiene un hijo.
-¿Y?
-Quiero decir que...
-Mirá –Edith se sentó frente a él y apoyó sobre la mesa su pavita de mate. –Yo sé lo que hago. No me hablés de Pablo. Él podría hablarme de vos. Y no quiero ser un cable de teléfono entre ustedes. Quisiera ser otra cosa que un tubo entre dos hombres.
-Tenés razón. Perdoname.
-Y no te preocupés tanto-. Concluyó Edith. –Sos el único hombre al que perdono.

Hubo un silencio que Sibila la gata aprovechó para saltar sobre la mesa y robar un bizcocho con la rapidez de una gacela. Marta notó con desaprobación la movida de la gata y empezó a perseguirla por toda la cocina hasta que se perdieron en la larga galería de los dormitorios. Le dijo a Edith que quería dormir un poco, y su amiga lo envió a la habitación de Raúl, un hermano ausente. La habitación era la segunda de un pasillo excepcionalmente alto con una banderola de vidrio en el extremo, sobre la puerta del dormitorio de Edith. Junto a la cama, las hileras de libros polvorientos, y sobre uno de los estantes un busto de yeso de Jesús con el corazón sangrando y una aureola de alambre sobre la cabeza de cabello lacio y rubio. La imagen le clavó la mirada a través de la penumbra. La cama, que se había olvidado del peso de un cuerpo, se reblandecía de manera hostil, y le parecía oler el polvillo de las pilas de libros. Mantuvo los ojos bien abiertos, y

poco a poco pudo ver, en la película muda de la sombra, cómo el Cristo cerraba y abría los ojos y movía las manos y la boca. Pero no escuchaba ninguna voz. Cerró los ojos. Escuchó una voz. Endureció las orejas. No era la voz de Jesús. No provenía de la habitación, venía del pasillo, ahogada por el alto techo. Silencio. Otra vez la voz. Otra vez nada.

Estaba parado en la vereda, frente a la ochava de adobe en que se apoyaba el pizarrón del restaurante “Los dos amigos”. No porque le interesara el menú cuanto le interesaban la caligrafía y la redacción del cartel que anunciaba una serie abigarrada de platos caseros. Lo alcanzó el auto del Vinchuca.

-Terminé de elegir el regalo para mi amigo –dijo el Vinchuca sin mirarlo, dentro del auto. –Lo estará esperando. No me vayás a fallar. Y volvé a contarme, quiero saber si le gustó.

Lo volvieron a dejar en la ruta. Por suerte esta vez el monólogo había sido corto. Se preguntó por qué tendrían esa costumbre de salir de la ciudad cada vez que tenían algo para decirle.

En la terminal de ómnibus se entretuvo mirando gente que cargaba bultos gigantes. Una gorda con una barriga ecuatorial caminaba dificultosamente y arrastraba un carrito con una mano repleta de baratijas. No podía juntar los dedos. –De todos modos, no puede juntar ninguna parte del cuerpo, al menos por voluntad propia-, pensó él. Fue interrumpido en su observación por un toque en la espalda. Un tipo rubio, con la cara esculpida y la voz pedregosa, le mostró dos grandes valijas y le pasó un sobre.

-La aduana ya está arreglada- le dijo-. Cuidá la valija con los regalos.

Y se fue caminando como debía hacerlo Pinocho en la transición entre la madera y la carne, tras haber sido tocado por la varita del Hada Turquesa, y sin haber logrado la definición de las articulaciones de un ser humano.

Abrió el sobre. Un fajo de dinero –y esto lo hizo sonreír. Los pasajes, la reserva de un hotel, un papel con un nombre y una dirección.

Le gustaba Valparaíso. No había motivo para no alegrarse.

Pocos kilómetros fuera de la terminal y estaba dormido. Abrió los ojos entre montañas abruptas, como nuevas, cortadas a los hachazos, con heridas de roca dentada, astillada, con entrañas de óxido por la prolongada intemperie. Arbustos achaparrados apenas lograban penetrar esa piel de tortuga, con raíces sarmentosas y larguísimas que en algunos sitios de derrumbes quedaban al aire, inútilmente rígidas, como las arterias de una momia.

Las Cuevas pasó como un pueblito fantasma y el ómnibus entró en el estómago de la montaña con un resoplido preocupado. A través del espinazo de luces del túnel vio la savia de la roca chorreando por las paredes, la inexplicable curva a mitad del camino, y por fin la salida a la luz, increíblemente a una altura donde del otro lado hubiese imaginado una planicie y en cambio hallaba un precipicio yermo, sembrado de piedras de colores que hacían equilibrio para no rodar hasta el fondo, allá lejos.

La bajada por los caracoles comenzó a provocarle una náusea que se le instaló en la garganta. Le dio calor, frío. El cerebro empezó a chocar contra paredes ripiosas, y

lo obligó a abrir la boca y a respirar profundamente con los ojos cerrados.

Bajaron del ómnibus en la aduana chilena y se sentía peor que en una borrachera con vino y vodka.

Los hicieron poner en fila detrás de sus propios equipajes, en unos cubículos de cemento y vidrio gigantes y helados que debían ser muy semejantes a las cámaras de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial o de la dictadura argentina. Eso alcanzó a pensar y el aduanero llegaba a inspeccionar sus valijas.

-Es un escándalo- sentenció a su lado una señora respingada, con un batido hueco sobre la cabeza y la boca reblandecida pintada de rojo. A través de la náusea pudo ver cómo la mujer indicaba con enjoyado dedo un raspón imperdonable en su lujoso bolso de viaje forrado de gobelino.

-Un verdadero escándalo –repitió, y el aduanero llegó hasta ella y le pidió que abriera el famoso bolso.

Cerró los ojos para evitar que el movimiento de las manos gruesas del hombre dentro del bolso de la mujer del peinado hueco le provocara un vómito. Abrió los ojos y el aduanero estaba frente a él, o frente a sus valijas. Se quedó estudiándolas y le dijo que las abriera. Sin esperar a que levantase las tapas, le pidió de mala manera sus documentos. Era inusual, porque la documentación se presentaba en una ventanilla. El hombre, de cabello negro, pegado al cráneo, transido de una grisura carnívora, miró el documento y lo miró a él. Pero él no podía enfocar una mirada coherente. Lo veía a través de un vaso sucio. El hombre cerró el documento, se lo devolvió, metió la mano, sin levantar la tapa, en una de las valijas, luego en la otra. Le dio una palmada a la última valija y siguió su recorrido.

No lo había notado, pero estaba tiritando. Corrió los cierres de las valijas, se las llevaron de regreso al ómnibus, y él se fue al baño a vomitar.

El resto del viaje durmió.

En la estación de Valparaíso tomó un taxi y fue al hotel “Macramé”. En su habitación del primer piso miró por el ojo de buey hacia el mar allá abajo. Controló con desaprobación las sábanas, se tiró sobre la cama y se volvió a dormir.

Por la calle empinada que partía desde la plazoleta se llegaba a la casa donde debía entregar la valija –una de las dos valijas-, y que era igual a todas las otras casas de la cuadra. Alta, vieja, con una puerta estilizada y una ventana balcón con balaustrada de piedra. Todo estaba ennoblecido y humillado por la larga intemperie marina. Hasta el sonido del timbre le pareció óxido líquido. Una mujer lo hizo entrar. Observó su cabello recogido con elegancia, el cuerpo menudo, la cara de expresión irónica y la boca tensa en un rictus de desencanto. Lo dejó en una salita con vidrieras de colores y salió por una puerta. El piso era de baldosas geométricas y los sillones de cuero con brazos de madera redondeada. Se sentó en una poltrona, apoyó la nuca sobre el respaldo y se dedicó a mirar el cielorraso de lata labrada. Por la misma puerta por donde había salido la mujer entró un chico. Era muy joven y sonreía como si hubiera encontrado a un amigo. Se acercó a la poltrona en dos pasos largos y le tendió la mano sin dejar de sonreír.

-Hola –le dijo. –Te estaba esperando.

Tomó la valija del suelo y lo condujo por la misma puerta hacia una habitación oscura desde la que pasaron a una galería con ventanales y desde allí a otra sala, en el extremo opuesto. El jovencito dejó la valija junto a una

pared, abrió una heladera y sacó una botella. Llenó dos vasos altos con una bebida blanca. Le dio uno y vació el suyo con grandes tragos sedientos. Con un gesto lo instó a terminar su vaso y se lo volvió a llenar. Era una bebida dulzona. Vacieron la botella de pie. Buscó un lugar donde sentarse y se dio cuenta de que las paredes ondulaban y las baldosas geométricas estiraban sus dibujos como elásticos. Su anfitrión sonreía.

Abrió los ojos y sintió el quejido de una feroz trizadura en su cabeza. Estaba acostado en un sofá. A su alrededor la sordidez había reconquistado el espacio. Volvió a cerrar los ojos. Tragó saliva. Esperó. Intentó mover la cabeza, otra vez una rajadura dolorosa. Esperó. Se sentó. Buscó su ropa por el suelo. Le pareció que todo estaba más vacío. Había a su alrededor un silencio de casa deshabitada. Recorrió a tientas el camino de salida. La sala con vidrios de colores se le antojó abandonada. Escuchó risas y conversación detrás de una pared, o de una vidriera. Se detuvo. Prestó atención. Sin duda eran las voces del jovencito y de la mujer con el peinado recogido. Siguió su camino. Salió a la calle y cerró la puerta detrás. Algo era indispensable: una ducha.

En las paredes del cementerio de los Disidentes descifró los largos poemas escritos con carbón. Altos paredones verticales enmarcaban balcones sobre el océano. Viejos ataúdes apilados en espera, olvidados, abandonados, deshaciéndose con su cargamento de huesos livianos. Pasillos y recovecos de piedra acogedores, deshabitados por los vivos, lamidos por el aire del mar, y en la parte central del cementerio las tumbas derruidas, las estatuas y los rosales.

Se puso a conversar con el sepulturero, que apareció de entre las tumbas. Un gnomo con rasgos gruesos, cabeza grande, piernas cortas.

-Hay que dejarles flores, ellos se ponen contentos- dijo el hombrecito haciendo un gesto hacia las lápidas. Sus manos eran desproporcionadas y estaban monstruosamente deformadas. El dedo pulgar parecía injertado de la mano de un gigante extinguido, en la mano tosca y mucho más pequeña del sepulturero.

Con otro gesto lo invitó hacia la parte de los balcones. Le enseñó un nicho con la foto de una jovencita y gran cantidad de flores frescas.

-Yo la traje hasta acá –dijo-. Yo le arreglé el cajón. Yo la vengo a ver y hablo con ella. Ella me ayuda mucho.

Lo acompañó hasta la puerta del cementerio. –Yo vivo acá –dijo a manera de despedida. –A veces me quiero ir. Muchas veces he salido del cementerio y me he querido ir a la ciudad –y miraba Valparaíso allá abajo-. Pero apenas me alejo un poco ellos me llaman, y tengo que volver.

Caminó en un descenso fracturado en escaleras, rampas, callecitas, plazoletas. Si la Cuarta no fuera su casa, tendría que vivir en Valparaíso, pensó. Bajó hasta el puerto, recorrió el muelle, y regresó a las calles. Entró en un bar y se sentó a una mesita arrimada junto a una pared con cuadros marítimos y redes de pescadores. Pidió vino y se dedicó a tomar.

Afuera el puerto no hacía ruido. Pensó que en esa ciudad el mar estaba callado, a su rumor le costaba demasiado trepar las empinadas calles y escaleras que constituían el andamio de Valparaíso. Sí, era un sitio para alguien como él, porque se podría caminar interminablemente repitiendo y modificando esquemas. A

diferencia de la Cuarta, donde los árboles tuneaban las calles y las envolvían, quitándoles perspectiva en una profundización de sombras, en Valparaíso el cielo espejaba el mar y cada esquina era un balcón sobre la bahía de un océano silencioso, secreto.

Se hubiera quedado a vivir en Valparaíso. ¿Vivir? Se rió. Bebió más vino y pensó no sin cierta fascinación que el Vinchuca lo iría a buscar. Detendría su auto en una curva imposible de una de esas segmentadas callecitas y lo haría subir, acompañado por sus maleantes de turno.

El auto negro del Vinchuca.

Era tan de película.

Cerró los ojos y en el viaje de regreso esquivaba la náusea como esquivaba el ómnibus las piedras trigonométricas que detrás de cada curva imponía la montaña como compases abiertos, desafíos de su esqueleto fracturado por el hormigqueo de los humanos, tan fastidioso, persistente, inútil.

La aduana argentina fue mucho menos impresionante que la chilena. En el camino hacia Mendoza el ómnibus cobró velocidad. La luz restallaba en las ventanillas. Desde uno de los primeros asientos podía ver la ruta que se consumía ante la voluntad del conductor, y al costado la montaña, obstinadamente inmóvil. Detrás de una curva surgida de la roca apareció un automóvil que se dirigió titubeante pero sin disminuir la velocidad hacia el frente del ómnibus. La frenada brutal, el golpe y el estruendo no le impidieron ver a la mujer que conducía el coche; verla cuando atravesaba el parabrisas; cuando como una bala humana de cabeza ensangrentada sonreía, sonreía lanzada al abismo allá abajo el río de barro y piedras y se perdía de vista tras el farallón.

Sintió en su cabeza y en su cuerpo que se habían perdido notablemente los efectos de la última ducha que se diera en el hotel “Macramé” de Valparaíso.

Tocó el timbre en casa de Edith. Escuchaba a Marta que se lanzaba contra la puerta, desde adentro, ladrando desesperadamente. Edith abrió, y él se dio cuenta de que su amiga no tenía un libro en la mano.

-¿Qué pasa? –le preguntó.

-¿Qué pasa por qué? –retrucó Edith.

-¿No estás leyendo?

-No exactamente. No. –respondió ella con tono neto.

-Entonces, ¿qué pasa? –contraatacó él.

Ella lo miró a los ojos y acercó su cara redonda – No pasa nada.

Hizo silencio y se dedicó a jugar con Marta. Edith empezó a dar vueltas por la cocina como si dibujara una espiral oblonga e inútil en el piso de granito negro, sin tocar las cosas, o tocándolas superficialmente, con toques que carecían de la verdadera intención de utilizarlas. Sonó el timbre. Como una señal esperada, él se levantó de la silla donde estaba sentado.

-No tenés que irte –le dijo Edith con la mano derecha apretando el picaporte como para que no se escapara.

-Tengo que hacer –respondió él si mirarla, jugando aún con la perra.

La figura de Pablo ocupó todo el vano de la puerta. Una mirada sagaz penetró antes que su cuerpo en la cocina de Edith.

-¿Te vas? –preguntó Pablo.

-Tengo que hacer –repitió él mecánicamente, pero con la mirada fija en la visita recortada en el hueco de la puerta.

-Lástima –concluyó Pablo. Edith no dijo una palabra.

Caminó hacia el Este. Atravesó la avenida y se introdujo en las calles con seguridad. Dobló a su izquierda inesperadamente, tomó rumbo al norte y volvió a salir a la avenida. Llegó al bar del boxeador. Se sentó a una mesa y pidió cerveza. Bebiendo, pensó en lo que podría hacer, y la mejor idea que se le vino a la cabeza fue que tendría que ir a buscar material para vender.

Al fin de cuentas, era muy bueno estar nuevamente dentro de la legalidad.

Anita se acercó a darle un beso y a hablar de sus hijas. Detrás de ella, parada junto a su mesa, divisó una figura maciza en la entrada. Se había detenido en el umbral, con un aire dubitativo. Toda la atmósfera a su alrededor se teñía de ambigüidad, una ambigüidad hermosa pero sutil, con la sutileza de un morbo que no se ve, pero se respira, y penetra en las fosas nasales con un cosquilleo impalpable, irremediable. Con un paso tan dubitativo como su aparición, la figura se volvió neta ante sus ojos de mirada redonda y corta. Se delineó clara y se convirtió en Javier.

Anita lo saludó y regresó detrás del mostrador.

-Hola, ¿me puedo sentar con vos? –dijo Javier sin cambiar una expresión que no tenía nada que ver con sus palabras. Era un rostro desesperado, como si hubiera atravesado una tempestad de injurias y no hubiera logrado arrancárselas de la piel. Tenía una triste belleza cansada, trasnochada, que daba la impresión de haberse escondido sumisa, resignadamente, tras las arrugas prematuras y una

blandura involuntaria, un dejo de hastío. Lo miró tal vez demasiado fijamente, y Javier se dedicó a escudriñar la mesa como si tuviera algo muy interesante que observar sobre la superficie de fórmica consumida y manchada.

-¿Qué contás? -dijo Javier sin mirarlo.

-Nada -respondió él, y pensó que extrañamente era una respuesta terriblemente sincera.

-Ah -dejó escapar Javier, como desilusionado, como si se le hubiera negado la punta de la cuerda que lo habría salvado del silencio y de la agobiante responsabilidad de iniciar una conversación. Levantó la mirada y recorrió el entorno. No había casi nadie en el local.

Su indefensión y su cansancio le dieron pena, y enfrentándolo con los ojos, casi con la intención piadosa de salvarlo de algo, de su misma soledad, le preguntó a su vez: -Y vos, ¿cómo andás?

Javier sonrió con una sonrisa que apareció y se fue desarmando en la boca con una melancólica sucesión de movimientos infinitesimales. Al mirarlo detenidamente se comprendía que toda juventud y vitalidad habían huído en torno a sus ojos.

-¿No tendrás algo....? -Javier no terminó la pregunta, a pesar de la atención del silencio.

-Te lo puedo conseguir -le contestó él.

Otra vez una mueca parecida a una sonrisa se esparció por la boca de Javier. Sacó una libretita del bolsillo y se puso a buscar con afán, pasando las hojitas toqueteadas como se pasa revista a un cuerpo demasiado conocido y dominado. Él siguió sus movimientos con atención, convencido de que eran absolutamente fútiles.

-Hay alguien que quiere verte -murmuró Javier. Se había detenido en una de las páginas de la libretita y desde allí levantaba los ojos.

-¿Ah sí?

-Te anoto el nombre y el número –agregó Javier con solicitud, como devolviendo con una miga de pan un favor que representaba una montaña de trigo. Sacó una birrome de su bolsillo, el mismo de donde había desenterrado la libretita, y anotó en una hoja, la arrancó, la dobló en cuatro y se la pasó por entre la botella y el vaso.

-Bueno –dijo él tomando el papel, que a su vez metió en el bolsillo sin desdoblarlo.

Javier miró la botella de cerveza. Silencio.

-Entonces... –dijo con toda la intención de no concluir la frase.

-Nos vemos acá. El “acá” sonó como un punto final.

Javier dudó un poco. Parecía como si dudar fuera su forma de moverse, de existir. Toda su alta figura irradiaba una inseguridad adolescente que casi provocaba ternura, pero a su vez tenía algo de castigada, de patética, como si lo único que hiciera fuera resistir. Volvió a mirar la botella, levantó los ojos, los volvió a la botella, y se puso de pie. Caminó con su paso fuerte y suave a la vez hacia la puerta; se detuvo en la vereda como si tuviera la terrible obligación de elegir el rumbo que iba a tomar, y se dirigió a la esquina. Cruzó la avenida en dirección al Oeste.

Solo en el bar, él se dedicó a beber y a su vez a contemplar la botella que tanto había atraído la mirada de Javier. La botella y la calle, la calle y la botella. Terminó su contenido y Anita le puso otra delante y se llevó la botella vacía. Sólo en la segunda botella se puso a mirar, a través del reticulado irregular, el sucio panorama de la vereda, con sus perros flacos esperando.

Volvió a caminar por sus calles, controló árboles y fachadas, y desembocó en la conocida plaza. Enfrente, la casona de Roque y González apareció empaquetada con cintas de plástico amarillo y la palabra “clausurado”. Pensó en el jazmín y no se detuvo. Prosiguió por los jardines de la Costanera hasta la estatua del hombre con el helado gigante. Cruzó las avenidas, entró en la estación terminal, se detuvo frente al kiosco de revistas y sin dejar de atender, el vendedor le hizo una seña con la cabeza. Subió las escaleras, atravesó los pasillos de vidrio, enfrentó a la secretaria turquesa y pocos pasos más allá estaba sentado frente a Omar.

Con sonrisa amplia, verde, gruesa, Omar le dijo:

-Felicitaciones. Me alegro de que andés por aquí.

-Yo también. –respondió. La casa de la plaza está cerrada.

-Ah, sí. Hubo que hacer un poco de limpieza. – Omar hablaba sin dejar de sonreír, quién sabe cómo lo lograría. Tal vez era efecto de la infernal anchura de su boca, que parecía hecha para que un cocodrilo tragara a un explorador a la orilla del Amazonas en el Mato Grosso. – No todos tienen tus agallas.

-Un narco es igual a otro narco. Agregó él y dejó caer la frase en el aire devorado por la boca de Omar.

Omar sumó centímetros a su sonrisa.

-No todos. No todos. Pero te voy a mandar a un lugar que te va a gustar más. Y anotó en un papel algo que debería ser una dirección, o un nombre.

-Ya saben que vas a ir, no tenés que presentarte.

Él hizo silencio, y Omar reforzó aún más su cocodrilesca sonrisa al contraatacar:

-Total, un marica es igual a otro marica.

Guardó el papel en el bolsillo, se levantó. –Nos vemos. –dijo, dio la espalda a la sonrisa que ya había

ocupado todo el espacio de la sórdida oficina, y emprendió el retorno por los laberintos de vidrio.

La Terminal le dio un empujón de su humanidad circense y lo arrojó sobre la desnuda avenida, los jardines equívocos, el barrio de la Cuarta.

Meditó sobre lo que haría: beber, visitar a Edith, ir a buscar mercadería. “El deber primero”, se dijo, y metió la mano en el bolsillo. La dirección era igual a todas las direcciones. Para él contaban las fachadas, las puertas, los interiores.

Se trataba de un departamento en unas torres que se levantaban a pocas cuadras hacia el sur de la casa de Edith. El eje entonces podía ser: merca, Edith, beber. Pensó con satisfacción en la exacta matemática de las acciones previstas, y emprendió la marcha rumbo al oeste. Cruzó la Alameda, pasó frente a una casa semejante a un templo musulmán semiabandonado, y llegó a su destino. Eran bloques de departamentos de cuatro pisos rodeados de jardines y rejas. Tocó el portero eléctrico, se abrió una reja, atravesó un corredor de cemento y un patio de baldosas rojas desteñidas, tocó otro portero eléctrico y se abrió el portón del edificio. No había ascensor, así es que arremetió con las escaleras con la segura confianza de que el departamento se encontraba en el primer piso y no debería soportar más que dos tramos de esa caja sórdida y asfixiante.

Salió de la escalera, dobló a la derecha y golpeó en una de las dos puertas al final del pasillo. Le abrió un muchachito alto, muy flaco y un poco encorvado, con una cabeza de forma ovalada coronada por una pelusa rubia, como un suspiro peinado.

Pasá, yo me llamo Caetano –le dijo, y lo introdujo en un saloncito atiborrado de muebles y objetos. Desde dos altoparlantes aerodinámicos sonaba una música melosa y una catita australiana tan rubia como el muchacho, encerrada en una jaula con un pie de hierro, miraba el jardín a través de la ventana balcón.

-Qué suerte que has venido. Michela se va a poner contenta –agregó Caetano parado a su lado, nervioso, con los ojos dorados y enormes titilando y pestañeando como para una conquista, y lo dejaba solo en el saloncito y se perdió en un estrecho pasillo desde donde se escuchó que golpeaba una puerta. Esperó mirando la catita amarilla, y la catita lo miró a él. “Cada uno en su jaula”, pensó como si enviara un mensaje telepático a la catita. Y agregó a su pensamiento: “debería aprender a mantener la sonrisa como ella, parada en ese palito enfrente de la ventana, una jaula dentro de otra jaula”.

Caetano regresó al saloncito y con una expresión complacida que se podría confundir con una mueca de seducción lograda, si no hubiera estado acompañada por una actitud enfermizamente tímida del cuerpo, lo invitó a seguirlo con un gesto de la mano. Él se preguntó si ese muchacho era hermoso o era el equivalente a Quasimodo en rubio.

Entraron en una habitación al final del pasillo, penumbrosa, con las cortinas cerradas. Junto a la ventana había una cama de una plaza, de hierro rojo, y el resto del espacio lo ocupaba una pequeña mesa rectangular detrás de la cual estaba sentada Michela.

Era una mujer de pelo largo, filamentoso, casi como si se tratase de cuerdas retorcidas hechas de hilo de zanahoria otoñal. Su cara grande estaba desmerecida por una boca de labios desmesurados, como aplicados allí por descarte de algún material similar a la masilla, una vez que

el resto de la fisonomía ya había sido completada. Tenía dos tetas gigantescas, redondas, inmóviles, tensas, imposibles. Sus manos eran también muy grandes y tenía quebrado el dedo meñique de la mano derecha.

-Por fin viniste –dijo la mujer incorporándose en la silla y empujando el torso hacia delante, sin salir de detrás de la mesa. Era un movimiento dirigido a darle un beso, y él se dejó llevar por la dudosa invitación.

-Quería conocerte –agregó y volvió a sentarse y apoyó las manazas sobre la mesa. Le indicó con el dedo quebrado que usara la silla que los dejaba frente a frente.

Él miró los naipes del Tarot apilados sobre la mesa y volvió a ver la sonrisa de Michela. Se dio cuenta de que era un travesti. Se llevó la mano al bolsillo. Tocó dos papeles doblados. Sonrió. Se había equivocado. Ésta no era la dirección que le había dado Omar, había ido donde le indicaba el papel que escribiera Javier en el bar del boxeador.

-¿Quieres que te lea el Tarot? –preguntó Michela apoyando ambas manos sobre las cartas, con lo cual daba la impresión de un ser prehistórico abalanzado sobre un indefenso edificio de departamentos, como en esas series televisivas japonesas en blanco y negro con animales de plastilina.

-No, gracias.

El travesti bajó la mirada y ocultó su contrariedad con una sonrisa de su boca, que permanecía independiente del resto de su fisonomía.

-¿Por qué querías verme? –preguntó él.

-A lo mejor podríamos hacer algo juntos, con beneficio para ambos –dijo Michela y lo miró a los ojos como si en sus ojos poseyera un poder sobrenatural y maquillado capaz de convencer a quien estuviese delante,

de introducirlo en su mundo al revés e hipnotizarlo para someterlo a su voluntad.

-¿Qué cosa?

-Aquí viene mucha gente –con el índice –más bien con la uña larguísima que coronaba el índice- la pitonisa tocó el mazo de cartas. –Mucha. Y tantos quisieran que además de leerles las cartas les ofreciera.... otra cosa.

-¿Cómo por ejemplo?

-Coca.

-Te agradezco que hayas pensado en mí, pero no soy revendedor.

Michela no disimuló su perplejidad, sólo que en ese rostro donde cada parte parecía tener una naturaleza diversa e independiente, la expresión tardó en componer un significado unitario.

-Mirá que viene gente de mucha plata.

Él se puso de pie y apartó la silla de detrás de sus piernas. En la habitación había muy poco espacio y empezaba a asfixiarse.

-Yo vendo directamente. Y la plata no me interesa. Gracias lo mismo. Adiós. –dijo y sin esperar respuesta salió de la penumbra irrespirable de esa pieza, desembocó en el saloncito y se enfrentó con Caetano. El muchachito estaba de pie sin saber qué hacer. Él se le acercó, le dio un beso ligero y prosiguió camino hacia la puerta, la cerró detrás de sí y bajó las escaleras.

En la calle metió la mano en el bolsillo, sacó los dos papeles, eligió el que le había dado Javier, lo arrugó y volvió a guardar el otro sin abrirlo. Caminó con el papel arrugado en el puño en dirección al norte, y al pasar junto a las torres de departamentos encontró un bidón de basura y lo arrojó dentro.

Estaba tan cerca de la casa de Edith que sencillamente dobló a su derecha y siguió caminando. Delante de su puerta se quedó mirando el zócalo carcomido por las intemperies y tocó mecánicamente el timbre.

Edith abrió la puerta y sujetaba a Marta con el brazo izquierdo para que la perra no se arrojara sobre él y saliera corriendo por la calle. No levantó la cabeza. Lo hizo pasar y él no pudo ver sus ojos, porque se escurrió por una puerta y lo dejó solo. Marta lo entretuvo saltando como un resorte y caracoleando como si quisiera doblarse en dos, en una frenética persecución de la propia cola o en una suerte de ataque de epilepsia. Edith volvió. Tenía los ojos rojos y los párpados hinchados.

-¿Ya se dio a conocer? Bastante veloz –dijo él sin dejar de jugar con la perra.

-A vos qué te importa –respondió Edith, y se levantó de la silla en donde se había sentado, frente a la mesa de la cocina, para poner la pava sobre la hornalla.

-No voy a repetir lugares comunes. Pero esta vez las paga.

-Callate. No digás boludeces –atacó Edith sin darse vuelta a mirarlo, con el rostro dedicado a contemplar fijamente la pavita de acero sobre el fuego de la cocina.

Marta se subió a una silla y acercó la trompa puntuda a la cara de él. Edith apagó el fuego, sacó la pava de la hornalla y la apoyó en la mesa sobre un redondel de madera. Se sentó en la misma silla en que había estado y se dedicó a llenar un mate con yerba valiéndose de una cucharita tan diminuta que la tarea requería una concentración científica.

Sin levantar los ojos de su ocupación, agregó:

-No quiero tener que ir a buscarte otra vez al Challao.

-No te preocupés –respondió él. Yo voy a quedar limpito.

-Basta. No quiero ni oír hablar de esas cosas. Por primera vez lo miró directamente.

- Vos no sos dios, no podés decidir sobre la vida de los demás como hacés con la tuya. No dejás margen al error, a la posibilidad. Para vos todo es una estructura cerrada, geométrica. No es así, existen otras cosas. El mundo es *también* otra cosa –dijo Edith con un tono autoconvinciente pero firme, aunque dolorido.

-Como vos quieras –replicó él y se dedicó a tomar mate para no hablar más de ese tema, que había quedado en su mente pero que comprendía que a su amiga le causaba mucha ansiedad.

Caminando por la Cuarta pensó en Roque y en González, y le dio risa. Se dirigió a la casa de la plaza y vio que aún tenía las cintas con la escrita “clausurada”.

Cruzó la calle y un automóvil se detuvo a su lado. Se abrió la puerta trasera. Subió, se sentó junto a un hombre flaco de pelo largo y anteojos oscuros.

-Qué bien que te fue en Valparaíso –dijo el Vinchuca si variar expresión, o mejor debería decirse: sin variar su no-expresión.

-Creí que ya había cumplido con mi parte –respondió él.

-Sí, sí, faltaba más –agregó obsequioso el Vinchuca-. Quiero nada más hacerte una invitación.... Somos tan buenos amigos y nos vemos tan poco....

-¿Qué invitación?

-Ah, una cosa muy linda. Voy a visitar a mi tía Yiya, y me gustaría que me acompañes.

No respondió. No era necesario. Miró por la ventanilla y pudo comprobar que habían salido de la ciudad y se dirigían al norte. Regresar a pie hubiera sido odiseico, y además, ¿era posible rechazar una invitación del Vinchuca?

Volvió la cabeza hacia el hombre flaco de pelo largo sentado a su lado y dijo:

-Con mucho gusto.

El Vinchuca lo miró por primera vez y sonrió con un estiramiento de su boca como un tajo que se alargase por el rostro huesudo y amenazador, como hecho de navajas.

No había opción. Después de todo, para él, ¿qué significaba una opción?

Miró pasar campos desiertos, eucaliptos como espectros, tierras achaparradas, secas, duras, polvorientas. Pasaron sin detenerse por lo que debería ser una ciudad y era un pueblo de la nada, un montón de casas, unas callejuelas que desembocaban en una calle seguramente considerada la principal. Cerró los ojos. No le gustaba ese lugar. Siguieron adelante y llegaron a otro pueblo. También lo sobrepasaron, y él alcanzó a ver solamente una plaza como un bosque, con profundos espacios delimitados por pareditas de piedra en cuyo interior crecían árboles enormes y sombríos. Llegaron a una bifurcación con una estatua de un Cristo en el centro, pero sin carteles indicadores. Tomaron el camino de la izquierda. Nadie hablaba. Pasaron delante de un cementerio y el Vinchuca se persignó. El campo seguía igual.

Seco, monótono.

Con un viraje de gato en fuga el automóvil tomó hacia su izquierda por una calle de tierra.

-Aquí vive mi tía Yiya –dijo el Vinchuca.

El pueblo se llamaba La Asunción, y eran cuatro ranchos de adobe en medio de un desierto que también parecía construido de adobe. En el último rancho, límite con el infinito, un grupo de hombres carneaba un cerdo sobre una gran mesa de madera, debajo del techo de cañas de un quincho. El piso era de tierra apisonada, y él notó cómo todas las cosas tenían el mismo color. Todo era de adobe: el piso, el techo, las paredes del rancho, el desierto, hasta los hombres que carneaban, y hasta el mismo cerdo se había vuelto color y textura de adobe, excepto por la sangre espesa que caía en una palangana. Junto a la puerta del rancho, bajo el alero que daba sombra al patio, una mujer vieja sentada en una silla, vestida de negro (un negro color adobe), el pelo canoso recogido en un rodete detrás de la cabeza, miraba desde un rostro arrugadísimo con las mismas grietas de la tierra que pedía agua a gritos, la tarea de los hombres.

El auto se detuvo frente al quincho. Sin decir una palabra el Vinchuca bajó y con una sorprendente elasticidad, que no era otra cosa que el preámbulo de una inesperada sumisión, alcanzó el patio y la silla de la vieja, se hincó delante de ella e inclinó la cabeza. La mujer lo miró con la expresión de una iguana a la que el desierto no la asusta, los ojos inmóviles en el curtido cuero de una cara impasible. El Vinchuca levantó la cabeza, y con un movimiento de inusitada velocidad, la mujer desprendió la mano derecha de la falda y le dio tal bofetón que le hizo volar los anteojos oscuros.

El Vinchuca se puso la palma de la mano en la mejilla golpeada. No levantó los ojos. Debía arder como el tajo en el pescuezo del chanco sobre la mesa.

-Tía –dijo.

-Sacate esos lentes para saludarme –sentenció la vieja con el mínimo movimiento de una boca seca, larga y arenosa como el río que habían cruzado kilómetros atrás.

-¿En qué andás vos? ¿ya le pusiste flores a la tumba de tu hermana? –preguntó la vieja en un tono más imperativo que de interrogación.

Sin levantarse, el Vinchuca le tomó las manos huesudas y se las besó.

-Tía, primero quise venir a saludarla y a dejarle una platita.

-Yo no quiero plata mal habida. Te venís para la fiesta de la Virgen y se la dejás a ella, a ver si te perdona los pecados.

Los hombres del carneo seguían impasibles con su faena, observados con la misma imparcialidad por los hombres del Vinchuca. Todos de pie. Todos mudos. Se escuchó el chasquido de las vísceras cayendo en un balde de plástico color verde (verde adobe).

-Bueno tía, voy a venir para la fiesta de la Virgen y me voy a quedar a comer con usted, ¿quiere?

Por única vez la vieja pareció sonreír, o al menos movió levemente la geográfica disposición de sus arrugas, y con la misma mano con que le había pegado, le hizo una caricia en la cabeza. Debía sentirse como una ola de rastrojos sobre la pampa requemada.

-Te voy a hacer ponderaciones con almíbar que tanto te gustan –dijo, y recuperando la hierática inmovilidad de iguana del desierto ordenó:

-Andá a llevarle flores a tu hermana, y pedile la bendición.

-Sí tía.

Desandaron pocos kilómetros hasta la puerta del cementerio, que no era otra cosa que un portal en un

paredón que podría haber pertenecido a cualquier cementerio del mundo, del mundo pobre, olvidado, el mundo tercero o cuarto o quinto en la categoría de los mundos materiales dentro del mundo de los hombres.

Con un gesto mudo de la mano blanco verdosa, el Vinchuca ordenó a sus hombres que compraran todas las flores de los dos puestos que había en la entrada, bajo unos tolditos misérrimos. Hicieron falta los brazos de todos, y aún de uno de los floristas, para llevar el cargamento hasta el final del cementerio. El Vinchuca caminaba delante, presidiendo un cortejo sin muerto, un cortejo de flores, pero no de flores ordenadas, sino de flores recogidas en ramos de la más variada índole, amontonados chorreantes aún el agua de sus floreros. El Vinchuca caminaba delante como en un funeral, por la vereda de cemento que dividía en dos la tierra con tumbas cuidadas, abandonadas o destruidas, y el cortejo dejaba un rastro de lágrimas enormes sobre el sendero seco, las lágrimas que lloraban los ramos de flores, que los llevaban a la tumba.

El olvido destruye, pensó él y su mirada atravesaba los crisantemos y los gladiolos que llevaba entre los brazos.

Al final de la vereda, a la derecha, pasando los últimos aguaribayes, había un predio polvoriento con pequeñas cruces caídas, tumbas pequeñas, sin otro adorno que la misma tierra reseca, amontonada en largos y estrechos túmulos resquebrajados, la mayor parte abandonadas (es extraño, pensó él, las tumbas han sido abandonadas, pero no han sido abandonadas por sus ocupantes, por sus verdaderos dueños, sino por los visitantes, o sea que más que un abandono se trata, es cierto, de un olvido). Hacia el final se erguía una plataforma de azulejos sobre la cual una estructura metálica sostenía un toldo a rayas blanco y verde,

impecablemente nuevo. Parecía un kiosco de bebidas frescas en medio de un desierto.

El cortejo se encaminó hacia el túmulo de azulejos con toldo a rayas. Era la tumba de un niño, o de una niña. En la parte de adelante, con letra manuscrita pintada sobre el mismo toldo, se leía “Jacky”. El Vinchuca descorrió una parte del toldo como si abriera el telón de un teatrillo, y quedó a la vista la fotografía de una niña de entre ocho y diez años, de cabello negro y ojos negros como los del Vinchuca. La tumba estaba adornada con guirnaldas de flores de plástico, y sobre la lápida había botellas con agua dentro de las cuales contenían la respiración más flores artificiales. Con parsimonia, con gran cuidado, el Vinchuca se arrodilló en el escalón de la lápida y empezó a retirar una a una las botellas, como si fueran peceras verticales cuyos habitantes se hubiesen quedado momificados bajo ese toldo, inmersos en el agua recalentada de los siglos. Sacó un gran pañuelo a cuadros el bolsillo y estirándose, en la misma posición, se puso a limpiar el retrato de la niña. Después limpió los azulejos y los fue cubriendo con las flores que le pasaban todos sus ayudantes, reunidos alrededor como una familia de deudos, mudos y con las miradas fijas en el trabajo del jefe. El Vinchuca se puso de pie y la tumba parecía una montaña de flores, no se veía un solo azulejo.

El Vinchuca cerró el toldo con veneración, besó la escrita con el nombre “Jacky” y se dedicó a repartir las flores restantes, que seguían siendo una montaña, sobre todas las pequeñas tumbas abandonadas de alrededor. Se agachaba a levantar las cruces caídas, y sus hombres recorrían el lugar en busca de alambres para atarlas y volver a ponerlas de pie.

El viaje de retorno fue sin una palabra. Lo dejaron en la plaza donde lo habían recogido. Se encontró de nuevo solo. Metió la mano en el bolsillo y sacó el papel que le había dado Omar en la oficina de la Terminal. Leyó la dirección e hizo un gesto de contrariedad. Calle Patricias Mendocinas se hallaba fuera de su dominio. Demasiado cerca del centro de la ciudad como para que la incluyera en su itinerario. Sin embargo, emprendió la marcha y, según su costumbre, fue indagando cada fachada, y trataba de escudriñar en su paso rápido, a través de los vidrios, de las cortinas descorridas o las celosías abiertas.

Cruzó la avenida, cambió de idea y prosiguió derecho al oeste hacia la casa de Mario. Se dedicó a clasificar las fachadas en paraíso-purgatorio-infierno, de acuerdo con un criterio propio y para estar en tema con la novela que Mario le había dicho que estaba escribiendo. Golpeó la puerta y se dispuso a esperar. Había ciertos sitios en los que la puerta de calle parecía encontrarse a kilómetros luz de los habitantes de la casa.

Un silencio desteñido se arrastraba en cada parte de ese sitio descascarado, sobado por las manos del aire y de las personas, en ese jardincito miserable donde algunos malvones raquíuticos elevaban sus ramas leñosas y deshojadas a un cielo que no podían ver, desde una tierra flaca, pobre, harapienta. Miró la puerta que a pesar del abandono seguía viéndose maciza, y Mario le abrió exhibiendo una cara luctuosa, demacrada.

-Pasá –dijo, y desplazó el cuerpo colocándolo en la misma posición de la puerta abierta hacia adentro.

Sentada en una especie de sofá esquinero con almohadones, había una mujer enorme, oscura, con ojos sagaces y cabellera colorada. Lo miró con sus pupilas oscuras y terribles.

-Mi mamá está enferma –pronunció Mario sentándose y poniendo las manos en las rodillas. No sabemos bien lo que tiene. Dice el médico que puede ser una infección renal. Hizo silencio. La mujer gorda no hablaba, pero no dejaba de mirar al visitante con sus sesgados ojos circuidos de negro.

-Me tiene preocupado.

-Entiendo –dijo él a modo de respuesta. ¿Y cómo sigue tu novela?

-¿Qué novela?

-La que estabas escribiendo. Sobre el cielo, el purgatorio y el infierno.

-Ah, imagínate, con este panorama...

Volvió a la calle desilusionado. Interrumpir una novela, pensó. Qué cosa más catastrófica. Y mecánicamente encaminó sus pasos contrariados a la dirección que tenía anotada en el papel.

El sur era una zona de finis terrae donde nada podía interesarle. Volvió a cruzar la Alameda, la avenida, desocupadas vías del tren, y llegó a la calle que buscaba. Era la única que conservaba empedrado de adoquines. Se detuvo frente a una casa de verja de piedra y rejas. Tenía un minúsculo jardín con cantero y en la pared lateral un mosaico con el busto de una Virgen vidriosa y morada con un improbable aire bizantino. Entró al jardín, tocó el timbre junto a la alta puerta labrada y miró el balcón sobre el garaje, el ventanal rebuscado con balaustrada. Todo estaba en silencio. Tocó de nuevo. Como si hubiera esperado el segundo toque, una de las dos hojas de la puerta se abrió, y un hombre joven, de cabello castaño corto y grandes ojos redondos y celestes, apareció en

medio del punto de fuga que la oscuridad geométrica del zaguán tramaba a su alrededor.

-¿Sí? ¿Qué querés? –dijo con una voz nasal el hombre de los ojos celestes, enrojecidos en medio de una cara también redonda con la barba rojiza a medio crecer.

-Vengo de parte del Vinchuca.

Una repentina inseguridad pareció recorrer el cuerpo del hombre, como un escalofrío interno que no moviese un centímetro de piel, pero que generase oleadas de insatisfacción adentro, muy adentro del cerebro y del estómago. Metiéndose la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, el hombre dijo, como dudando sobre lo que iba a hacer:

-Ah, bueno. Pasá.

Entró en la oscuridad del zaguán, tapizado de mayólicas verdes y naranja, que formaban flores estilizadas en relieve, y llegaban a la altura de su pecho. Desde el cielorraso colgaba de una cadena de bronce una tulipa de opalina blanca como una llamarada invertida. Le gustó esa llamarada. Pensó en el Apocalipsis y en el fuego lloviendo desde el cielo en franco desafío a las leyes de la física, que de todos modos ya habrían sido derogadas por el mismo dios castigador.

Al final del pasillo, la puerta cancel de vidrios oscuros, ovalados, estaba cerrada. El hombre de ojos celestes la abrió con un gesto nuevo, como si esa puerta hubiese aparecido allí en esa única ocasión, y ambos entraron en una galería abierta sobre un estrecho patio. Casi la totalidad del piso embaldosado estaba cubierta con macetas de todas las medidas. En cada una de ellas había cactus. El hombre de ojos celestes se volvió sobre sí mismo y le indicó con la misma mano insegura con que había abierto la puerta cancel, un sillón de mimbre pintado de blanco.

-Sentate. Esperame aquí –pronunció con su voz nasal, mucho más amable que en el ingreso, como si el interior de la casa y la cercanía de los cactus hubieran otorgado una cierta familiaridad a sus gestos.

Se sentó en una de las poltronas de mimbre y se dedicó a mirar el jardín de macetas. Le vino a la memoria una historia de San Francisco de Asís, que se arrojaba entre las rosas en una crisis de fe, y las rosas dejaban caer sus espinas. “Quisiera verlo arriba de estas macetas”, pensó, porque las rosas sin espinas siguen siendo rosas, pero los cactus pasarían a ser como órganos sexuales impúberes, o budines resbalosos puestos boca abajo.

Había en el lugar un orden solitario, silencioso. El cuidado manual de un hombre que habla consigo mismo, con una voz que se deglute. La vorágine de un espíritu en el cual la constante implosión ha formado una especie de calma exterior, de superficie lenta.

El hombre de los ojos celestes volvió con un cigarrillo en la mano, los ojos más enrojecidos.

-Vamos a tener que ir a otro lugar –dijo como una invitación a que se levantara de la poltrona de mimbre y lo siguiera, a pesar de que se había parado frente a él, cerrando el paso y la vista hacia el jardín de cactus.

-Bueno. Respondió él y se puso de pie.

Saliendo dio una última mirada a los cactus. Era un jardín muy hermoso.

Caminaron en dirección al norte, y se alegró de que estuviesen volviendo a la Cuarta. El hombre de ojos celestes no habló en todo el trayecto, aunque le ofreció un cigarrillo. Se movía casi torpemente, con la espalda contraída y rígida, las manos en los bolsillos, casi hundiendo la cabeza en los hombros, como si no estuviera acostumbrado a caminar por la calle; como si esa variada

escenografía de casas y árboles, de veredas y acequias, lo abrumara, le pesara sobre el cuerpo, distribuyendo su presión en el torso y entorpeciendo las piernas. Caminaba como si tuviera vergüenza. Vergüenza de caminar.

Llegaron a una casa vieja, abandonada, sobre una calle paralela a la calle de la Virgen bizantina. No tenía número cívico, aunque según sus cálculos habían recorrido más de diez cuadras. Doce tal vez.

El hombre de ojos celestes empujó la reja de una alta verja con columnas que encerraba un jardín muerto de canteros como ojos de una protagonista de Las Mil y una Noches: adornados con fragmentos de azulejos y vidrios, delineados por el lápiz del moho. La fachada, dividida en tres cuerpos simétricos, con los ventanales clausurados (daba la impresión de que no estaban hechos para ser abiertos. Eran grandes entradas a la nada, a donde no se podría ir), y la puerta en el centro. Las paredes estaban tatuadas por las huellas de una hiedra que había sido arrancada de su succión litófaga y había dejado sobre la superficie humillada las llagas de sus ventosas y zarcillos como un jeroglífico.

Les abrió una mujer vieja, baja, vestida con unos pantalones negros que marcaban sus piernas deformes, juntas a la altura de las rodillas. Tenía el cabello blanco peinado como en dos alas sobre las orejas, y la cara, larga, arrugada y blanda, cobijaba un ojo hundido, pequeñísimo y de pupila vertical como el ojo de un lince. Este ojo emanaba una extraña luz, mientras que el otro, marrón, de tamaño normal, se dedicaba sencillamente a mirar lo que tenía adelante.

La mujer besó a ambos y dijo al hombre de ojos celestes:

-Ezequiel, picarón, ya te estabas olvidando de mí.

Atravesaron un zaguán semejante al de la casa anterior, la casa de la Virgen, pero después de la puerta cancel, en lugar de una galería abierta, había una sala de estar rematada por una mampara de vidrios de colores. Las paredes estaban empapeladas en rectángulos enmarcados. Había sillones enormes, de madera oscura, con almohadones estampados y un espejo circular sobre una mesita adosada a la pared, y sobre ella un cisne de yeso repleto de flores de plástico.

Pasaron por una galería abierta, pero no había un jardín de cactus sino grandes tiestos con helechos apoyados sobre pies de mayólica. Al final de la galería estaba la cocina, con alacenas de madera pintadas de verde y festoneadas con blondas de hule recortado como guirnaldas. La mujer del ojo de lince los hizo sentar a una mesa rectangular. Desde allí podía verse un patio abierto y muy largo, cubierto con parrales en la parte adosada a la casa, y más atrás una higuera gigante. Un perrito pequeño, de pelo corto y cara de zorro, se acercó.

-Dip, no moleste –dijo la mujer mientras preparaba mate y sacaba de una lata cuadrada, verde y azul, unas galletas redondas. –Hacía tanto que no venías por acá, dijo dirigida al hombre de los cactus.

Ezequiel –era el nombre del hombre de ojos celestes- respondió con modo tímido:

-Tenés razón Delma. Es que he estado escribiendo mucho y cuidando los cactus.

-Los cactus no me gustan porque llaman a la miseria. ¿No has traído nada para leerme?

-No. Es que vinimos por otra cosa.

-Ya me imagino. Pero tomemos mate. Sírvanse galletitas –Delma empujó hacia los dos visitantes el plato donde había puesto las galletas redondas. El perrito se había sentado a sus pies y la contemplaba con adoración,

como deben adorar los lobos a sus divinidades escondidas en el interior de los troncos de los árboles en los bosques drúidicos.

La droga estaba guardada en una lata semejante a la de las galletas redondas, y ya estaba perfectamente dividida y agrupada en paquetitos de a diez.

-Ya sabés Ezequiel. Vos vendés pero no tomás –la advertencia de Delma fue subrayada por la luz recta del ojo de lince, mientras el otro ojo, el que miraba, apuntó al hombre de ojos celestes ayudado por la luz innatural de su compañero más pequeño.

-Y no vengás nada más que por esto. Vení a visitarme y a leerme tus cosas. Sabés que yo no puedo leer más –agregó cambiando de tono, bajando un poco la tensión de sus ojos dispares y dando a su voz una blandura más acorde con la blandura de sus facciones.

-Tengo la vista a la miseria, y desde que perdí la visión de este ojo –y se señalaba el ojito de lince, como si por allí no viera nada, como si por esa pupila recta no se filtraran las imágenes a su cabeza con peinado de alas grises- y desde que perdí la visión de este ojo tengo que forzar mucho el que me queda para poder enfocar las cosas –decía esto Delma y él pensó en la precisión con que estaban realizados los prolijos paquetitos que salieron de la lata redonda. La perfección de los ciegos.

Con el bolsillo interno de la campera bien abastecido y la imagen de Delma y Dip en la puerta del caserón, decidió que había que abordar los negocios, y nada mejor que el bar del tajarar para empezar a vender. También lo acompañó la cara del hombre de ojos celestes. Ezequiel el escritor que cultivaba cactus.

Anita no estaba atendiendo el bar, y él se dedicó a beber y a mirar el cuadro del ángel con alas de acero, hasta que el alcohol hizo que empezaran a vibrar.

No llegaba nadie, y para no seguir aburriéndose hubiera querido hacer una visita a Edith; pero recordó a Pablo y pensó que ningún lugar era mejor que la casa de Ramón. Casi lo había decidido, pero un tipo alto, desgarrado, de cara afilada y larga como la de un tapir, con el cabello castaño y lacio, se sentó a su mesa.

-¿Cómo te va? –pronunció Lúquez a través de su sonrisa, sacando la voz superficial exclusivamente desde la garganta, y mordiéndola en las estrechas cavernas de su nariz.

Caminando rumbo a la casa sobre el canal, se concentró en estudiar la discutible pulcritud de la ropa de Lúquez, y al pensar en el perro sobre la sábana, en el colchón en el suelo, recordó, como si un rayo le perforase el cerebro, la misérrima ducha de esa casa, el agua escalofriada y lenta, y sintió él también un escalofrío de rabia.

-Estoy haciendo trabajos en la casa –anunció Luquez triunfalmente. “¿Limpiar?”, pensó él y seguía imaginando al perro enrollado en la sábana.

-Empecé por la cocina –agregó Lúquez- y le mostró con orgullo una cocina rehecha, paredes, pisos, pileta, una muestra de arquitectura adocenada, decorativa y pretenciosa, que al menos tenía el mérito (aparte de haber perdido cualquier indicio de personalidad para transformarse en una hoja de revista semanal, y de las menos caras), el mérito de todavía no haber acumulado ni la millonésima capa de la noble grasa que impermeabilizaba a la anterior cocina con todos sus objetos, alejándolos del mundo, protegiéndolos como

vendas de momias, untadas por incontables napas de culinarios aceites sagrados.

Recordó por segunda vez al hombre de los ojos celestes y su matemático jardín de cactus, pero cerró sus propios ojos en un intento de reunir las fuerzas indispensables para tomar la decisión que tenía que huir a casa de Ramón y a su ducha dichosa.

En un último fognazo lanzado por las cariadas paredes a sus órganos visuales, vio que el perro negro se había acomodado en el desportillado sofá, bajo los trapos rojos colgados como telones de escenografía, y desde ese trono de deidad zoomorfa lo miraba con rencor, con ese rencor aplacado de los perros, como diciéndole “quedate dormido nomás y yo me voy arriba de la sábana”.

Abrió los ojos y estaba ciego.

Estiró un pie y chocó contra la masa pesada del perro. El perro al menos había cumplido su muda amenaza.

Se incorporó cautelosamente y tanteó en busca de sus ropas sobre la mesa junto a la cual estaba tirado el colchón. Allí estarían durmiendo esos dos perros, el perro negro y su perro Lúquez.

Después de todo no era tan desagradable abrir los ojos y no ver las paredes piqueteadas; las ridículas colgaduras y el abigarramiento polvoroso de muebles y objetos. Ponerse la ropa era fácil, salir de esa casa también, no era necesario ni siquiera emprender el viaje al baño de la ducha miserable. Vestirse sin bañarse quizás no era lo ideal, pero dadas las extraordinarias circunstancias, decidió que se trataba de la única opción, aunque fuera una opción de emergencia.

Abrió la puerta con el menor ruido posible, y el aire le indicó que ya estaba afuera. Sabía que para llegar a casa de Ramón tenía que caminar hacia el norte. O sea, siendo ciego dedujo que el norte se hallaba a su derecha, saliendo de la casa de Lúquez sobre el canal.

Sería necesario también contar las cuadras, pero contar las cuadras era una costumbre mecánica en él. Su hábito de ir espiando cada fachada y cada ventana, como lo había hecho con su pérdida vista, le permitiría mantener una línea más o menos recta. Pensó que el canal no tenía barandas en muchos tramos, y por eso decidió girar hacia el Este, de nuevo en la primera esquina, y proseguir por la calle paralela rumbo al norte.

La marcha era muy lenta, pero la ceguera le permitía sentir con atención los ruidos de la calle, los autos, y a veces las voces encerradas en las casas invisibles. Cada ruido le hacía ver en su mente la imagen de su correspondencia en la memoria, almacenada por su mirada perdida, y de ese modo reconstruía dentro de sí una realidad que no veía, pero que de cierta manera conocía, o reconocía.

Por ejemplo, recordaba perfectamente los rostros de las personas que había conocido, e incluso las podía rever, como en una película, en gestos, actitudes, hablando con él mismo. En una esquina se detuvo a oler el aire. Era necesario escuchar atentamente por ambos oídos, por si estaba por cruzar una calle de doble mano. Pensó que hubiera necesitado un bastón blanco, no para ayudarse, sino para que los automovilistas se dieran cuenta de que era ciego.

En cambio inesperadamente una mano firme, en medio de la calle, en medio de su atención totalmente concentrada en el rumor de los automóviles, lo rescató de su autismo y arrancándolo de esa esfera de sí mismo lo

arrastró hasta la esquina de enfrente. “Se ve perfectamente que estoy ciego”, pensó con una cierta ironía y creyó que estaba sonriendo. Se sorprendió de que en la esquina donde debería haber anclado, la mano no lo soltaba, por el contrario, aumentaba su presión sobre el brazo mientras lo dirigía hacia delante.

-Usted no se acuerda de mí. Estaba muy mal cuando nos encontramos. Yo soy la madre de Adalberto-dijo la voz, casi en su oído.

-Usted estaba en el hospital –prosiguió la voz un poco cascada en su oído. -Yo quise decirle que no se preocupara, porque yo sabía la verdad sobre la muerte de mi hijo, y de ese monstruo de arquitecto. Los caminos del mal son innumerables. He venido a Mendoza para conocer el nuevo templo, y dios me puso en su camino para que lo ayudara. Porque usted se ha quedado ciego, y eso es una advertencia. El maligno tiene muchos recursos. Usted no está en la senda que dios quiere para usted. Y ya se sabe. Ya se sabe lo que sucede cuando se pierde el rumbo. Pero hay que tener fe, hay que creer. Porque nosotros no entendemos pero Él sí entiende. Sabe lo que hace. Sabe que usted se puede salvar... Hay una trama que el altísimo teje desde el cielo, y nosotros aquí abajo vemos sólo nudos y enmiendas, pero el diseño es perfecto, él lo sabe...

A la mitad de esta frase una fuerza enorme y muda arrancó la mano que sujetaba su brazo. Silencio. Se detuvo y escuchó. Nada. Ni siquiera un rumor de pasos. Ni un auto. Trató de girar nuevamente hacia la dirección en que avanzaba antes de la interrupción de la voz divina, pero tuvo que buscar a tientas una pared para volver a ubicarse.

Prosiguió la lenta marcha, pensaba en el significado del discurso de la vieja y su historia de la salvación, aunque lo que más le interesaba era eso de la trama celeste.

Imaginaba un gran tejido de colores, y lo daba vuelta del derecho y del revés.

Retomó el conteo de las cuadras y le molestó bastante comprobar que por culpa de todo ese monólogo místico artesanal, tenía dudas sobre el número exacto de manzanas recorridas.

Fue zigzagueando hacia el Este y hacia el norte, o sea hacia su derecha y hacia delante, hasta que un ruido de tráfico le indicó que había llegado a una avenida. Buscó con las manos extendidas el palo del semáforo, y esperó que el rumor de los autos se detuviera, en coincidencia con la vibración que debía hacer la columna de metal al cambiar de luz. No hubo vibración, pero pudo escuchar claramente el ruido mecánico que hizo el pasar de un color a otro, porque se trataba de un semáforo con caja. Cruzó y pudo recomenzar de cero con el conteo de las cuadras. Según sus cálculos, estaba muy cerca de la casa de Ramón.

Fue tanteando la primera puerta, la segunda puerta, la tercera puerta. Estudiantes, casa de las italianas, puerta de Ramón. Después de la larga verja baja, la pared de piedra rústica. Golpeó. Volvió a golpear. Se sentó en el escalón, recordó que era de granito rosado. ¿Cómo harían el granito rosado? Se preguntó. Y después de todo, ¿por qué hacer una piedra de ese color tan evidentemente frívolo? Trató de recordar si en la naturaleza había conocido ese color. Se apoyó en la puerta y cerró los ojos, o tuvo la intención de hacerlo: no recordaba si los tenía cerrados o abiertos. Otra característica de la ceguera, pensó. De todos modos, era ceguera esa modorra de la espera sobre el escalón rosado.

Debajo de sus párpados veía a Edith en su cocina, revolviendo con una cuchara de madera una masa pastosa en un recipiente redondo de vidrio. Tenía puesto un

delantal enterizo que era un espejo, y en él se reflejaban Marta la perra de resorte y Sibila la gata amarilla. Edith revolvía y con la cuchara sacaba porciones de esa masa color adobe, que iba poniendo sobre la mesa –la mesa era larga, larguísima. Con las manos empastadas modelaba una figura humana sobre la mesa. Se acercaba a los bordes y la perra sacaba una pata del delantal de espejo, y la imprimía en un costado del simulacro de hombre. Era un simulacro de hombre, de pasta color adobe. Edith concluyó su obra y se alejó un poco de la mesa para observarla. Él se acercó y miró de cerca el simulacro. Era la imagen de Pablo. Edith le hacía un gesto con los brazos y las manos como si él tuviera la misión de proseguir la obra, y cumplir el paso siguiente en la creación del hombre.

Un siseo que hubiera querido identificar como el crujido de un raso, o una crinolina, le hizo abrir los ojos. Pero tal vez se trataba de lo que quedaba de su sueño, y lo que en realidad lo estaba despertando era la voz de una mujer:

-¿Busca a alguien? –dijo la voz acentuada.

-Estoy esperando a Ramón- contestó.

Otro roce de telas en el espacio negro que se abría ante sus ojos, y una segunda voz se sumó a la primera. Era bastante parecida, ambas tenían un timbre agudo que se volvía grave, con resonancias, como si se expandiera por salones semidesiertos, como si trepase por sus paredes (paredes con columnas doradas, pensó. Como si la voz fuese un chorro de agua que llegase hasta una bóveda, y allí, al chocar contra ese techo combado, se difundiese por las nervaduras en filamentos distintos, que al final goteaban casi sin producir ecos).

Las hermanas italianas, dedujo sin moverse del escalón donde estaba sentado. Del escalón de granito rosado, según recordó.

-Ramón se mudó. No vive más acá –dijo la segunda hermana. Dedujo que era la segunda porque era la segunda voz que había aparecido frente al escalón.

-Ah -respondió.

-No sabemos dónde se mudó. No dejó dirección. ¿No es cierto Adelina? –agregó la primera voz, más metálica.

-Si lo podemos ayudar..... dijo la voz que correspondería a Adelina.

Pensó en la ducha de Ramón. Perdida irremediamente. Se puso de pie. Calculó que las hermanas italianas estarían paradas frente a él, en dirección Oeste. Hacia allí debía dirigirse para llegar a casa de Edith.

-No gracias. Muchas gracias –se sintió obligado a reforzar el agradecimiento, ya que le dio la impresión de que las hermanas lo estaban mirando fijamente y que una de ellas, o las dos, intentarían ayudarlo a caminar, y eso le molestaría casi tanto como le había molestado el saber perdida la ducha de Ramón.

Esta vez el camino le resultó arduo, a pesar de que sabía que su derrotero era avanzar en línea recta hacia el Oeste hasta llegar a la avenida, atravesarla, caminar una cuadra hacia el norte, retomar hacia el Oeste una cuadra y media, y habría llegado.

Pero le costó encontrar la avenida. Se encerró en un callejón sin salida que no recordaba y tuvo que desviarse. Se desorientó y caminó en zigzag hasta que le pareció que había recuperado el rumbo, sin embargo inesperadamente se halló en medio de lo que debería ser una plaza: se lo

decían la falta de paredes y la sensación de espacio. Las voces no rebotaban en paredes sino que se perdían en el aire, un aire poblado de seres altos. Al buscar un apoyo, una referencia a una verja o una fachada, se encontró pisando pasto. No había duda de que era pasto, a no ser que alguien hubiera tapizado las veredas, y era muy improbable que hubiese entrado en un jardín particular, que según recordaba en esa zona eran pequeños o casi inexistentes.

Avanzó con las manos hacia delante hasta que dio con un arbusto, lo rodeó, pensó que debía ser meta elegida como baño de todos los perros del vecindario, y en ocasiones tal vez de los humanos que se hallaban en las inmediaciones sin nada mejor que la plaza o tras una borrachera insostenible, pobre arbusto. Prosiguió hasta tocar el tronco de un árbol, ese ser alto; siguió, tropezó con un zócalo duro: una base de piedra. Tocó una superficie redonda, larga, metálica, tubular: un cañón. Estaba en la Plaza de los Cañones. Qué idea poner cañones en una plaza, pensó. Se había desviado bastante hacia el sur, pero podía recuperar camino si lograba salir a la avenida. Prosiguió tanteando el aire hasta que halló uno de los bancos de listones de madera que abundaban en esa plaza. Se dejó caer y esperó.

Pasaron unos tacos con un caminar rápido y nervioso. Pasó una banda de adolescentes, palabras acentuadas, frases paráliticas, insultos. Podía escuchar hasta el aproximarse de las interesadas palomas grises (sabía que era grises, otras no había visto en las plazas de la Cuarta), que darían vueltas frente a él, haciéndose las distraídas y sureando en espera de que les echara alguna miga. Tiró varias patadas al aire y sonrió cuando sintió los aletazos que le indicaban la huída en masa de las invasoras.

Decidió seguir su camino. Atravesó el pasto circundando el banco en el que había estado sentado, y llegó a la vereda. Era muy difícil dar con la esquina sin caerse dentro de una de las acequias de cemento que rodeaban la plaza. Con paciente lentitud siguió por la vereda hasta el final, suponiendo que una vereda no podía terminar en una acequia. Al fin bajó el cordón y pisó la calle, un desnivel martirizado, liso, caliente. Escuchó un silencio total y prosiguió adelante casi arrastrando los pies hasta tropezar con el cordón de la vereda de enfrente. Desde allí fue más fácil, porque las fachadas le daban alguna referencia, y a través de ellas podía controlar la derechura de su camino y la terminación de la cuadra. Llegó a la avenida y por segunda vez una mano le tomó el codo y lo condujo hacia la otra ribera. Pero apenas cruzada la calle la mano desapareció sin una palabra.

Llegó a casa de Edith. Tocó el cerco de ligustro, llegó hasta la puerta de la cocina, y ésta se abrió bajo la presión de sus nudillos que golpeaban la madera. Extrañamente, Marta no había salido a saltarle encima; ni siquiera había ladrado. Subió el escalón resquebrajado (éste era de granito blanco, pensó) y un silencio denso lo recibió dentro de la cocina. Avanzó hasta tocar la mesa con vidrio. Se apoyó con ambas manos y permaneció inmóvil, expectante. Dijo “Edith”, y le respondió el mismo silencio.

Dio media vuelta y buscó con ambas manos la puerta que comunicaba la cocina con el living. Estaba cerrada. Era extraño, no era la costumbre de Edith. La empujó y entró en una atmósfera fría, vacía, en la que flotaba de manera leve un sollozo silbado, débil, inhumano. Giró a su derecha costeando un mueble de cristales y siguiéndolo con las yemas de los dedos, unos cuatro pasos, y encontró la puerta del pasillo largo y alto

que llevaba a las habitaciones. Caminó hacia el fondo y dio un puntapié involuntario a una masa de metal a su derecha, debía ser el calefactor, pensó levantando el pie como si de ese modo se le fuera a aliviar el dolor.

El ruido retumbó en ese túnel negro y deshabitado desde el fondo del cual, sin embargo, seguía llegando el sollozo. Atravesó el umbral de la habitación de Edith, y sintió que Marta le ponía las patas encima y le apoyaba el hocico sin dejar de sollozar. No pudo seguir adelante, tropezó con un cuerpo que yacía en el suelo. Abrió los ojos y miró: era Edith.

Su amiga estaba tirada inconsciente, el pelo apoyado sobre el parquet de madera como si fuera un almohadón de plumas en el que descansaba el rostro inexpresivo e increíblemente pálido. Sibila la gata miraba todo amarillo desde arriba de la cama. Volvió a la cocina, buscó bajo el vidrio de la mesa el número de teléfono de la ambulancia. Llamó. Regresó a la habitación de Edith y se apropió de la carterita de cuerina. Edith no habría ido ni a la esquina sin su carterita de cuerina.

-¿Qué llevás en esta cartera? Pesa una tonelada –le preguntó inclinando la cabeza sobre la camilla en la que Edith ingresaba a la sala de urgencias del hospital.

-Cosas mías. Quiero irme a mi casa –respondió ella. Tenía los párpados hinchados y estaba muy pálida. El cabello se le había vuelto a acomodar, formando un paralelogramo tridimensional sobre la almohada.

-Es mejor que se quede aquí tranquila –dijo el médico de guardia. Tiene la presión muy irregular.

-Las chicas están solas –se quejó Edith. “Las chicas” eran la perra y la gata. Miró hacia las ventanas pintadas de blanco amarillentas de la sala, como si se

tratara de un paisaje ignoto, nuevo, y que sin embargo le provocaba hastío.

-¿Qué pasó? ¿Es por Pablo? –preguntó él.

-Son cosas mías. No te metás. –Los ojos de Edith apuntaron hacia más arriba de la ventana amarillenta, y se clavaron en la línea inverosímil que unía la pared con el techo.

-Me voy a meter. Y vos no podés hacer nada.

Edith cerró los ojos. El médico regresó a tomarle la presión y a ella se le escurrían las lágrimas por entre los párpados cerrados.

Estabilizar la presión, acompañar por una vez a Edith que tantas veces lo había acompañado. Hablar con el médico y darse cuenta de que era más útil hablar con los enfermeros. Esperar. Esperar. Escuchar consejos y memorizar indicaciones. Llamar un taxi. Apoyarse en Edith para ella creyera que era él quien necesitaba ayuda, y se dejara ayudar. Dejarla en casa con las “chicas” y más tranquila.

Fue a la casa de Ezequiel. Dio una mirada a la Virgen bizantina, pero nadie le abrió la puerta.

Se dirigió a la casa de la hiedra arrancada. Delma lo miró desde el umbral con su ojo marrón, iluminándolo con el otro, el pequeño ojo de lince, y él pensó que de todos modos tenía ganas de estar allí, de tomar mate en la cocina de festones de hule.

Delma le mostró el patio trasero, cubierto por el parral y adornado con grandes macetones con helechos, cascadas, flores de nácar y geranios. Más allá había separaciones de enrejado de madera en forma de rombos, pintados de verde claro, y proseguía otro patio de tierra apisonada, barrida cuidadosamente y se diría que casi lustrosa, como si fuera un enlucido irregular y antiguo.

Allí algunas plantas grandes como arbustos crecían desde el suelo. Al fondo, una higuera gigantesca cerraba el espacio con su troncón liso y una copa hecha de ramas retorcidas. Detrás, un cañaveral como una acuarela japonesa, sutil e impenetrable.

Delma le indicó una caña con un tarrito de lata en la punta. Él la tomó y leyó la etiqueta desteñida: “Salsa de tomate La Campagnola”, y se dedicó a bajar los higos del árbol.

Los comieron en la cocina, con nueces que salían de otra caja de lata, como aquella de las galletas redondas, y que Delma partía con un martillo arriba de una tabla.

-¿Sabés adónde puedo encontrar al Vinchuca? –le preguntó. Delma lo miró con el ojo grande.

-El Jesús viene solamente para el día de la madre – contestó y comió medio higo con un pedazo de nuez.

-Por lo general le deja la mercadería a Ezequiel – concluyó.

-Vengo de la casa de Ezequiel . No salió nadie.

-Debe andar por los cerros buscando cactus – pronunció Delma. Casi con un gesto de repulsión cuyas réplicas se expandieron como ondas acuáticas en su blanda cara, agregó: -En lo oscuro no se pueden buscar cactus.

Siguió su camino hacia el norte, zigzagueando en dirección Este, hasta el bar del boxeador. Tomó cerveza. Empezaron a poner bifés de lomito arriba de la parrilla, en la churrasquera de lata que estaba contra la pared junto al cuadro del ángel azul, y tuvo que correr al baño a vomitar.

Se dio vuelta como un zoquete, apoyado en las paredes historiadas de ese cubículo cuya única verdadera intimidad la daba él mismo, con el ruido hueco de las arcadas que lo doblaban sobre el inodoro sin tapa. Se sintió

mejor, mucho más liviano y con la cabeza despejada. Para no correr riesgos contuvo la respiración y salió a la vereda. Desde allí a casa de Edith contó siete cuadras. Esta vez Marta la perra lo recibió saltando y dando vueltas rusas en el aire. Edith estaba planchando una sábana azul y escuchaba radio. Todo parecía mucho más normal.

-¿Cómo va? –le preguntó desde la silla empajada de respaldo de madera. Marta se dedicaba a lamerle el zapato.

-Bien, ¿cómo me va a ir? –respondió Edith. Dobló la sábana y desenchufó la plancha.

-Quiero decir, ¿cómo va?

Edith lo miró con sus redondos ojos marrones. Sobre su cráneo el triángulo escaleno de su cabellera tiritó como una galaxia que atraviesa una singularidad de incertidumbre.

-Va –respondió. Y poniendo frente a él una bandeja con manzanas, agregó: -Pelálas y córtalas en trozos. Voy a hacer un pastel.

-Tenés visitas.

-Sí. Vos.

-Edith.

Ella lo miró directamente a las pupilas:

-Hacé lo que quieras –dijo Edith, y se dedicó a mezclar ingredientes en un bol. Si las manzanas hubieran tenido ojos, hubieran visto la ambigua expresión de quien se aprestaba a pelarlas y cortarlas. Incluso algunas podrían haberla interpretado como una sonrisa.

En la calle se sintió de buen humor. Decidió dar una vuelta por la casa de Mario. Empezó el camino en dirección suroeste, disfrutando de cada frente, de cada vereda, con su nueva vista recobrada.

La casa de Mario, como habitualmente, parecía vacía. Golpeó y esperó. Mario abrió la puerta y un aire cargado, dulzón y acre, marcó el límite entre el adentro y el afuera.

-Mi vieja sigue muy mal. Para colmo está loca, loca como una cabra. Aparte de que está con suero aquí, en la casa, hay que mantenerla dopada, si no se arranca los tubos y se pone a gritar –dijo Mario.

-¿Cuál es el diagnóstico? –preguntó él, sin ningún interés, asombrándose un poco de su retórica cinematográfica o de su morbosidad, porque en el fondo necesitaba la confirmación a su íntima seguridad de que la vieja estaba por morir y que, de todas maneras, no había nada que hacerle.

Mario hizo una mueca torcida, con los ojos apuntando de manera oblicua hacia la puerta que daba a la escalera.

-Empezó con una infección a los riñones –explicó-, pero se complicó con el hígado y siguió una especie de colapso generalizado de todo el organismo. Un derrumbe. ¿Viste cuando se cae una pared y empuja a otra y ésta se cae arriba de otra y hace caer a las demás? Algo así. Hizo una pausa y agregó:

-No se ha muerto porque tiene un corazón de hierro. Hizo otra pausa. En el silencio acre de la casa, sentenció:

-Con mi papá fue mucho más rápido.

Le dejó a Mario un paquetito de coca, le iba a servir para sobrellevar esa oleada de derrumbes que sacudían su existencia. Sin preguntar por su amiga la gorda de pelo colorado, que no le interesaba para nada, ni por la novela sobre el paraíso, el purgatorio y el infierno, argumento que en cambio le hubiera gustado mucho conversar con Mario, se fue de regreso a la calle.

Quería encontrar al Vinchuca, pero confió en que, como había sucedido todas las veces, el Vinchuca lo encontraría a él.

Se dirigió hacia el Este y de nuevo hacia el sur, hasta llegar a la Costanera. Bordeó el canal, superó el cruce de las carreteras que entraban a la ciudad desde todos los puntos cardinales, atravesó el canal y se detuvo frente a un boliche de moda, un nuevo centro de la trasgresión y la ambigüedad. Entró. Allí dentro, la sombra perenne, que tenía vida, estaba poblada por las criaturas más variadas, todas aturcidas por la música y el panorama de un mundo irreal, o tal vez hiperreal.

Sobre un pequeño escenario se desarrollaba un espectáculo de nudismo que desembocaba en un acto sexual, o en la simulación de un acto sexual, que en ese sitio equivalía a lo mismo. Pasó entre mesitas redondas y desde una de ellas una mujer llamativa, de enormes tetas forradas de un morley a rayas, la boca hinchada como si hubiera sufrido la mordedura de un escorpión, y los ojos cargados de sombra celeste y negra, lo saludó. Era Michela, el travesti quiromántico.

Tuvo la fugacísima y mágica esperanza de encontrar por lo tanto a Javier, pero se distrajo con el movimiento irregular y oscuro de la fauna que lo circundaba. Se sentó a la barra y pidió alcohol. La música era estridente, pero menos horrible de lo que había temido. Intentó agudizar su vista, estirar hacia delante su mirada redonda y corta, y buscó entre la multiforme masa humana que se movía ridículamente en la coloreada penumbra.

Su esfuerzo tuvo premio: en una ensenada de esa marea de cuerpos, ropas, luces, brillos, olores y voces, Ramón hablaba con un corpulento personaje de peluca pajiza.

Había tenido que concentrarse tanto en atravesar las tinieblas con la mirada, que le provocó un golpe de electricidad la mano apoyada en su hombro izquierdo. No había girado la cabeza, pero sabía que se trataba de Javier. Se alegró. Tal vez el alcohol lo hubiese predispuerto a la sociabilidad, pensó. Pensó también que no conocía la casa de Javier, ni su ducha. Estaba en igualdad de condiciones que Ramón, de quien tampoco conocía la nueva casa. Y había decidido, viéndolo hablar como si estuviese en una isla afortunada en medio de un infierno dantesco, ir a probar la potencia del agua en la desconocida ducha.

No había mucho que hablar con Javier, y de todos modos el ruido era lo suficientemente ensordecedor como para convertir cualquier intento de diálogo en una serie inconexa de gestos y gritos no escuchados en los que nada o casi nada de significado podía introducirse. Pidió otra bebida e invitó a Javier a que tomaran juntos, pero rechazó su invitación a bailar. Se quedó apoyado en la barra, atalaya irónico de ese naufragio humano. Ramón lo había divisado y se acercó.

-¿Entonces? –preguntó Ramón.

-¿No me vas a dar tu nueva dirección? –respondió él.

-Ah, ¿fuiste a mi casa?

-¿Vamos a seguir haciéndonos preguntas o nos vamos a responder?

-Sí, sí, disculpame –se justificó Ramón. Es que me mudé de repente.

-Como todo.

-¿Qué?

-Que adónde vivís.

-Ahí nomás. A dos cuadras de donde estaba antes. En la calle Cruz Vera. Es la casa de un amigo que se fue a trabajar afuera y me pidió si le podía hacer de casero...

-¿Tiene ducha?

Ramón sonrió. –Claro, y dos tiene. Es una casa preciosa, muy rara...

-¿Preciosa o rara?

-Las dos cosas. Es que tiene una parte más vieja y otra más nueva, entonces se ve muy rara... Pero es linda.

-¿Juan Cruz Vera qué número? –preguntó él y miraba detrás de Ramón la silueta de Javier que regresaba de la pista de baile.

-Seisesenta –alcanzó a responder Ramón y sus últimas sílabas tal vez lo alcanzaron desde atrás, camino a la salida, hacia donde se iba con Javier.

La morada de Javier era un departamento de esquina, en un primer piso. Debajo se hallaba una peluquería, y subieron una escalera estrecha, blanca, sin pasamanos ni esperanza. Fue apresuradamente a inspeccionar la ducha, pensó que en ese edificio el flujo de agua debía ser abundante. Estudió los caños y rastreó el calefón hasta una pequeña lavandería junto a la cocina. Era mediano. Esa costumbre de la gente de no exagerar. Qué fastidio.

Javier observaba con curiosidad y hasta se diría una suerte de temor. Hablaba tan poco que parecía intimidado. Sintió simpatía por ese desgarrado y alto personaje. Cuando estuvieron cerca pudo ver en el fondo de sus ojos una tristeza que conocía bien, que había aprendido a leer. Era un panorama común a muchas personas. A muchas que él conocía. Y a él mismo también. Aunque no tenía la costumbre de mirarse a sí mismo en el fondo de las pupilas, sabía demasiado bien que si lo hiciera sentiría la misma desolación que veía en las de Javier. Algo muerto, o la presencia de la muerte, que tal vez era peor.

Estuvo a punto de sentir pena por Javier, y por él mismo.

Como un exorcista extrae de su hábito los instrumentos sagrados para arrojar lejos a los demonios invasores del cuerpo y el alma, él sacó de su bolsillo un sobrecito con coca y le convidó. Javier tomó sin decir nada, se echó hacia atrás en el sillón y cerró los ojos. Es mejor cerrar los ojos, pensó él. Sería mejor cerrar los ojos.

Pero se fue sin haber usado la famosa ducha. Lo acompañaba el silencio de las pupilas de Javier.

Caminó hacia el Este, se detuvo a mirar la vidriera de una ferretería. Qué hermosas eran las escaleras plegables, los serruchos, los rollos de alambre y de cuerda; las palas. Cuánta sensualidad, cuánta fuerza y a la vez cuánta suavidad había en esos elementos hechos para cortar, atar, levantar, enterrar. Cruzó la avenida y se dedicó a buscar la nueva calle de Ramón. En el mapa de su mente tuvo una vaga idea de dónde se hallaba. Se trataba sin duda de una de esas calles cortas que no nacen ni terminan, sino que se esconden como vectores invisibles en la geometría incomprensible de calles de la ciudad, singularidades que entran solamente en un principio de incertidumbre dentro del cual las leyes universales no se cumplen, varían, se deforman, desaparecen. Aparentemente, la calle Cruz Vera no existía. Se podía atravesar en todas las direcciones la zona donde debería estar, y no encontrarla.

Decidió llegar hasta la vieja casa de Ramón y partir desde allí, reconstruyendo paulatinamente las escuetas indicaciones que había recibido en el bar, flotando a medio cuerpo en medio del mar de los Sargazos humanos.

En la vereda estaban las hermanas italianas: una era rubia, de cabello casi blanco; la otra tenía el pelo cobre oscuro y ojos verdes.

-¿Todavía está buscando a Ramón? –preguntó la de ojos verdes, que escarbaba en un cantero con cactus construido como una base de operaciones vegetal en medio del severo espacio interestelar de la vereda.

-¿Se mejoró de la vista? –intervino la más joven, que trataba de contener con una escoba los desparramos de tierra que provocaba su hermana sobre las baldosas rojas.

-Sí –respondió él, y le pareció una contestación sintética y apropiada para ambas preguntas.

-No sabemos nada de Ramón –agregó la italiana de ojos verdes y cabello cobre oscuro, casi como disculpándose mientras lo miraba y se apartaba el pelo de los ojos con el antebrazo, agachada sobre el cantero de cactus.

-Se fue y no dijo adónde. Ni siquiera nos dio el preaviso. Diga que una es como es –imputó la rubia, encarnizada en barrer las baldosas coloradas pecaminosamente maculadas por la torpeza jardinera de su hermana. Y emprendía el barrido con tanta rabia que se diría que era capaz de borrar hasta las canaletas labradas en las mismas baldosas, y su hermana apretaba con más dulzura la tierra alrededor de los pequeños cactus.

-Pongo cactus para que los perros no hagan huecos –dijo la jardinera y se volvía a secar el sudor con el antebrazo.

Qué costumbre la de la gente de cultivar cactus, pensó él, y recordó el jardín interior de Ezequiel, el hombre de ojos celestes de la calle Patricias, en los confines sureños de la Cuarta. ¿Contra el ataque de quiénes cultivaría ese hombre sus numerosos cactus en

macetas? Las macetas se pueden trasladar, reflexionó, es como llevar la coraza defensiva donde uno vaya.

Para llegar a la nueva casa de Ramón sabía qué calle se encontraba hacia el sur, cuál era la que limitaba hacia el Este y cuál al oeste. Según su cálculo, hacia el norte debía abrirse una calle ancha que marcaba el límite del distrito, continuación de un antiguo camino de pescadores. No había otra posibilidad que buscar en esa dirección. Hacia el sur las calles estaban normalmente trazadas. Fue hasta la esquina de la casa de las hermanas italianas, miró hacia el norte y vio más adelante la calle ancha. Sin embargo la cuadra parecía demasiado larga, y sobre la vereda derecha, la del Este, se truncaba en una suerte de diagonal de pocos metros nacida desde la calle de los pescadores. Caminó hacia la calle ancha, y a mitad de camino, sin coincidir con la salida de la diagonal, se encontró con una callecita que se abría hacia el Oeste. Miró el cartel: Juan Cruz Vera. Caminó una cuadra en dirección Oeste. Pasó frente a una capilla con un cartel: “parroquia Santo Domingo”. Todo estaba sin nadie.

Al llegar a la siguiente esquina se detuvo. La calle transversal se llamaba Juan Jufré. Un crucigrama vial, pensó. Hacia el Este la calle concluía en la fachada de una casa. Hacia el Oeste, igual. Se encontraba en medio de un diminuto, perfecto juego de espejos. “Crucigrama laberíntico vial”, corrigió su pensamiento. Prosiguió hacia el Este y vio sobre la derecha una casa anaranjada. Cruzó de vereda. Número seisesenta. Era allí. Miró los ventanales de vidrios de colores en la fachada pasada de moda. Una reja carcelaria cerraba un hall con un botijón que apretaba un árbol verde y polvoriento. Metió la mano entre los barrotes y tocó el timbre. Se entretuvo estudiando una cerámica que representaba a San Francisco dándole la

mano al lobo. Volvió a tocar. Escuchó pasos y la puerta perpendicular a la vereda, con una cara de bronce sobre el ojo espía, se entreabrió y dejó ver una feta de Ramón.

-¡Eh! Qué sorpresa –dijo Ramón, aunque la frase no sonó pletórica de alegría, sincera como aseguraba su estructura sintáctica.

Ramón abrió más la puerta de madera, de cuya cerradura interna extrajo una llave, parte de un surtido llavero, salió al hall y abrió la cerradura de la reja.

-Nadie sale de aquí muy fácil... –alcanzó a decirle a Ramón, y lo hizo entrar al hall. Pablo apareció en el vano de la puerta de madera.

-Bueno, nos volvemos a encontrar. ¿Será destino? –dijo Pablo a través de una expandida sonrisa un poco estrábica.

Él no respondió. Terminó de entrar en el hall y Ramón cerró detrás la puerta de reja. Ambos penetraron en la casa.

Él permaneció entablillado en un mutismo que trató de hacer lo más antipático posible. Ramón hacía lo inverso para atenuar una tensión que no comprendía muy bien, y Pablo se limitaba a sonreír con suficiencia, con irónica suficiencia, le pareció a él.

Utilizó un método de mudez implacable que debería terminar por expeler a Pablo del espacio que eventualmente compartían.

Y así fue.

Pablo se marchó, y él no abrió la boca. Ramón parecía recortado de una plancha de almidón y le dijo:

-Qué lindo que viniste. ¿Te costó mucho encontrar la casa? –preguntó con una expresión un poco bovina, como queriendo cambiar de tema y ocultar quién sabe qué culpa que podría merecer la pena de muerte, pero que tal vez se podría disimular.

-¿Qué hacés con ese tipo? –fue su respuesta cortante y sin apelación.

-Nada –respondió Ramón acentuando el tono de culpa, aceptándola como si el fiscal hubiese presentado las pruebas irrefutables de su delito –Lo conozco del boliche.

-Es de lo peorcito del mercado –sentenció él, y se decidió a inspeccionar la casa.

Se trataba de una antigua construcción de adobe con paredes de casi un metro de ancho y techos de caña y rollizos, a la cual le habían adosado delante un agregado de construcción estilo americano. Todo era más bien descabellado; en esa síntesis irracional la antigua galería a la que daban las habitaciones hospedaba un escalerón de granito verde:

-Esto no va a ningún lado –dijo él mirando entre las dos columnas de la escalera hacia la puerta que la remataba en la parte superior, al final de una caja gigantesca, blanca, con ventanales de vidrio esmerilado.

-¿Cómo sabés? Por lo general todos piensan que hay otro piso arriba, y preguntan ¿qué hay arriba? –acotó Ramón a su vez mirando hacia arriba, como si fuera él quien preguntaba por el destino de esa escalera desmesurada de granito verde.

Él lo miró con sus ojos de corta mirada redonda: - Desde la vereda de enfrente se ve perfectamente que no hay nada. Esa puerta da al techo.

-Tenés razón, parece que iban a construir otra casa encima, pero mi amigo la compró así como está –explicó Ramón, feliz de poder dar una respuesta en la que ambas opiniones coincidieran.

Bajo la escalera había un pequeño baño color mostaza.

-¿La ducha funciona? –su pregunta era esencial, y Ramón lo sabía.

Ramón sonrió. –Afuera hay un baño grande con una ducha espectacular, le respondió esbozando una grande, amplia sonrisa que quería decir “sé la respuesta justa”.

-No digas espectacular –dijo él, una ducha no es un espectáculo. Y se dirigió hacia su verdadera meta. Atravesando la galería, salió al patio transitando una inmensa cocina estilo medieval con un arco de ladrillo y lámparas de vitraux.

Afuera había un jardín antiguo, cuidado en los mínimos detalles, atiborrado de plantas y con un pequeño estanque rectangular. En el conjunto pretendía imitar algunos rincones de las villas italianas, sin lograr más que un efecto parcial y muy recortado, ya que apenas se ampliaba la mirada se descubría que no se iba más allá de los paredones donde hubiera debido haber colinas toscanas con pinos geométricos a la Leonardo Da Vinci, y viejas casas de piedra adornadas con buganvillas. Pero algo de melancólico daba encanto al lugar, y su silencio parecía traído de lejos, de una postal olvidada en un cajón. El pasto inmóvil, los árboles retorcidos y decididos a vivir juntos y a donar sombra a las hortensias, un limonero cargado y un lustroso azarero eran la única familia de aquel rincón escondido y trabajado con ahínco de obsesivo.

Abajo del chorro de agua comprobó con infinito placer que la ducha era abundante y caliente, caía en medio del espacio y se colaba por la rejilla del piso. Era un baño campestre, y la ducha reinaba en medio del espacio como una lluvia particular encajonada por cuatro paredes.

Salió del baño, que daba al patio, y una oscuridad innatural había ocupado el lugar del aire. El pasto se puso negro, los árboles inmovilizaron sus hojas y habían desaparecido todos los pájaros. Sólo el aullido de los

perros, en algún lugar, denunciaba que el mundo seguía vivo.

Una pequeña sombra informe pasó a ras del suelo junto a sus pies. Se mantuvo inmóvil. El cielo brillaba en oleadas grises, lanzando hacia todas partes una penumbra más efectiva que la mirada de la Gorgona. Buscó en el cielo y vio un anillo resplandeciente: adentro tenía el agujero negro más negro del universo. Cerró los ojos, le dolían quemados por un ácido invisible. Apretó los párpados. Trató de que pasara esa sensación lacerante y muy lentamente los volvió a abrir, con la mirada dirigida al suelo. Vio las sombras de los árboles en las baldosas rojas y blancas. Una grisura veloz reemplazó a la oscuridad, como si una película fotográfica empezara a revelarse sumergida en los líquidos que dan contorno a las imágenes y pintan los colores. Y todo fue más claro. Los pájaros salieron de la nada y volvieron a los árboles. El bulto negro regresó a su lado y se quedó mirándolo con sus dos redondos ojos amarillos.

-Es la Pepa –dijo Ramón desde la puerta de la cocina, señalando la gata. –Es la dueña de la casa, agregó. Y la gata, sintiéndose aludida, posó como para una foto con flash e irguiéndose sobre las cuatro patas estilizadas delanteras erizó el lomo y dio la media vuelta.

Se trataba de una gata muy extraña. Desteñida de negro, con una expresión humana en un rostro de gato con ojos de gato. A veces los humanos tienen expresión animal, pensó él, y trató de pasar revista a todas las personas que conocía y a las cuales podía hallar semejantes a animales. Se sorprendió al descubrir que todas las personas –a su parecer- podían ser comparadas con animales, y no se trataba de comparaciones halagüeñas, ni para las personas ni para los animales. Pero en cambio no todos los animales podían ser comparados

con personas. Definitivamente los animales tienen más personalidad que los humanos, pensó.

Regresó a las calles, al colador de calles erguidas entre los pozos rectangulares de las acequias. Había algo de Atlántida en esa ciudad que estaba tan lejos del mar.

Siguió el hilo intuitivo de un zigzag secreto, y desembocó en la plaza de la Fundación. La casa del jazmín no tenía las fajas de “clausurado”, pero se veía tan abandonada. ¿Quién regaría el jazmín? Miró hacia todas partes y vio el paisaje igual, conocido, las mismas fachadas, los mismos árboles, gente de pasada y otra que simplemente estaba allí.

Cruzó la calle, llegó a la vereda de la casa. Saltó la verja y se dedicó a trepar por el pórtico sobre la puerta. No era una tarea fácil, y le molestaba mucho ensuciarse las manos. Pero quería entrar. Llegó hasta el balcón, sorteó la balastrada de piedra y empujó la puerta con vidrios. Las dos hojas se abrieron con facilidad, y se sintió bañado de una fresca, polvorienta penumbra. Juntó las hojas del balcón tras de sí y respiró. Buscó cómo bajar al patio.

La escalera de madera a la intemperie estaba a punto de hacerse trizas, y a pesar de la parsimonia de su descenso, crujía como si cada escalón tuviera una última voluntad que expresar. Llegó al primer patio embaldosado, y atravesando una puertita descangallada salió al jardín trasero donde estaba el jazmín, en medio de los matorrales secos que atiborraban los espacios delimitados, originariamente contruidos como canteros. Dio dos pasos. Pensaba ir directamente a la lavandería a llenar un balde con agua, pero se quedó inmobilizado: a pocos metros, puesto frente al jazmín y de espaldas a él, se alzaba un sillón de mimbre con un alto respaldo redondo adornado

con arabescos. En el sillón estaba sentado un hombre. El hombre era el Vinchuca.

-¿Es que no se golpea la puerta? –dijo arrellanado el Vinchuca sin moverse de su sitio y sin sonreír, aunque se advertía un ligero tinte de benevolencia en su voz latosa y fría.

-Creí que no había nadie –respondió él y se sorprendió de que su respuesta fuera casi como una justificación, más en su forma que en el tono, que era simple, llano, sin miedo.

-No hay nadie –respondió el Vinchuca, apoyando aún más la espalda en el amplísimo respaldo del sillón descolorido y reseco, donde su saco negro restallaba como una tarántula sobre un vestido de novia. -¿Viniste a regar el jazmín? Le he echado agua yo mismo. Yo también soy un nostálgico –agregó con un conato de dulzura en su voz, que en su caso resultó solamente un abollón en la lata lisa de sus inflexiones.

-Te andaba buscando –agregó él para abandonar la botánica y aprovechar este encuentro que, como todo lo destinado, debía tener un significado más o menos descifrado.

-¿Ah sí? Sonrió esta vez el Vinchuca, con su pequeña sonrisa de dientes pequeños en la pequeña cara de piel finita. –Me picaban mucho las manos –y se rascó la palma de la mano izquierda con las uñas largas de la mano derecha, limpias pero de aspecto traicionero, demasiado lustrosas.

-Necesito un favor –dijo él y trató de mantener el tono seguro.

-Para servirlo –respondió la sonrisa finita y dejaba de rascarse para enderezar un poco la espalda ya innaturalmente derecha sobre el respaldo de mimbre.

-Hay alguien que está molestando a una amiga. La está molestando mucho –dijo él como si empezara a contar una historia que empezaba y terminaba allí.

-Hacé de cuenta que no la molesta más. Está hecho -afirmó el Vinchuca y se miró las uñas de la mano izquierda con satisfacción y sin entusiasmo.

-Gracias –dijo él.

-Faltaba más. Dijo el Vinchuca y encendió un cigarrillo. -A lo mejor vos me podés devolver el favor.

-A lo mejor –ya se veía venir quién sabe qué tarea inmane, pero al efecto de su deseo de sacar del camino a Pablo, podía hacer cualquier cosa. Después de todo, ¿qué otra cosa tenía que hacer sino cualquier cosa?

El Vinchuca se inclinó un poco hacia delante. Su cara puntiaguda y su cuerpo seco apuntaron en dirección al jazmín. No miraba a su interlocutor. Seguramente le interesaba muy poco, o más le interesaba el jazmín, o sencillamente no le gustaba denunciar con la cara las instrucciones que enunciaba de manera mentirosa y con voz más artificial.

-Es un viajecito a Buenos Aires, cosa de nada. Buscar dos paquetes y volver. El Vinchuca aspiró el cigarrillo como si fuera el aire esencial para vivir, sin dejar de mirar el jazmín.

Pasó una nube por el aire y enrareció la atmósfera, borroneando los contornos de las sombras y las luces en el patio abandonado. Pasó y no dejó huellas, y el humo del cigarrillo del Vinchuca volvió a adensarse alrededor de su cabeza de cabellos negros y lustrosos.

-Habría que enterrarle un bife de hígado. Por el hierro. Esos inútiles de Roque y González ni para eso servían –agregó el Vinchuca sin siquiera levantar el trasero del sillón de mimbre, dando por terminada la conversación

y las instrucciones y el diagnóstico para el raquitismo de la pobre planta prisionera de los narcotraficantes.

El colectivo en el que le tocaba realizar el “viajecito a Buenos Aires” decía “servicio especial”, o algo por el estilo pintado en sus flancos bastante desteñidos, pero era viejo y ni siquiera estaba muy limpio, y tal vez lo único especial que tenía era una solitaria cucaracha que pereció en el trance de treparse por el costado junto a la puerta de entrada, y que fue asesinada sin ningún miramiento por el chofer, con un suelazo de goma de su suela raída.

Sin esperanzas, sin entretenimientos y con un malestar que preanunciaba lo peor, salió de la ciudad y se quedó dormido. Sólo se despertó una vez, en mitad de la nada. Se sentía extenuado, tenía calor o frío, no lo sabía. La estructura de metal y plásticos vibraba a su alrededor haciéndolo sentir como si estuviera dentro del vientre de un insecto, un insecto de caparazón coriáceo. Un cascarudo, una cucaracha, una vinchuca.

Cerrar los ojos. Achatarse debajo del colchón. Achatarse. Debajo. Debajo. Dormido. Despierto. El ómnibus se detuvo por la única señal de luz en medio de una oscuridad tan neta como la fiebre que le martilleaba el cráneo, desde adentro. El chofer dijo algo, en un idioma indescifrable, y bajó de su trono cromado y plástico hacia el exterior. Tras él los pasajeros se movilizaron en la misma dirección, como una procesión de dinosaurios resignados descendiendo hacia el infierno final. Todos hacia la luz allá afuera, un Big Bang al centro de un universo negro, que inconsistentemente, a medida que también él se acercaba, se metamorfoseaba en la vidriera

de un sórdido restaurante, bar, bomba de nafta, y lo que hiciera falta a la imaginación. Los pasajeros se apresuraron a sentarse alrededor de las mesitas cuadradas y a pedir sándwiches, bifés, ensaladas, fideos, lo que fuere. Él siguió derecho hacia el baño a vomitar. La visión del sórdido y nada limpio baño le ayudó a vomitar todavía más. Regresó al comedor y sobre los platos humeaban comidas crepitantes y hervían vasos de gaseosas, y las mandíbulas se afanaban en su tarea demoledora, triturando carne, pastas, verduras, pan, en una masa redonda y salivosa que hinchaba los cuellos deglutiéndose a sí misma. Tuvo que volver corriendo al baño para proseguir su tarea vomitiva, ayudado no poco por la variopinta decoración de las paredes, hecha de restos de caca, mocos, orina y tal vez semen seco. Sintió que se le daba vuelta el estómago, trepando por su esófago como con la intención de arrojarse por el sucio hueco del inodoro, lleno de agua amarillonegruzca, un hueco que tanto contribuía a transformar su náusea en vómito propiamente dicho.

Regresó al ómnibus. Achatarse de nuevo debajo del colchón. Dormido. Debajo. Despierto. Despierto. Enfermo. Irremediablemente inconsciente.

Periferia de Buenos Aires. Fiebre. La cabeza le estallaba, al punto que no podía abrir los ojos totalmente, y tenía que ajustar una visión borrosa y quemante por una fisura horizontal. Subió a un taxi. Salta 921. No miró la ciudad, pero la ciudad lo miró a él a través de las vertiginosas ventanillas donde se asomaron luces y otras ventanillas, cárceles de rostros y de ojos. No los suyos. Cada ruido le taladraba las sienas y le provocaba conatos de vómito. Llegó. Era un edificio racionalista, de pocos pisos, gris o marrón (color perro que huye, pensó y quiso sonreír pero casi vomita la puerta del taxi).

Buscó en los bolsillos de su mochila las llaves del edificio que le había dado un emisario del Vinchuca antes de emprender el viaje, probó tres o cuatro y con una mano temblorosa de fuego, abrió la puerta de bronce y vidrio. Subió la escalera de granito redondeado y pulido y mármol con pasamanos negros que parecían de alabastro.

Primer piso. Departamento "A". Intentaba destrabar alguna de las cuatro cerraduras, no distinguía cuál. La puerta del final del pasillo se entreabrió y una vieja con bigotes, vestida de negro, espío con cara de sarigüeya. Cerró los ojos y con un esfuerzo sobrehumano logró abrir la puerta del departamento "A".

Entró a un ínfimo vestíbulo. Era un diminuto departamento atiborrado de muebles grandes y oscuros como procedentes de otro mundo, un mundo más amplio, más lustrado, más señorial, pero desaparecido.

Frente a la puerta principal se abría la entrada a la cocina, que remataba en una lavandería con un balcón abierto sobre un patio de luz, o de sombra hubiera sido más apropiado decir.

A la derecha del vestíbulo, en cambio, se pasaba al estar, con una pesada mesa redonda con sus sillas de pata de león; un mueble bajo de tres cuerpos sobre la pared de la derecha, sobre la que pendían dos enormes platos de bronce labrados con dragones que se mordían la cola y tenían ojos de rubí. Sobre el mueble una porcelana de dos perros de caza echados. A la izquierda se encontraba una repisa con el retrato de una joven de peinado muy batido y muy maquillada, en blanco y negro, una heladera curvilínea y amarillenta y bajo la exigua ventana, que también daba al patio de sombras, un silloncito de cuero y madera. Sobre la pared del fondo se encontraba la puerta de la única habitación, casi totalmente ocupada por una enorme cama de bronce. Sobre su cabecera pendía el

retrato a lápiz o tinta de un viejo que con su expresión intransigente parecía amonestar desde lo alto el cubrecama tejido a macramé. Junto a la cama, bajo la segunda ventana que a la izquierda dejaba entrar la sombra del patio, había otra cama, mucho más pequeña. Enfrente, junto a la puerta, un ropero de la misma hechura de los muebles del estar, con un gran espejo de luna anclado en el cuerpo central.

Por el dormitorio se alcanzaba el baño, sin ventanas, con un respiradero que atravesaría todo el edificio, y del que llegaba un tubo de viento, como un soplado ferruginoso y húmedo. Tenía una bañera pequeña, gastada, en la que sin duda se habían bañado millones de seres humanos, o a la que habían caído como una lluvia implacable miles de millones de gotas de agua de duchas, de canillas mal cerradas, de restos de jabón, de uñas cortadas.

Todo parecía tan viejo que casi inspiraba ternura, aunque semejaba a un cadáver; tenía el olor dulzón y mustio de un cadáver querido.

Temblando de fiebre se arrojó sobre la cama grande y le pareció que la cabeza estaba por trizársele, y que los estertores de esta deflagración eran los que hacían estremecer el respaldo de caños de bronce. Se acostaba a los pies de un enorme órgano de catedral y los tubos flojos vibraban en una desarmónica sinfonía.

Trató de abrir los ojos, pero estaban trabados, los párpados eran compuertas pesadísimas y abandonadas. Era imposible. Un camión de cemento había descargado su acoplado sobre sus párpados, y con el calor infernal de la fiebre el cemento había fraguado. La boca debía seguir en su lugar, o había sido reemplazada con un agujero seco y resquebrajado que hacía descender astillas de madera por el paladar hacia la garganta en carne viva.

Una mano se apoyó en su frente y un dorso de mano en su mejilla ardorosa. La voz que siguió al gesto debía pertenecer a una mujer muy vieja, o a un actor que quería imitar a un anciano decrepito fustigado por los mil garrotazos de la existencia:

-Está que vuela de fiebre. Traé los paños con vinagre –dijo la voz que correspondía a la mano, ésa apoyada en su frente de yunque ardido.

-Destapale los pies –respondió otra voz de vieja o de actor que hacía de vieja , y llegaba desde más lejos.

Hizo un esfuerzo enorme, entreabrió los ojos. En el telón de fuego líquido de su corta visión redonda distinguió a dos ancianas blancas, una más vieja, de ojos claros, y otra de ojos marrones, que lo miraban con atención. Estaban vestidas con blusas o telas blancas o negras. Dos agujas de fuego se le clavaron en las pupilas. Cerró las compuertas de los ojos. Alguna de las dos viejas le ponía paños húmedos y frescos sobre la frente. La otra le pasaba algún unguento por los pies. Algo como menta. Podía sentir el olor. Volvió a perder el contacto con el mundo de la vigilia. Desde la lejanía sentía las voces de las viejas: tres manos flacas –las imaginaba flacas aunque en su mente había formado la imagen de dos mujeres bajas y corpulentas-, las manos flacas le lavaban la cara, el cuello, las axilas. Lo arropaban o cambiaban la almohada. Le parecía que una de ellas le levantaba la cabeza y la otra le metía una cuchara entre los labios. Tal vez un líquido frío e insaboro. Tal vez un líquido caliente y salado.

-Pepa, ¿el caldo está listo? –decía la voz de Clementina (¿cómo sabía que se llamaba Clementina?), que decía, no preguntaba, a pesar de que la frase hubiera debido entonarse como una pregunta.

-Sí hermana. Lo estoy llevando –era la respuesta de Pepa, como una aseveración obediente.

Las voces reverberaban un poco a su alrededor y se diluían en el denso magma que abrasaba su cabeza. Alcanzó a imaginarse que una de las viejas tenía el mismo nombre que la gata de la casa en la que estaba Ramón, pero le pareció que era parte de su delirio, o que lo estaba soñando, o lo había escuchado por ahí. Sentía que los temblores de su cuerpo estaban aflojando los broncees del respaldar, los tubos del órgano de la catedral. Una de las dos mujeres le ponía la mano en la frente, le subía la colcha hasta el mentón. Las escuchaba discutir, o quizás hablaban así, imperativamente, y las unía un afecto desesperado, el afecto de los viejos que no se tienen más que a ellos mismos. Clementina era la voz de mando. Pepa refunfuñaba y se escuchaba su murmullo como si estuviera hablando en los rincones de la habitación. Le pareció que sonaba un timbre. Clementina giró la cabeza inmediatamente hacia su hermana y exclamó:

-Es doña Valeria. Escondé los bizcochitos –su voz y su gesto sonaban a conjura.

Movimiento rápido y torpe. Ruido. Abrir las compuertas. Un rostro de vieja con bigotes que se asomaba al dormitorio. Un cara de laucha peludita pero inofensiva; claro, si no se dejan los bizcochos a mano. En la fiebre fue la misma cabecita gris de sarigüeya que espiaba desde la puerta al final del pasillo. Todas las cabezas pegadas a cuerpos bastante deformes, pesados o torpes, gruesos, artrósicos, salen de la habitación. Voces. Fiebre. Sombras. Sueños. Sueños. Pasos. De regreso junto a la cama alguna de esas caras, junto a sus cuerpos. Una de esas caras que habla, que lo toca, que sin duda lo está mirando.

-No hay caso. Sigue con una fiebre altísima. Pepa, llená la bañera –ordenó la voz de Clementina con imperio pero con una cierta familiaridad donde flotaba un dejo de cariño.

-¿Con agua fría? –respondió por su parte la voz ignara de Pepa, que bien hubiera debido saber la respuesta y no irritar a su hermana tan práctica y avesada en el tratamiento de fiebres y cosas domésticas.

-Helada no –se limitó a responder Clementina, como con resignación, como sabiendo que Pepa necesitaba la precisión de una respuesta ambigua pero neta.

Él, sumido en la cama ancha y mullida como en una crisálida donde su fiebre se anidaba para dar a luz quién sabe qué mariposa, sintió que lo destapaban. Que entre ambas viejas lo llevaban, más bien lo arrastraban entre los temblores enormes hasta el baño. Con un esfuerzo senil y numerosos comentarios, lograron introducirlo en la bañera, las rodillas dobladas. Le echaban agua en la cabeza con el cuenco de las manos o con un jarrito de aluminio con asa de bronce. Sintió un escalofrío feroz y un alivio amarillento, como esa bañera, como el lavamanos, el inodoro antiguo. Se sentía acariciado por el clamor humano apagado y marchito del respiradero sobre su cabeza. Sintió que el agua se le escurría a través del cuerpo y alcanzó a discernir que las viejas habían sacado el tapón, habían logrado sacar el tapón y lo sostenían como con una quinta mano lo habrían podido hacer, alcanzó a pensar o se le vino esa idea a la mente alucinada.

Lo fueron tirando hacia fuera de la bañera y envolviéndolo en toallas. Trató de ayudarlas haciendo fuerza con las piernas. Fuerza era una palabra que no podría utilizar. Quiso decir gracias y les vomitó las toallas. Por suerte su vómito era muy parecido a las sopas y los potajes que le habían hecho ingerir, y hasta tenía el mismo olor, un poco más rancio.

Ojos cerrados. Los ritos, los paños con vinagre, los masajes en los pies, las friegas en el estómago con algo grasoso y salado, se repitieron entre los ojos claros y los

ojos marrones, entre las manos flacas de los cuerpos robustos. Abrió los ojos y veía a una de las dos, o a ambas viejas, mirándolo, junto a la cama. La mano en mano, Clementina era la de los ojos celestes. Pepa la de los ojos marrones. Creyó sonreírles, y tal vez lo logró, porque vio en los blandos rostros la repetición fragmentada y sincera de su propia mueca. Durmió. Durmió. No soñó. O soñaba. Soñaba que se arrancaba de la boca una suerte de tela plástica adherida a su paladar y a sus dientes, pero más que nada a su garganta. Se la arrancaba a pedazos y no se terminaba, no le dolía pero necesitaba sacársela porque lo iba a asfixiar, y no lo asfixiaba del todo pero era como tratar de respirar, tragar y hablar a través de un tamiz que le obturaba todos los orificios que desembocan en la frontera de los labios. Se arrancaba esa membrana, esa telaraña y abría la boca redonda y enorme, tanto que le dolían las bisagras del maxilar, y no acababa de arrancarse la tela.

Abrió los ojos.

No tenía fiebre. Se sentía liviano. Convaleciente. El departamento estaba mudo. Separó las colchas y la sábana blanca. Se encontraba casi desnudo, con una especie de camisola de lino.

Nadie.

Fue hasta el comedor. La debilidad lo obligó a sentarse en una de las sillas de pata de león. Ante su mirada redonda, el departamento se volvió nítido. Todo era muy viejo. Todo estaba muy solo. Se inclinó, sin levantarse de la silla, hacia el mueble sobre el que colgaban los platos de bronce con dragones y en el que descansaban los perros de caza. Abrió la puerta central. Allí estaban. Dos cajas envueltas en papel madera y atadas con hilo sisal. Cerró la puerta. Se puso de pie. Fue hasta la

cocina. Cada cosa de ese pequeño ambiente iluminado por la sombra del patio exterior estaba pegoteada de abandono. Se puso a estudiar el encendedor eléctrico con cable de resorte. Funcionaba. Sacó un vaso de la alacena y lo observó a contraluz: “industria argentina”. Vidrio casi esmerilado por el desgaste. Lo llenó de agua de la canilla. Bebió. Volvió a llenarlo. Volvió a beber. Dirigió la mirada hacia la minúscula lavandería y las paredes opresivas del patio. Adónde estaría el cielo, se preguntó. Regresó a la habitación. Se metió en la cama blanda y envolvente, hundida como los rostros de las ancianas de manos flacas. Se quedó dormido.

La ducha expelía un agua que temblaba miserablemente, como con miedo, mucho más que las manos de las viejas de ojos claros y de ojos marrones que lo habían metido a la bañera. En la sala recorrió con la redondez de su mirada todas las cosas. Abrió la heladera y un tufo salado le hizo entrecerrar los párpados: era el mismo olor de las friegas en el estómago. Vio un frasco indescriptible con una masa blanquecina dentro. Cerró la heladera. Vio, arriba de la repisa, el retrato de la joven batida. Le pareció otra. Ésta tenía una corona de pedrería y una faja de reina le atravesaba el busto. Tomó el portarretratos. Lo miró de cerca. Sus dedos palparon el vidrio detrás. Lo dio vuelta y comprobó que del otro lado había otro retrato: otra joven batida, pero sin corona ni faja de reina. “Conveniente”, pensó. Lo volvió a colocar sobre la repisa, del lado de la primera foto, dejó a la reina mirando la pared. Sacó las dos cajas de la puerta central del mueble con los perros de caza, tomó su mochila y salió. Cerró laboriosamente las cuatro cerraduras e instintivamente miró hacia el fondo del pasillo. Todas las puertas estaban cerradas.

El viaje de regreso fue largo, sin fiebre. No había nada más aburrido que la Pampa de Buenos Aires. Sólo en una chatura así podía haber germinado tan monstruosa descivilización.

El ómnibus se detuvo para que los pasajeros comieran, otra vez en medio de la nada. Se mimetizó con los demás miembros de esa comunidad anodina y casual y comió un pollo con sabor a pampa sentado a una mesita junto a la vidriera que daba al vacío. Era su primera comida verdadera en ese viaje alucinante. O había comido en el departamento de la calle Salta. Lo recordaba mal. Sopa. Caldo a cucharadas metido en la boca con la punta de una cuchara que además de contener el potaje caliente servía de palanca para separarle labios y dientes y penetrar en la boca misma, allí donde dormía la lengua ignorante de la fiebre que consumía al resto del cuerpo, de vacaciones la lengua sin tener que agitarse para hablar ni esponjarse para sentir sabores. Quién le había dado sopa en el departamento de la calle Salta. Tal vez Clementina, o Pepa.

La estación Terminal de Mendoza lo familiarizó con el mundo. En el andén estaba parado el tipo rubio, aquél que lo despidió en su viaje a Valparaíso. Le entregó al emisario los tickets de las cajas, que viajaban en el portaequipajes debajo del ómnibus, y él prosiguió a pie rumbo a la Cuarta. Al salir de la estructura metálica de la estación vio los jardines circundados de cemento, la luz o la sombra sobre los árboles y las personas, y una ondulación de todas las cosas lo hizo cerrar los ojos. Una sensación de muerte descendió de su cerebro hasta su paladar, una espada por el esófago. Regresó dentro de la

estación, miró los andenes y vio un ómnibus a punto de partir. Se acercó al chofer que cortaba los pasajes junto a la puerta del vehículo, y le preguntó si podía comprar el pasaje en el viaje.

Subió a ese ómnibus, y vio pasar otra vez la estación desde detrás de la ventanilla, alejarse los jardines, las calles. Apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. Respiró. Se quedó dormido. Lo despertó el empleado para cobrarle el boleto.

-¿Adónde va este ómnibus? –preguntó al hombre de camisa celeste, pero lo que en realidad preguntaba dentro de sí era “¿por qué todos los empleados en los ómnibus son iguales? ¿por qué se visten así? ¿por qué tienen las mismas caras?

El hombre anodino respondió:

-A La Rioja.

Apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. No durmió. Cerrar los ojos no era igual que estar ciego. El ómnibus no se detenía. Abrió los ojos. Cerró los ojos. El ómnibus se detuvo. La estación de llegada era pobre, sucia, triste. Caminó por una ciudad ignota y previsible, junto a casas bajas y desnudas. Polvo en las veredas. Árboles vigorosos, pequeños, cansados. Vio una multitud. Un cortejo silencioso, con algunos carteles. Delante, mujeres de negro. Se detuvo a mirar al lado de un viejo, al borde de la calle.

-Le dieron dos balazos. Uno en la cabeza y uno en el corazón. Como si con uno no alcanzara –dijo el viejo sin dirigirse a su oreja, sino al cortejo de mujeres de negro. – Es el primero que vuelve a La Rioja.

Hizo silencio y el cortejo pasaba. Agregó:

-Estuvo en un campo de concentración en Córdoba. Lo habrán torturado antes de matarlo. Apenitas lo reconocieron por los huesos.

-¿Qué hacía? –preguntó él, también sin mirar al viejo, sino con su mirada redonda en los carteles, en los pasos desgastados de los acompañantes, en los carteles pobres llenos de desolada rabia.

El viejo lo miró: -Teatro, respondió.

El cortejo se alejó por la calle despojada. Él caminó detrás y comprobó que en esa ciudad sumisa las fachadas eran muy diferentes a las de la Cuarta. Había una desnudez distinta, esencial, obstinada, sin alegría.

Se detuvo ante un cartel azul: “Hotel Universal”. Le agradó la optimista ubicuidad del nombre. Pensó si quien había bautizado el hotel había tenido en cuenta el principio de incertidumbre o más bien se había inspirado en el principio antrópico débil. Decidió que sin duda había sido esta segunda posibilidad la correcta, y con una sonrisa de satisfacción entró en el devastado hall del albergue.

Era un edificio de dos pisos, cuadrado y desnudo no por elección, sino por pobreza, falta de imaginación o pequeñez de todo. Un hombre canoso, con una densa cabellera recortada y modelada en una perfecta escultura gelatinosa, lo observó desde detrás del mostrador.

Le asignó la habitación número ocho. “Buena suerte”, pensó y subía la escalera con el grueso llavero de madera con el número ocho tallado. El cuarto era inútilmente grande. Blanco, con una ventana mezquina que daba a la parte posterior del edificio. La cama era baja, como para que pudiesen trepar más fácilmente las cucarachas, pensó, pero al menos no era blanda. Sacó de un tirón el acolchado floreado, abrió la sábana, comprobó con alivio que estaba limpia. Se sacó la ropa, fue al baño tapizado de azulejos color té con leche y se quedó debajo de la ducha como debajo de otra sábana, la sábana de un sueño resbaladizo, sin imágenes, dulce como un océano

desconocido y sin embargo amigable, acariciador. Se acostó y cerró los ojos.

Tres nudillos en la puerta le hicieron abrir los ojos y ajustar su mirada a esa habitación desconocida. Sonaron otra vez. Se levantó y se llevó al sueño consigo. Transitó una playa onírica hasta la entrada de la pieza. Abrió la puerta. Un hombre joven, con cabello castaño largo y enormes ojos constelados de dorados puntos fugaces como cometas suspendidos le sonrió desde el vano. En su rostro el hombre joven, que tenía algo de maduro, esbozó una mueca de reconocimiento, avanzó hacia él y lo abrazó. Lo abrazó tan fuerte que él abrió los brazos y se dejó atrapar, y como el abrazo proseguía apoyó las manos en la espalda del joven de ojos dorados, y sintió la vibración de dos suaves alas claras.

-Qué ganas de verte tenía –dijo el ángel, que era tan flaco que casi no interrumpía la visión de la puerta detrás de sí mismo.

-Soy Ariel, Ariel. Y lo miraba con los ojos desmesurados, donde los cometas se ponían en movimiento y centelleaban de gozo. –Qué lindo que viniste.

Se dejó llevar por ese abrazo y cerró los ojos. Sintió que algo más que su cuerpo se entregaba a esa vibración humana y no quiso volver a abrir los ojos, no hubiera querido abrirlos porque un gusto en la garganta, un roce de terciopelo donde termina la lengua o donde nace y desciende le estaba dando una serenidad casi desconocida de tan olvidada. Y se dejó llevar navegando entre esas alas claras y un nombre que caminaba entre los pliegues de sus brazos y se escondía y reaparecía y dejó los ojos cerrados.

Un desamistoso sacudón en el hombro le hizo abrir los ojos.

-Oiga, ya llegamos. Se tiene que bajar.

Trató de enfocar al hombrecito gris que le hablaba desde la altura de sus cortas piernas enfundadas en un pantalón gris, él desde su bajeza de hombre sentado en una butaca de ómnibus. Trató de enfocararlo con su mirada redonda y corta.

-¿Adónde? ¿Adónde llegamos?

-A Tucumán. Estamos en la terminal de Tucumán.

Sin volver a mirar al hombrecito de pantalones y cara grises, se levantó como un autómatas con la mochila en la mano izquierda y se bajó del ómnibus. Lo recibió una grandilocuente arquitectura estilo Miami, que en lugar de ser transitada por una comparsa de mujeres y hombres altos, rubios, obesos, teñidos, caras rehechas con mil cirugías, senos inflados, trastes momificados, estaba habitada por gente baja, morena, mucha de ella con rasgos aborígenes, vestida pobremente, lejana de aquella avasallante vulgaridad que debería acompañar un paisaje edilicio más propio del lavado de dinero del narcotráfico que de un pueblo semi indígena sudamericano.

En el andén lo esperaba un hombre moreno y bajo como la mayor parte de la gente que pululaba por ese lugar.

-Hola, soy Nano. Le dijo mirándolo a la cara y agregó, emprendiendo la marcha: -Vamos, lo estábamos esperando.

Lo siguió en silencio. No había nada que decir. No conocía a ese hombre ni sabía por qué se encontraba allí. Pero pensó que lo mejor era estar en el lugar donde estaba y por eso dejó de pensar.

Salieron del edificio y subieron a un taxi. Se entretuvo mirando las casas musgosas y los árboles de naranja, un perfil tapizado por la obscena marca de la humedad. Atravesaron una ciudad alta y abigarrada, elegante, como abandonada brutalmente en el apogeo de su esplendor. Ingresaron a los barrios bajos y el taxi se detuvo frente a una fachada de ladrillos y una puerta pequeña con un cartel: “teatro la esperanzada”. Pasaron por una habitación empapelada con afiches teatrales, y desembocaron en un galpón gigantesco con un altísimo techo curvo de zinc y piso de cemento. En la cima de una escalera de tijera, colgado de una de las vigas de metal entrecruzado, un muchacho moro con el cabello negro y bruñido atado en una cola sobre la nuca, acomodaba un fanal de lata brillante.

-¡Julián! –Gritó Nano hacia arriba. –Ya llegamos.

El joven lanzó dos ojos oscuros y dulces hacia abajo. Estaba tan alto que estirando una mano hacia él habría cabido en la palma. Julián sonrió desde la altura y en un equilibrio aéreo se acomodó con gracia el cabello lustroso antes de bajar.

Llegó junto a él y con gesto afectuoso le tendió la mano:

-Te estábamos esperando, reafirmó a través de una sonrisa pequeña y perfecta. Con dos palabras mandó a Nano a comprar cerveza y se sentó en el segundo escalón de una gradería de hierro y madera.

-Me preocupa Delma –dijo y tomó un trago largo de cerveza de la misma botella. -Está casi ciega. Ese desgraciado del Jesús, ¿lo viste?

-Para el día de la madre –respondió él, que a su vez había tomado media botella y empezaba a sentirse más a gusto.

-Qué mierda. Sabe que está sola, ¿qué le cuesta ir más seguido? Yo de aquí no me puedo mover. El teatro está empezando a funcionar y es necesario darle el mayor movimiento posible para que se mantenga.

El Nano, que estaba de pie aparte, encendió un cigarrillo. El olor de la marihuana tensó a Julián como se tensaría un puma que percibe el perfume acre de la pólvora en los pasos de los cazadores sobre las jarillas del monte. Sus ojos que eran dulces se inmovilizaron en el aire, sus pupilas se empequeñecieron como un rayo que se concentra en su objetivo, todo su rostro se volvió de ébano bruñido, y de un salto, pasando junto a él con la ligereza de un longilíneo felino, se lanzó sobre Nano, y de un solo manotazo le hizo volar el cigarrillo de la boca y le cruzó la cara con un chasquido seco.

-Sabés que adentro del teatro nadie se droga. Andá con esa basura a la calle. El teatro es sagrado.

Recuperó su sonrisa y su dulzura, sus pupilas se reacomodaron a los ojos humanos, y poniendo una mano sobre el hombro de su huésped, lo invitó a seguir tomando en otro sitio.

Julián hablaba tan pausada y tranquilamente que parecía que no dijese nada, que entre una botella de cerveza y otra no hubieran transcurrido más que pocas frases. Sin embargo en los silencios, él tenía la impresión de que el tucumano le había dicho muchas cosas, tantas que lo había dejado sin palabras. Sólo la sonrisa de ese hombre moreno habría bastado para justificar ese viaje, la sonrisa y el mirar manso y a la vez irreductible.

Julián hablaba a partir de un sentido, de una justificación. Su existencia tenía la densidad que una vida humana debiera tener. Una pasión lo movía, lo nutría y lo

consumía, y ésa era la razón de su fuerza, y lo que inexorablemente lo separaba de todos los demás.

Lo escuchaba y escuchándolo palpaba su propia inconsistencia. Sin embargo, sintió como si hubiera sido iluminado. No por una gran iluminación reveladora como la de los santos y los anacoretas, sino por el haz de una linterna, una linterna de una o dos pilas, un solo haz de luz que no barría tinieblas pero señalaba un punto, excavaba un túnel redondo y neto, y perforaba una pared de llegada, de niebla o piedra o carne. Y sabía fehacientemente que era carne. Que estaba hablando o escuchando a la carne. Pero a diferencia de la suya, esta carne morena era humana, profunda e inequívocamente humana, viva, tensa, desafiante, procaz, valiente.

Sintió su propia carne como un peso muerto, antes de estar muerta, como el regalo de un despojo olvidado. Como una nada, pálida e insabora nada.

Supo que debía proseguir el viaje y que como resultado de este viaje algo era diferente. Dentro. Dentro y fuera. Fuera. Era lo mismo.

Julián hablaba y lo miraba, y ambas cosas eran una sola cosa, y la mirada de Julián era más constante que las palabras, que requieren pausas, inflexiones, hasta gestos. Aunque Julián no hacía gestos.

Trató de seguir el haz de luz que sentía encendido dentro, intentó enroscarse en ese blando tubo inesperado blanco horadando la penumbra y adelantaba sus manos, su cuerpo hubiera querido sin huesos para envolverse envolverlo cilíndrico todo su ancho y su largo bien limitado dejarse llevar y silencio. Cerró los ojos. Abrió los ojos y estaba sentado en el ómnibus de regreso. Cerró los ojos y durmió. Abrió los ojos y el ómnibus entraba en la estación Terminal de Mendoza. Salió de la caja de goma, lata y plástico y vio al Vinchuca y su séquito en el andén.

-Necesito otro favor. Otro –sonrió el Vinchuca, con dientes color de minaretes en el castillo de un desierto marroquí iluminado por el bajo sol aterido de un cielo moribundo.

-Vení que te explico –agregó, y lo tomó del brazo. Lo introdujo en un bar y pidió cerveza. Sus acompañantes se quedaron afuera, mirando por los vidrios, como perros.

–Tengo un asuntito que resolver en San Rafael, es decir, en la Villa Veinticinco de Mayo.

No se había puesto a escuchar atentamente la voz del Vinchuca. Era una voz sin matices, carecía de agudos, como si llegara filtrada por un colchón de lana vieja. Esa voz no tenía alcance, se deslizaba en el aire en un sentido únicamente horizontal, y alcanzaba su meta casi hecha humo. Era la voz de un esqueleto que no había llegado a cubrirse de la carne que por lo general se llama vida.

-Es una cosa de nada –prosiguió el Vinchuca. –Te bajás antes de San Rafael, en la Villa Vieja, y vas al caserón que está frente a las ruinas del fuerte. Allá te espera Yamila. Le entregás lo que te voy a dar. Y en un gesto de prestidigitador del aire, adornado por una mueca que dejó a la vista los minaretes marroquíes, el Vinchuca le puso una mano en el antebrazo izquierdo y le dijo:

-Y me contás de Julián.

Se puso de pie.

En el ómnibus a San Rafael recapacitó que para ir a la Villa Vieja debía bajarse en una bifurcación de la ruta, y desde allí debería hacer dedo hasta el pueblo. Se preguntó si esa tal Yamila tendría una buena ducha en su casa, y pensó si debía cerrar los ojos o mantenerlos abiertos.

Entraron kilómetros de desierto por la ventanilla, un horrible arco de cemento, el cruce de caminos.

Descendió casi con alivio de ese enésimo ómnibus y se puso a andar hacia el pueblo por una calle recta bordeada de carolinos. Un viento suave le empujaba la nuca y hacía hablar a los árboles. Era tan apaciguador que dejó pasar varios autos sin hacer señas para que lo llevaran. Dio vuelta la cabeza y el aire le trajo el rumor de un vehículo destartado. No se movió, pero igualmente la camioneta se detuvo a su lado. Conducía una mujer vieja, de cabello canoso, vestida con un overol color rata. No dijo una palabra. Él subió el peldaño de metal y se sentó. Dentro, la camioneta tenía más polvo que el camino que mordía con una tos persistente pero constante. La mujer guió aferrada al volante descascarado con manos curtidas, y no abrió la boca. Lo dejó en una plaza. Sobre una de las veredas había una capilla colonial, encalada. Entró, se sentó y se dedicó a mirar el curioso techo de madera. Concluida su detallada observación, contó preocupadamente las vigas y los espacios de atrás hacia delante y viceversa, y salió a buscar las ruinas del fuerte.

Estaban muy cerca.

Reconoció el caserón de la esquina frente a las ruinas del fuerte. Era más imponente por el abandono que por su propia arquitectura, de altas ventanas cerradas y puertas aún más altas. Con cornisa de ladrillo rojo y carcomido, y zócalo de piedras ciclópeas, la casa debía haber visto nacer ese pueblo.

No tuvo que golpear, porque una de las puertas laterales estaba abierta: era un negocio de artesanías. Subió dos escalones, entró y se dedicó a mirar brujitas hechas de raíces, mates de palosanto, frascos de mermelada casera con moños de banderitas argentinas.

Una mujercita diminuta, redonda como un conjunto de globos, con un cabello similar a una peluca vieja con turbios rulos polvorientos nunca peinados, y anteojos con

armazón de metal, le sonrió entrando por una puerta al fondo del local, como debe sonreír una laucha al ver salir el sol entre los maizales.

-¿Sí? –escapó de entre la sonrisa lauchera.

-Busco a Yamila –dijo él a la laucha.

Y pensó que Yamila debía estar dentro de la casa, recostada en una hamaca en la amplia galería entre fragantes macetones atiborrados de helechos y jazmines, sorbiendo jugo de frutas con vodka helada, y reflexionando perezosamente, bajo la lujosa cabellera leonina, sobre el curioso truco genético que había obrado la naturaleza para darle una hermana como la que se hallaba sonriendo estúpidamente al único cliente en el negocio de artesanías.

-Yo soy Yamila –respondió la boca de la roedora, toda ella hinchada como una rana muerta en el estanque, y la fantasía del patio y los macetones, la hamaca y el jugo de frutas con vodka helada y el interrogante sobre la genética, se hicieron trizas y cayeron sin ruido sobre el piso de baldosas en damero.

Seguro que detrás de esa puerta sólo hay sórdidas ruinas y yuyales, pensó con una maldad sorprendente y decía:

-Vengo de parte del Vinchuca. Le traigo esto. Y sacó de la mochila un paquete del tamaño de una caja de zapatos, envuelto prolijamente en papel madera.

La laucha humana lo tomó con naturalidad y cambió la sonrisa de aurora en el maizal por una inusitada mueca de odio al decir:

-Dígale que es poco. Ya le he dicho que es poco. Aquí hay mucho movimiento. Viene mucha gente aquí. Lo que me manda no me alcanza. Es poco.

Se quedó mirándola. Una estúpida rata, con los ojitos rojos y la boca de roedora, moviendo histéricamente los bigotes puntiagudos.

-Entonces me la llevo de vuelta –le dijo, y agarró la caja con las dos manos, dio media vuelta y en dos pasos estuvo fuera del local, frente a las ruinas del fuerte. La mujercita ratonesca, convertida por el despecho en un dragón en miniatura, se asomó a la puerta y cubrió su retirada de insultos y amenazas.

Llegó a Mendoza con la caja en la mano. Salió de la estación Terminal y de una sola mirada comprobó que la ciudad seguía allí, muy llena de cemento y muy llena de árboles.

Se dirigió a la Costanera y caminó bordeando el canal, hasta llegar a los jardines donde se encontraba el acuario. Miró el bajo edificio lleno de agua. Pensó en el tortugo Jorge. Cruzó la vereda y entró en el serpentario.

Pagó la entrada y se dedicó a estudiar la numerosa variedad de serpientes encerradas en las cajas de vidrio. Observó atentamente la expresión de cada animal. Reflexionó y sacó la conclusión de que había imaginado a las serpientes como animales limpios y lustrosos, incapaces de ensuciar ni el suelo en que se arrastraban, y comprobó en cambio que allí, en esas cárceles transparentes, se revelaban postradas en su propia mugre, apoyadas en vidrios untosos entre tortas de mierda de un color muy similar al de las pieles escamadas. Como todo lo hermoso y lo todo lo perfecto pueden convertirse en repugnantes si se les niega la libertad y se altera su naturaleza, concluyó en sus reflexiones.

Observando cada cabeza de dibujo egipcio, cada cuerpo inmóvil o sinuosamente deslizándose, llegó a

también la conclusión de que las serpientes venenosas tenían una expresión muy diferente de las inofensivas. Por ejemplo, una serpiente venenosa, fuera cual fuere, mostraba un ceño adusto y cruel, una suerte de arco superciliar saliente que confería a los ojos una mirada mortífera, y un rictus horizontal e implacable, como de infelicidad, o como de quien sabe que con un beso puede conceder la muerte, y que por lo tanto ese beso es un arma contra todo enemigo, pero también contra sí misma, porque lo lleva pegado a la boca.

Las serpientes inocuas carecían de esa expresión, tenían la cara más despejada, sin protuberancias amenazadoras sobre los ojos, a pesar de que muchas habían tratado de imitar la gestualidad maligna de sus primas ponzoñosas. Pero si se las miraba con atención se descubría que era sólo una mascarada.

Recorrió el largo pasillo en que consistía el serpentario; en el final había una jaula con iguanas. Observó que aunque se moviesen, las iguanas trataban de fingir inmovilidad. El movimiento de las iguanas era la inmovilidad, o viceversa, su increíble petrificación era en realidad su movimiento.

Estaba solo. Solo con las serpientes y las iguanas mudas. Bajo la mirada tensa de esos reptiles de cuatro patas y cabeza de dragón, escondió el paquete que llevaba en la mano detrás de las cajas de vidrio. Eligió para ello la caja de vidrio de una serpiente venenosa, para desalentar a los intrusos.

Emprendió el retorno, estudiando cada ofidio de las vidrieras en el lado opuesto del que había recorrido. Salió a la calle y se dirigió a casa de Mario.

Lo saludaron los árboles conocidos, las plantas resignadas de los alféizares, los balcones y los minúsculos jardines. Retomó el diseño numeroso de las veredas, cruzó las calles familiares, y desembocó en la que correspondía a la casa de Mario: vio a un grupo de personas que ocupaban quietamente el espacio.

Aproximó su mirada corta y redonda y pudo discernir que el grupo bullía justamente frente a la puerta de la casa de Mario, de donde Mario mismo, con otros cinco hombres, salía llevando un ataúd marrón muy lustroso.

Se quedó entre la gente murmurante y se dedicó a observar el rito y sus participantes. Mario parecía bastante abatido, como si tuviera nubes en los ojos, y en la cabeza. Parecía hinchado, inflado en ese pequeño mar de cosas luctuosas, “como sorete en tanque de nafta”, pensó, y se le escapó una sonrisa tan esplendorosa que debía tener sonido, ya que varias caras se dieron vuelta hacia él, él con los ojos sesgados y húmedos de gozo por su ocurrencia.

Se fue volviendo transparente, transparente e impalpable, la gente pasaba lenta –con una lentitud que en realidad era una fuga veloz- a través de él, a sus costados, alrededor, y desapareció de la puerta de la casa de Mario.

Emprendió el camino con seguridad rumbo a casa de Edith, pasando él también a través de los árboles que bordeaban las veredas, disfrutando de su nueva condición impalpable. La luz atravesó su cuerpo y en lugar de una sombra vio dibujado sobre las baldosas de la vereda el reflejo distorsionado y quemante que proyecta un haz luminoso al pasar a través de un cristal facetado. Llegó a casa de Edith y subió al porche para golpear la puerta de la cocina. Había levantado la mano de vidrio y había cerrado el puño translúcido que refractaba reflejos venidos no se

sabe de dónde, y detrás de él la frenada de un automóvil le hizo girar la cabeza.

Era un automóvil muy grande y muy alto, gris, flamante.

Se abrió la puerta trasera y desde el interior aterciopelado y penumbroso el Vinchuca le hizo una seña.

-Quiere decir que no soy transparente. Al menos no totalmente –pensó.

-Hola, ¿cómo andás? ¿auto nuevo? –dijo al Vinchuca acomodándose sobre el espacioso asiento suave como la mano de un muerto, y partían rumbo a lo desconocido.

-Hay que renovarse. Con el otro parecía un mafioso de las películas –murmuró a manera de respuesta el Vinchuca, sin mover los labios finitos ni la cara de lagartija ni el cuerpo de percha.

Él se dedicó a mullirse en el confort vulgar de ese viaje inusitado. Trataba de evitar que su nariz metabolizara el olor a plástico y sintéticos varios del interior del automóvil.

-A propósito –agregó el Vinchuca- ¿Dónde está la caja que llevaste a la Villa 25 de Mayo?

-En el Serpentario. Atrás de unas víboras blancas. Llegando a la jaula de las iguanas.

-¿Entera?

-Intacta.

El Vinchuca esbozó un gesto que en un ser humano hubiera equivalido a una sonrisa, y se acomodó los brillosos bucles negros en torno del rostro bizantino.

-No tenés que ser tan intransigente con las mujeres –dijo, sin mirarlo, como era su costumbre, e hizo un silencio.

–Ya le vamos a mandar lo que quiere. Se va a quedar tranquila. Hizo otro silencio y la ruta pasaba debajo del automóvil como una sábana, rumbo al Este.

Él pensó que si tenían intención de dejarlo en medio de la nada se encontraba lo suficientemente lejos de la ciudad como para que se decidieran. Pero no había amague de detenerse.

Pensó que debía considerarse invitado a un paseo, y se relajó. Cerró los ojos. Respiró profundamente. Se arrepintió sintiendo en la garganta el gusto sintético de todo el plástico que lo envolvía. No abrió los ojos. Retuvo el aire y comenzó a dosificar la respiración. Trataba de mantenerse como bajo el agua, sin agitarse, liberando lentamente los pulmones y volviendo a inhalar, paulatinamente, la cantidad necesaria para sobrevivir. El automóvil giró bruscamente hacia la derecha sobre una amplia banquina de tierra y pedregullo, avanzó pocos metros y se detuvo. Abrió los ojos a la voz del Vinchuca que le decía:

-Bajá, vamos a divertirnos.

Entraron en un edificio bajo, de ladrillos desnudos, con un cartel de neón que decía, con letras cursivas, algo como “Noche azul”, aunque la escritura era tan inclinada y liminiscente que no estaba seguro de si se trataba de español o de otro idioma, una lengua muerta de los desiertos namibios quizá.

Traspusieron el umbral con un hombre que hacía las veces de guardián o de mastodonte custodio de las lenguas muertas, y una cachetada de aire de subsuelo mezclado con una luz líquida se les pegó a las caras.

Adentro, la música se colaba por los techos de paja y madera, luchaba con los palos de una suerte de quincho central, y trabajosamente deformada se iba a adornar

ciertos personajes rodeados de una atmósfera propia, extraterrestre.

Acomodó su vista redonda y corta y vio que los seres que pululaban por allí no eran extraterrestres, pero eran algo extra-humano, o más que humano, difícil de catalogar entre los reinos animal, vegetal y mineral. Tal vez una nueva forma de vida postnuclear, capaz de resistir los cataclismas y desarrollarse y proseguir su metamorfosis en ese ambiente enrarecido e irrespirable, de luces ignotas en el espectro conocido, teñidas de energías que llevaban en sí, a pesar de todo, el germen de la evolución universal. La mayor parte de estos seres eran, o habían sido, hombres, pero estaban vestidos de mujeres, por lo tanto el resultado eran piernas musculosas, velludas, chuecas, enfundadas en medias de nylon y rematadas en sandalias enormes con tacos altos. Algunos llevaban pelucas, batidas o arregladas en bucles como resortes. Otros se habían peinado el propio cabello –los que tenían algo que peinar- con lazos y vinchas. Uno de ellos, con el pelo rubio y largo sobre un ojo –¿en realidad parecía Verónica Lake?- y las piernas como zancos arqueados, se precipitó sobre el Vinchuca y lo besó sobre ambas mejillas con esplendorosa profusión. El Vinchuca lo (¿la?) tomó del brazo y se fueron juntos a la barra. Vistos desde atrás parecían una versión marciana de Popeye y Olivia al revés. Con exacta precisión se les unieron otros travestis y el Vinchuca repartía tragos como un mecenas del alcohol barato.

-Lo mejor es beber –pensó él, y se dirigió al otro extremo de la barra, lejos del grupo intergaláctico, donde se sentó en un taburete y recordó una frase de una película y decidió usarla allí mismo. Por lo tanto, dijo al corpulento barista:

-Cualquier cosa, pero doble –y se sintió verdaderamente espléndido, más allá del bien y del mal, de las pelucas, las medias de nylon y el Vinchuca patéticamente rodeado de travestis multicolores.

Sentado en un silloncito de hierro o madera podía contemplar la barra y un ancho pasillo al que se abrían a un lado la puerta de los baños, al otro la puerta a los cuartos oscuros. Al final se encontraba la pista de baile, sumergida en otra música distinta a la de la barra, quizás más estridente, de manera tal que en el pasillo chocaban ambas músicas y se producía una confusión barroca similar a la que se produce en la desembocadura de un río que se abre poco profundo y cenagoso a las fauces sin horizonte del mar.

Se dedicó a observar la flora y fauna que proliferaban en la semipenumbra de ese sitio pretendidamente rústico, y que no era más que andrajoso. Permaneció hipnotizado por una mujer altísima, de pies y manos enormes y el cuerpo más parecido a una estatua de la diosa Juno que a un ser humano producto de la evolución de las especies. Tenía un rostro totalmente diseñado con bisturí; el cabello lacio y largo hasta la espalda, que era angosta y culminaba en una cintura inusualmente estrecha, tan estrecha que era increíble ver que como por un error de cálculo surgía de ella un culo tan perfectamente redondo y desproporcionado que podría haberse confundido con la circunferencia de Saturno, con Júpiter o algún otro gigante de las galaxias.

Estaba allí de pie, enguantada en un vestido largo, con un tajo en el costado, y subida a unas plataformas sobre las que habría podido hacer equilibrio un elefante de circo.

La miró y la miró y tuvo que aceptar lo incomprensible, y se distrajo con la entrada de un hombre forzudo, velloso, de largas piernas macizas y espaldas anchas, vestido con una enaguüita negra que dejaba descubierta gran parte del gran trasero viril, levantado y duro. Estaba calzado con sandalias de taco alto, y adornaba su cara con aros de zarcillos y su cabeza con una peluca sintética color melón.

-No debe existir nada más parecido al planeta Tierra que este lugar, pensó. Ni nada más parecido a la humanidad que estas personas.

Miró hacia donde había estado el Vinchuca y no supo si había estado o estaba, porque un enjambre de travestis de todas las especies se abigarraba entorno, lleno de risas y mohines, sosteniendo vasos que a través de la luz psicodélica se transformaban en prismas de arcoiris fantásticos.

-Las luces los transforman –pensó, y sin saber por qué se puso de pie y atravesó el corredor que desembocaba en la pista de baile. Allí la flora y la fauna prosperaban en racimos bien avenidos de ondulantes o paroxísticos movimientos. La mujer gigante contemplaba el espectáculo impasible aferrando una cartera de perlas y brillantes en su mano izquierda, y parada al lado de un travesti bajo y grueso, con peluca de muñeca y una blusa de nácar con volados.

El oleaje humano subía y bajaba, pero no con la ondulación rítmica que había visto en el boliche al que había ido con Ramón. Este mar caribeño sufría el embate de corrientes submarinas impertinentes que provocaban picos, inesperadas inmovilidades, focos de tornado, agujeros negros. Con el vaso en la mano y absorto, no entendía el significado de la voz que trataba de penetrar su oreja izquierda. Giró la cabeza y vio una suerte de

agricultor de considerable cabeza, una robustez que estaba por hacerle estallar la camisa, manos de dedos espatulados y zapatos acordonados llenos de tierra y barro. Lo invitaba a algo, a beber o a bailar.

Dirigió una sonrisa dentífrica hacia esa mirada bovina y respondió con toda la amabilidad que había acumulado en su observación del submundo:

-No gracias. Tengo el tractor mal estacionado.

Sin embargo, habría que esperar a que el Vinchuca terminara con los travestis.

Regresó a la barra, pidió más alcohol, dio por concluido su estudio del planeta perdido y se dedicó sencillamente a beber y a dejar que las luces psicodélicas le llenaran de figuras y matices fantásticos el redondo y corto espacio que separaba sus ojos del fondo del bar.

En las calles, sobre el bordado aritmético de sus propios pasos. Pensó en culminar su caminata en el bar del tajamar, en cambio se encontró frente a la puerta de Edith. Marta ladraba desde arriba del techo.

-Vení, vení, le decía él con las manos y la voz. Pero la perra marrón y prognática no se arrojaba al vacío. “Qué lástima que no me haga caso”, pensó.

Por la ventanita de la cocina se asomó la cara de lechuza de la gata, y detrás los ojos redondos y el pelo triangular de Edith.

Edith estaba envuelta en un delantal decorado con teteras antropomórficas, y circundada por platos, fuentes, vasos, licuadoras; verduras por doquier. Todas mutiladas o desparramadas. Parecía el campo de batalla en el cual la raza de las verduras hubiese perdido la guerra en una

matanza crudelísima contra los electrodomésticos y los utensilios.

-¿Hay que vestirse de verde? –preguntó él sentado a la mesa, con las manos apenas apoyadas en el borde del vidrio para no alterar el desorden de ese proceso culinario vegetal universal.

-Me voy a las termas de San Jerónimo –contestó Edith y colocaba potajes y mezclas en contenedores de plástico.

-¿Y te llevas la comida? –preguntó él con verdadera y genuina sinceridad.

-No seas estúpido. Ayúdame a envasar –dijo ella sin interpretar más que como una ironía las palabras de él.

-Te acompaño –dijo él ordenando con la mirada la mesa de verduras, y se quedó pensando en su viaje, en lo que podía juzgar como una neta respuesta que sin dudas correspondía a una neta decisión.

-Mis abuelos iban en tren. Para mí es la primera vez. Comentó Edith apretando la carterita de cuerina color té con leche, sentada en la butaca del ómnibus. Había tratado de peinarse, o más bien de acomodarse la cabellera geométrica que se apoyaba sobre el dudosamente sucio respaldo del asiento, como un triángulo tridimensional que aterrizase en una pista de untoso plástico sin decidirse por completo a introducirse en esa dimensión, a aplastarse bajo la atmósfera terrestre y abandonar el hiperespacio donde había navegado feliz.

Él cerró los ojos e imaginó esas termas. Se dio cuenta de que era imposible imaginarlas, pero no abrió los ojos. Y se quedó dormido. Lo despertó un puñetazo contra el vidrio de la ventanilla. Sintió otro cerca, delante de su asiento. Otro más golpeó el vidrio. Afuera, bosques artríticos y bajos de árboles con hojas que recorrían a la

inversa el prehistórico camino hacia la metamorfosis en espinas, dejaban escapar bandadas de pájaros negros que se estrellaban contra el ómnibus.

-Llegamos –dijo Edith cerrando el libro, que metió en la carterita de cuerina de tres colores. Él no pudo comprender cómo ese libraco podía caber en tan diminuta carterita.

Bajaron a la entrada del pueblo, o de lo que hubiera debido ser un pueblo, y se parecía a una equivocación en el desierto, una suerte de variable cósmica que escapaba a las leyes cuánticas y que tal vez podría existir detrás del confín de los eventos.

Pasaron junto a una enorme construcción abandonada a medio terminar. Del otro lado de la ruta había algunas casas muy pobres. Llegaron a un cruce, junto a un edificio con un frontispicio donde sobrevivía una escrita que decía “Termas Municipales de San Jerónimo”. Pero también estaba abandonado. Sobre la izquierda había un cartel: “Hostería La Perseverancia”, con una flecha.

Siguieron en esa dirección y a un costado se abrían los enanos bosques, inquietantes, temblorosos como manos de viejos plantadas en una tierra lisa, blanca, seca, muda. A la orilla del camino, sobre el tronco de uno de esos árboles, se encontraba clavada una cruz de hierro forjado con flores de plástico medio enredadas por sus tallos de alambre, descascarados y herrumbrados como raíces malas pegadas al hierro negro de la cruz. Se la indicó a Edith:

-Qué horror –fue el único comentario de Edith, que se apuró apretando la carterita marrón.

El hotel, al final de la calle, era una chata caja revestida de ladrillos rojos. La habitación era más vieja que la fachada, lo que indicaba que los ladrillos rojos eran

un cosmético aplicado impiamente sobre una carcasa destartalada y húmeda. Junto a la cama de la habitación, una puerta conducía a un cubículo altísimo, revestido de azulejos, con una bañera rectangular de cemento y un mezquino tragaluz en las alturas.

Abrió el surtidor y miró el chorro de agua caliente que surgía de un trozo de tubo de plástico adosado a la canilla. Se desvistió y se quedó flotando. El agua era salada y formaba sobre su cuerpo un vestido de minúsculas burbujas pegadas a la piel. Cerró los ojos y se deslizó velozmente hacia abajo. El agua le cubrió la cara y la cabeza. Quiso ser un anfibio. O pensó este ridículo pensamiento y un golpeteo regular le llegaba a través de la densidad como un eco. Sacó la cabeza y el eco se transformó en un ruido seco. Edith golpeaba la puerta y él pensando cómo era diferente allá abajo, en las profundidades sulfurosas, donde nadie hubiera creído que existía la vida y donde sin embargo se habían desarrollado seres que no podían ser clasificados como animales ni tampoco como plantas, y abrían ojos de alga y erguían tentáculos de tigre.

Salieron a caminar por la calle que llevaba al pueblo, o al fantasma del pueblo, y desde allí hacia la ruta. Había muy pocas casas, y la mayor parte de ellas estaban vacías, a medio hacer, o abandonadas. Como si una peste repentina hubiera borrado a las personas que querían vivir allí, o las hubiese espantado con los últimos ladrillos a punto de ser pegados a las paredes, con las últimas maderas que hubiesen completado los techos.

Una esquina inquietante hizo que Edith se detuviera llena de desconfianza. No sabía si seguir adelante. La casa de la esquina emitía ruidos sordos, deshabitada y rodeada de árboles. A través de los vidrios rotos veían que tal vez había sido un almacén y detrás una

vivienda. Edith quiso abandonar la indagación ganada por un obstinado pánico a los ruidos gorgoteantes que surgían de algún lugar del caserón.

Siguieron camino y una lechuza que los miraba desde la cima de un farol roto decidió abrir las alas y con un grito estrangulado pasó sobre la frente de Edith.

Edith, por su parte, soltó su propio grito, que no era en nada parecido al de la lechuza, y la lechuza y el grito escaparon por el desierto, uno detrás del otro, ambos aterrorizados.

-Dicen que si llamás al diablo tres veces, se te aparece –dijo él caminando por la calle rodeada de manos de viejo plantadas en la tierra blanca.

-No empecés –se limitó a responder Edith y apretó el paso.

-¿Vos qué le pedirías? –insistió él.

-Calláte. Yo no le pediría nada.

-¿Una carterita nueva?

-Terminala – cortó Edith y ambos se quedaron mirando hacia delante.

Un ciclista se dirigía hacia ellos montado en el silbido ofídico de su maquinaria de dos ruedas y pedales. En la sombra, a pocos pasos de distancia, el ciclista desapareció.

Hicieron silencio. Se detuvieron. Se miraron.

-¿No venía una bicicleta? –preguntó Edith.

-Venía –respondió él.

Una sombra que no provenía de los árboles achaparrados cerró la calle y ellos detuvieron sus pasos. Un silencio se detuvo con ellos y se trizó brutalmente con el grito inhumano de un pájaro entre los arbustos.

Edith pegó un salto, es decir, más bien sufrió un terremoto que la derrumbó por dentro y por fuera hizo estremecer el peinado triangular y dejó a sus ojos redondos

más abiertos que los de la lechuza que habían visto pasos atrás.

-¿Dónde se metió el ciclista? –insistió, y ambos miraban en torno el alambrado que separaba el campo ignoto de la calle.

Dieron unos pasos más.

Regresaron sobre esos mismos pasos.

Edith se detuvo delante de un pequeño árbol. Detrás de ella, desde la fronda empequeñecida y quemada sostenida por un tronco leñoso, una luz redonda saltó y pasó por sobre su cabeza.

-¿Qué fue eso?- Preguntó Edith engrandeciendo aún más los ojos como dos platos voladores, y su voz esta vez se pareció a la de la lechuza que le había sobrevolado la cabeza y se había perdido en el inquietante desierto.

Él sonrió y se vio obligado a pagar cara su sonrisa, acatando la orden de regresar al hotel.

Frente a la casa abandonada, Edith señaló, con un gesto espantado, a un grupo heterogéneo de perros que se habían reunido inmóviles en medio de la calle y miraban sin sorpresa hacia la esquina oscura.

Los perros parecían hallarse en una reunión muda, en una espera beckettiana sin necesidad de palabras. Contemplaban atónitos la casa de los rumores, soslayaban las miradas de sus semejantes, y mantenían una postura acomodada como para transcurrir en ella todas las esperas del mundo.

-Todo esto es muy raro –sentenció Edith, y apretó la carterita tricolor. Su paso corto y neto se dirigió sin dudar al hotel, o a lo que bajo el nombre de “La Perseverancia” se entendiera.

En la habitación, él se dedicó a observar con enfermiza atención las manchas de humedad que

carcomían la pared en torno del armario empotrado. Desde la cama inútilmente amplia, chata, anodina, elaboraba diferentes y prácticas teorías acerca del origen y causa de la humedad, que en lugar de ascender por las paredes, parecía surgir por generación espontánea en un punto equidistante del piso y el techo, como si no tuviera nada que ver con el cielo ni con la tierra.

Se levantó de la cama y en dos pasos estuvo frente a la puerta del placard. La abrió de par en par y una trompada de mufa le golpeó la cara. Allí en la penumbra la madera terciada que revestía el interior del placard se inflaba y se desprendía contorsionadamente de la pared, como si una náusea irrefrenable la despegara de ese matrimonio ineficaz e imposible.

Regresó a la cama. Cerró los ojos. La mancha cancerosa de la pared bailó debajo de sus párpados, acompañada por la melopea sarcástica de los pájaros entre el bosquecillo de afuera. Un ruido de estómago dado vuelta lo hizo abrir los ojos. El silencio vomitaba en el cuarto de al lado. Otro conato de vómito y un latigazo untoso, como de un chorro de miel sobre una losa hirviente.

Se levantó y entró en el cubículo donde reposaba la bañera. El tubo plástico desde el cual surgía el agua caliente chicoteaba contra los azulejos como la cola de una lagartija, electrizado por un torrente inusitado y feroz. Contempló el prodigio. Dio dos pasos. Cerró la canilla. Sintió en la mano la poderosa vibración del caudal que empujaba desde adentro de las paredes. Volvió a la habitación. Se tiró sobre la cama. Cerró los ojos. Creyó percibir el crecimiento purulento de la mancha de humedad. La imagen de la ameba gigante devorando la pared ocupaba el escenario de su mente, con su palpitación áspera, caliginosa. Se deslizaba rugosamente junto al

marco del placard y el paranoico temor de que descendiera al piso y trepara a la cama estalló con el martillazo seco de la puerta de la habitación, que se abrió y enmarcó a Edith extralunada, con los ojos iracundos aureolados por círculos concéntricos bajo la cabellera aguda, y en las manos apretada la carterita de cuerina de tres marrones.

-Nos vamos. Todo esto es muy raro –sentenció Edith sin quitar la mano derecha del picaporte. Parecía que se lo iba a llevar con ella.

Caminaron por la callejuela que conducía al pueblo, y Edith seguía refunfuñando para sí. Los árboles agarrotados del borde del camino se acercaban lastimosamente a su cabeza erguida y una luz brumosa se movía entre los troncos, para caer en la tierra blanca como una leche cadavérica.

De un agujero saltó una especie de roedor gigante, cuadrúpedo, de larga cola metálica, y fue a estrellarse contra los pies de Edith. Edith lanzó un chillido tan estridente que muchas de las aves ignotas que se escondían entre las matas se inquietaron y batieron las alas, o acompañaron el grito de Edith con otros gritos más agudos o más graves, según las capacidades de sus gargantas y sus picos.

El roedor, atontado por el choque y horrorizado por el chillido histérico de Edith y su coro de pájaros, trastabilló un merodeo borracho alrededor de sus pies y desapareció en el bosquecillo con un silbido de terror, arrastrando tras de sí su cola articulada.

-Esto es el colmo, no lo soporto más –sentenció Edith reacomodándose la figura y apretando la carterita con gesto rápido y decidido, acompañado por un paso marcial hacia algún lugar de esa nada donde debería

abrirse la puerta de las dimensiones que la devolviera a Mendoza.

Las calles de la Cuarta lo recibieron con su habitual compañía de árboles y casas viejas. Decidió que para festejar su regreso debía instalarse en el bar del boxeador, y redibujó sus pasos en el trazado que la costumbre había convertido en su ocupación preferida.

Certificaba cada vereda y cada fachada con su mirada redonda y corta.

Divisó la esquina del bar y vio que un auto se detenía junto a las tarimas sobre el Tajamar. Bajaron del coche una enana y un hombre bajo y gordo que se abalanzó sobre alguien que se encontraba de pie sobre el entablado cubierto con una techumbre semitransparente y sembrado de mesitas y sillas.

Todo sucedió en silencio.

Detuvo su marcha y se dedicó a contemplar cómo el tipo gordo y bajo se encarnizaba trompeando al que estaba parado, que no hacía otra cosa que tratar ridículamente de detener los golpes con las manos, como si fueran viento. Cayó al suelo de madera, y el gordo prosiguió la tarea con patadas, tal vez le costaba agacharse sobre su panza de mapamundi, y por eso no podía proseguir con las trompadas que tan generosamente le había proporcionado a su víctima en la posición anterior.

La enana hizo un gesto.

El gordo siguió pateando.

La mujercita dio varios pasos chuecos hasta él, y con las manos que tenía pegadas a los extremos de dos torcidos bracitos nudosos, dio un empujón tan contundente al gordo, que lo hizo perder el equilibrio y trastabillar hasta la puerta del bar.

La enana lo siguió indignada, sin reparar en el otro, el que se retorció en el suelo llovido de trompadas y patadas, y a empujones dirigió al gordo de regreso al auto.

Era un Chevrolet cuya pintura metalizada se había transformado a través de innumerables lluvias y sequías en una suerte de madera bizantina, cuarteada y descascarada, sobre la cual no hubiera sido sorprendente hallar los restos de una silueta de la Madonna o de un Cristo verdoso.

Subieron al automóvil y se marcharon con un rumor de transatlántico.

Él se acercó a la esquina del bar, se detuvo junto al hombre golpeado, que yacía de costado agarrándose el estómago, y comprobó que se trataba de Mario.

-¿Querés una cerveza? –le preguntó sin moverse, porque en definitiva había ido hasta allí para tomar cerveza. Aunque hubiera preferido estar solo.

Mario se levantó del suelo dolorosamente, como si debiera alzarse desde debajo de una montaña. En la mesa del bar, humedecido por la bebida, dijo:

-Gorda hija de puta.

-Era un gordo. No lo viste bien. Y había una enana –replicó él en un intento por aclarar la mente de Mario, tal vez ofuscada por los golpes.

Mario no se movió.

-Los mandó la gorda –dijo como si expresara una verdad escondida que debía ser revelada inevitablemente, y agregó con tono circunspecto e irrefutable: -Las deudas hay que pagarlas.

Él reflexionaba sobre esta sentencia y vio entrar a Ramón. Le dirigió una mirada de simpatía y Ramón fue derecho a su mesa. Se sentó, miró a Mario y exhaló un hola sin alma. Pidió otra cerveza.

Mario se levantó de la silla apoyándose en la mesa con las palmas de las manos y anunció con voz entre pedregosa y gelatinosa:

-Voy al baño.

Las botellas se vaciaban ante sus ojos una por una, con un silencio de acuerdo tácito: blanca, negra, blanca, negra.

-¿Vamos a mi casa? –preguntó Ramón entre sueños.

-Voy a buscar a Mario –respondió él, y se dirigió al baño, seguro de que Mario había sido devorado por quién sabe qué infundíbula extraterrestre surgida del inodoro o de la rejilla del piso, si la había.

En el gabinete mugriento se quedó contemplando el rectángulito de agua delineado de sarro orinoso en el fondo de la taza.

Mario no estaba, pero había dejado sus sandalias franciscanas en el suelo. Las contempló con desaprobación. Verdaderamente dan asco, pensó.

Tornó la mirada al agua del inodoro y se preguntó si Mario habría escrito aquella novela sobre el paraíso y el infierno. Nada. Ni una respuesta surgió del receptáculo dudosamente utilizable. Orinó sobre el líquido estancado con una vaguísima sensación de sacrilegio, y trató de no salpicar las sandalias. Tiró la cadena y escuchó atentamente si en el regúrgito del agua que se arremolinaba adentro del inodoro y bajaba como un eructo al revés por la cloaca, no se escuchaba la voz de Mario pidiendo ayuda.

Nada.

De todos modos, no lo habría ayudado; ese baño daba náuseas.

Caminó con Ramón hasta la casa anaranjada en la calle escondida.

En la primera habitación había una cama amplia y frente a ella, sobre la puerta, una máscara africana de cerámica o la imitación de una máscara africana, un objeto que despedía luz roja por innumerables orificios, como si los hubieran alfileteado desde el infierno y se asomara a este mundo a asustar a los vivos. “Qué cursi”, pensó, o dijo.

Se acostó en esa cama, pensando en el trayecto que podría haber realizado Mario, sin sandalias, por las tormentosas cañerías que palpitaban debajo del pavimento de las calles y las casas. Los ojos de la máscara proyectaban directamente sobre sus ojos redondos dos túneles de luz roja, y ejercían una fuerza de atracción tan fenomenal que empezó a sentir cómo su cabeza y su cuerpo eran succionados hacia aquellas dos oquedades que latían sobre la pared.

Empezaba a ondular como una banderita y penetró en la luz roja, o la luz lo penetró, abriendo los canales de su cuerpo y llenándolo de una sensación de liviandad, un aire rítmico y todo era silencio.

Entró por uno de los ojos de la máscara, se encontró flotando en un océano de luz roja translúcida y se sentía llenar y desaguar el cuerpo como si se tratase de una cisterna y a su lado transitaban, succionados por una fuerza corriente invisible y potente, el inodoro del bar, las sandalias de Mario, el mismo Mario desmembrado moviéndose como una marioneta y ahí estuvieron también los dos Adalbertos y el jazmín de la casa frente a la plaza y el auto del Vinchuca tan chiquitito que si estiraba la mano lo agarraba pero nada en su cuerpo era otra cosa que una marejada de ir y venir sin asidero sólo que adentro, adentro sentía todo lo que no existía por fuera y el rojo.

Trataba de abrir los ojos y los tenía abiertos y se le llenaban de agua roja y abrió la boca no para hablar porque la lengua se le había vuelto convexa o cóncava no sabía era como un tubo que succionaba, se le llenaba el paladar de magma sin temperatura porque perdió los sensores y abría y cerraba los dedos para atraparlos si vagaban en el océano rojo pero los dedos estaban lejísimos y se trabaron en una cabellera sin cabeza sin cuero cabelludo hasta que Edith le abría la puerta pero su cabeza estaba en llamas el peinado escaleno ardía como una zarza bíblica y ella con su sonrisa y la perra debajo del brazo embalsamada con ojos dos botones y sobre la mesa la gata seca seca como una escoba puso el dedo en uno de los ojos vacíos del animal salían confites que acribillaban el agua roja, el aire rojo, la marea interior que lo eructa por la boca de la máscara y lo hace derrumbarse frente a una puerta alta descascarada y un ojito de lince lo enfoca con un rayito blanco y otro ojo lo mira y un gesto y la mano que alza.

Abrió los ojos y Delma le ponía la boca en el borde de una taza caliente.

-Tomá que te va a hacer bien –le decía Delma sin mover el ojito de lince, que brillaba con luz propia.

Abrió los ojos y estaba en una pieza sin ventanas, con una puerta de doble hoja rematada en una banderola. Sintió bajo el cuerpo la cama temblorosa como si estuviera acostado sobre gelatina.

-Tomá que te va a hacer bien –repitió Delma parpadeando el ojo marrón, el grande, porque el ojito de lince parecía haber aspirado junto con la cara, el párpado que le correspondía. “Como para no ponerse pestañas postizas” –pensó y la risa le hizo volcar parte del té y le quemaba el mentón.

Se puso de pie y casi pisa a Dip, que se había escondido debajo de la cama de bronce y dejaba asomar la nariz larga zorruna por el borde del acolchado. Agradeció a Delma, o a Dip, o al ojito de lince por el té, por los cuidados, por la cama en la habitación sin ventanas con banderola, y se fue lo más rápidamente que pudo.

Su paso fue adquiriendo velocidad y comprendió que tenía que llegar a casa de Ramón.

Había estado en esa casa, pero debía volver a estar allí. Desandó las baldosas que le parecieron no pisadas por él en un camino de ida. Sintió a sus espaldas la lucecita del ojito de lince. Dobló la esquina. Caminó.

Empujó la puerta de hierro y estaba sin llave. Empujó la puerta de madera con la cara de bronce y estaba sin llave. Adentro un silencio sin respiración.

Ramón estaba sobre la escalera, sobre la escalera de granito verde extendido cabeza abajo como si se hubiera tropezado en esos escalones que no llevaban a ninguna parte pero tenía los ojos abiertos y la sangre chorreaba a través de los peldaños abiertos y verdes y había caído debajo, sobre el baño de plástico de la gata negra, la gata que se llamaba Pepa.

Entró en la habitación de la máscara, ahí estaba sobre la puerta, los ojos encendidos, la boca, la nariz.

Escuchaba un bocinazo en la calle y se asomó por la puerta de madera: desde la ventanilla de un automóvil el Vinchuca le hizo señas. Cerró la puerta, cerró la reja y subió al auto.

-Qué habilidad para meterte en roñas. Seguro que tocaste todo así te identifican -dijo el Vinchuca y encendía un cigarrillo.

-No hay caso, voy a tener que ayudarte de nuevo-agregó.

-¿Qué tengo que hacer? –preguntó él y se arrellanó en el asiento, en espera de instrucciones.

El automóvil salió de la Cuarta, rodó por la avenida costanera en dirección al norte. Giró a la izquierda, luego a la derecha y se detuvo frente a una casa de cemento con rejas coloradas.

-Que acompañes a una amiga. Yo voy a arreglar un asunto –respondió el Vinchuca.

La amiga del Vinchuca estaba en una silla de ruedas, y podía mover casi solamente los ojos. Tenía las manos y los pies secos y replegados como los de una momia. Una momia de ojos húmedos, que hubiera quedado a mitad del proceso de resurrección, como si los monjes sagrados hubiesen desaparecido o hubiesen sido asesinados antes de completar el rito mágico que le devolviera la vida completa, articulada, autónoma, y quedó una mujer a medias, encerrada entre la movediza muerte y la prisionera existencia humana.

-Me llamo Laura , pero me dicen Ita –pronunció, casi murmuró la mujer desde su pedestal con ruedas, o al menos él descifró ese mensaje o lo inventó para dar cuerpo a la vocecita del más allá de la mujer momificada.

El Vinchuca se metió en una habitación y se lo escuchaba hablar con alguien, alguien totalmente humano o que había completado el proceso de resurrección.

Salió acompañado por un hombre joven, corpulento, con una cara muy semejante a un pájaro carpintero y ojos muy dulces, similares a los de la medio momia de la silla de ruedas.

-Éste es Pedrito –presentó el Vinchuca-. El hijo de Ita.

-Ves Ita, Pedrito me va a acompañar a hacer un trámite pero volveremos. Te dejo con mi amigo que te va a

hacer compañía –agregó agachándose junto a la mujer medio momificada, como si al acercársele tanto, ésta comprendiera mejor las palabras que todos habían escuchado claramente.

La mujer murmuró algo como “no vuelvan tarde” o “tengan mucho cuidado”, y se quedaron solos en esa casa de techo bajo, con paredes decoradas con cuadros inexplicables, y muebles llenos de adornos de yeso, cerámica, vidrio, plástico, papel, del tipo de los que se usan sobre las tortas para los bautismos y los casamientos, o la primera comunión. Estaban sentados alrededor de una inmensa mesa de madera oscura.

-¿Vamos a tomar aire? –decidió decirle a la momia parlante, y empujó la silla de ruedas de la mujer inmovilizada por la puerta de entrada hacia fuera, hacia un porsche que daba sobre un jardincito triste y enrejado. Él se sentó al lado de la silla móvil y dijo:

-Bueno, Ita, cuénteme cómo son las cosas.

No alcanzó a escuchar mucho, si es que algo escuchó, porque cerró los ojos y se resbaló hacia adentro. Deslizándose por un tobogán de tierra desgranada y húmeda atrapaba salientes como palabras entrecortadas, fragmentos de frases interrumpidas por terrones blandos sin olor ni ruido.

Un chirrido de frenos y el estallido de las puertas de un automóvil lo hicieron abrir los ojos.

El Vinchuca abrió la reja a toda velocidad y lo empujó dentro de la casa. Sus secuaces traían a Pedrito en andas, y todos se encerraron, se fueron a la pequeña habitación donde habían hablado el Vinchuca con Pedrito, y cerraron la puerta.

Otro chirrido de frenos y los balazos acibillaron el frente de la casa como una tormenta de verano con rayos destinados y granizo demoledor.

El segundo automóvil partió y se oyó la voz de la mujer momia que murmuraba desde la silla de ruedas:

-Les dije que tuvieran cuidado, o al menos eso volvió a interpretar él, que había sido despertado tan abruptamente.

El Vinchuca abrió la ventana de la minúscula habitación y se puso a mirar a Pedrito que estaba tendido sobre la cama. Le dio una bofetada que sonó como otro balazo y dijo:

-Ya se va a arreglar, vas a ver.

Inclinándose sobre la mujer en silla de ruedas, la mujer incólume a la lluvia de granizo metálico que había decorado la fachada de la casa, le preguntó:

-Y vos, Ita, ¿cómo la pasaste?

La mujer medio momificada se puso a murmurar tal vez una respuesta tal vez una letanía o un rosario de maldiciones, que a él le parecieron palabras como “muy bien, estuvimos charlando mucho”, aunque también podría haberse tratado de “este inútil se quedó dormido” o “no he tomado ni siquiera un té”.

En el auto, el Vinchuca le dijo:

-Y no te preocupés por Ramón, mandé a mis muchachos. Si está vivo lo salvan de seguro. Además van a limpiar todo.

-¿Quién fue? –preguntó él. –Ramón no anda en nada.

El Vinchuca sonrió con una sonrisa adherida a la piel flaca de la cara.

-Es por vos –respondió-. Es aquel tipo que ajustamos por lo de tu amiga.

-Hijo de puta.

-Lo vamos a arreglar definitivamente –concluyó el Vinchuca, y allí terminó su discurso.

El auto dobló por muchas esquinas y se detuvo frente a una casa aparentemente abandonada. Un hombre con cara cuadrada y cuerpo rectangular les abrió la puerta y los acompañó a través de pasillos penumbrosos hasta otra puerta. La abrió y los hizo entrar. Desapareció en los pasillos.

En esa habitación, junto a la pared del fondo, había una cama grande y en ella acostada una mujer cuyas dimensiones ocupaban todo el ancho del colchón, pero no el largo.

Los cortos brazos estaban tan hinchados hasta la punta de los dedos, el tórax tan increíblemente redondeado por una gordura que había devorado el cuello, que su aspecto general era el de una desmesurada araña blanca, con los ojos a punto de saltarle del rostro tenso.

-¿Cómo estás, Rita? –saludó el Vinchuca, y se sentó junto a la cama en una silla de totora, y él hizo lo mismo en una silla gemela.

-Estoy rezando –respondió la mujer arácnido con un levísimo movimiento de las puntas de las patas traseras, que no alcanzaban la mitad de la cama, invisibles bajo las sábanas.

Miró al Vinchuca desde la monstruosa cara redonda:

-Ya me encargué de tus asuntos. Te va a ir bien. Tenés que cuidarte de la lluvia. Tu tía Yiya te está pensando mucho. Llevale flores a tu hermana, que te extraña. No seas ingrato.

-Gracias, Rita –dijo el Vinchuca, y la enana gigante, inflada como si fuera un globo con extremidades, parecía que estaba por rajarse en muchas lonjas de piel tensada al máximo y lívida en los brazos y la unión de la cabeza con el torso.

La enana gigante lo miró con ojos de fisura blandados por quien sabe qué piedad mística y murmuró:

-Que mi hermano venga a hacerme compañía. No quiero estar sola. La muerte me anda buscando.

Se escuchó un leve rasgido y él vio cómo el empapelado detrás de la cabecera de la cama de la mujer araña se trizaba en una línea quebrada que avanzó como un rayo, y se silenciaba.

-Que venga mi hermano. Que se apure –repetió. Y el aire pareció empezar a sufrir también él una tensión desgarradora, como el empapelado detrás de la cabecera de la cama de la enana arácnida, como la piel de la misma enana, que en algunos puntos marcaba las grietas de lo que podía anunciarse como un estallido purulento, mojado y oscuro que se expandiría por la habitación y tal vez se deslizara por la misma calle.

El Vinchuca y él se pusieron de pie y salieron de la habitación con una suerte de apuro disimulado, con la urgencia de quien corre delante de un dique de mierda que está a punto de estallar y anuncia con hediondos crujidos horribles la catástrofe.

En la calle sintió deseos de respirar el aire purificado de su barrio preferido, la Cuarta, y se dedicó a caminar.

Decidió –o sus pasos decidieron por él- entrar al hospital que se encontraba en el límite sur de la Cuarta. Una mole rectangular y redondeada como un transatlántico semienterrado junto a la estatua del hombre que enarbolaba un helado fantástico.

Subió los cinco pisos por las escaleras y se preguntó si en realidad había verificado que el ascensor no funcionase.

Atravesó un pasillo que podría haber reunido todos los elementos requeridos para ser calificado de sórdido, si no fuera porque al entrar en la sala de internación comprobó que en comparación, el pasillo resultaba agradable.

En la última de cuatro camas, junto a las ventanas que debían dar sobre el frente principal del edificio, se encontraba Ramón. Se acercó y se sentó en una silla junto a la cama alta de hierro metalizado. Los cinco pisos habían impreso a su respiración el afán de un vetusto ventilador de aspas trepidantes. Ramón dormía o estaba con los ojos cerrados. Pensó con una suerte de melancolía en los demás inquilinos de la sala: conocía muy bien cómo Ramón podía llegar a roncar y en sus ronquidos lograba imitar la intensidad sonora de un rinoceronte que se suena la nariz en medio de un desierto.

Con silencio felino, un enfermero apareció junto a la cama.

Tenía un rostro redondo y en un cierto modo perfecto. El cabello partido en dos alas de alquitrán sobre la piel cetrina enmarcaba soberbiamente dos ojos tan negros y profundos que la habitación vibró y se superpuso a sí misma con un escalofrío.

El enfermero tocó el brazo de Ramón y sin dulzura dijo:

-Tengo que ponerle una inyección.

Ramón abrió los ojos, miró al enfermero y miró al visitante que permanecía en la silla, todo sin mover la cabeza, en un girar de órbitas de iguana al acecho, o de camaleón calcinado en la rama petrificada de un bosque sin nombre.

Con una destreza absolutamente humana, el enfermero hizo su trabajo, levantó la mirada de galaxia apagada y la clavó en el visitante.

-¿Cómo te llamás? –preguntó él desde su silla-cárcel.

-Franco.

Ramón y su visitante vieron irse al enfermero por la puerta de la sala con paso seguro. No se dio vuelta. Ramón sonrió, cocodrilo satisfecho a la orilla del Amazonas.

-Así que viniste –dijo.

-Así que vine.

-Mirá que sos raro.

-Como un perro verde.

Ramón volvió a sonreír, esta vez como cocodrilo satisfecho a orillas del Amazonas, que ha decidido a regresar a las profundidades melmosas del lecho del río. Él pensó que con su cabeza vendada, Ramón asemejaba a un Tumi incaico encontrado en las montañas de Cusco y colocado en esa cama de hospital como un tesoro un poco sorprendente para admiración del público.

-¿Quién fue? –preguntó él.

Ramón entrecerró los ojos. Los abrió.

-Unos tipos. No los conozco. Pero los mandaba Pablo. Un ajuste de cuentas parece.

Dirigió sus pasos a casa de Delma. La mujer del ojito de lince le abrió la puerta y Dip le salió al encuentro y le saltó a las rodillas.

Delma estaba totalmente cambiada: en su rostro reblandecido lucían dos ojos similares, redondos, mesurados, a cuál más brillante. Uno expresaba cansancio y resplandor. El otro, feroz, reflejaba una luz cruenta y cínica. El ojo de lince había desaparecido.

-¿Viste qué bien que estoy? Me pusieron el ojo. Hasta puedo parpadear. ¿No es cierto que ni se nota? –le preguntó la mujer de ex ojo de lince, mirándolo derecho a la cara con ambos ojos paralelos, idénticos, iguales e inquietantes.

-Para nada –respondió él, segurísimo de que era la única respuesta posible en todo el universo a la pregunta que le había formulado Delma.

-Gracias a Jesús que lo pagó. Cuesta una fortuna, pero es lo último que hay. Qué querés. Me daba vergüenza salir a la calle siempre con anteojos oscuros, como una turra –agregó satisfecha, y lo condujo a través de la casa hasta la cocina con festones de hule verde.

El perrito se había echado a los pies de Delma, hipnotizado por el nuevo ojo, como por un oráculo que desde el pantano epidérmico de aquel rostro, allá arriba, lo mirase con fijeza vítrea e inapelable. Miraba a su dueña con esa veneración pedigüeña de los perros, con ese corazón de ciervo que se les sale por la mirada y les da una expresión de aceptación inconcebible en el resto del reino animal.

-Te voy a mostrar las plantas, y a ver si me ayudás a bajar brevas –dijo Delma, levantándose un poco terrosamente de la silla arrimada a la mesa de la cocina.

Salieron al primer patio y pasaron revista de cada maceta pintada de colorado. Dip los seguía en silencio con cuatro pasos afelpados sobre los ladrillos húmedos, en una procesión sagrada encabezada por el ojo mágico.

En el segundo patio, de tierra barrida, Delma buscó la caña con el tarrito, y se dedicaron a pescar en el lago verde de la higuera las brevas que en cardúmenes se escondían detrás del follaje. Delma contemplaba la operación con su flamante ojo impenetrable.

Con la larguísima caña en alto, hundida en las aguas del cielo y entre las algas de la higuera, se le ocurrió una frase escuchada desde la mesa de algún bar: “los ojos son el espejo del alma”. Claro, pensó, el espejo también es de vidrio. No pudo evitar una sonrisa, pero la sonrisa quedó mirando para arriba, allá donde apuntaba el extremo de la caña con el tarrito, que debió ser el único que la notó.

La tarea de limpiar las brevas para hacer mermelada fue dirigida por Delma con precisión y pocas palabras, bajo el control sonriente de Dip, junto a la mesa de la cocina. Dejó dos fuentes repletas de brevas peladas sobre esa mesa, y al salir de la casa con los dedos y el paladar moradamente ásperos, enderezó indudablemente hacia el noroeste, rumbo al bar del boxeador. Se había ganado una cerveza, pensó.

Las calles estaban muy poco pobladas, y el bar se le apareció ante la mirada redonda como una pecera fantástica, vieja, sucia, derrumbosa, poblada de extraños y monstruosos anfibios periformes, boqueando fabulosamente axolóticos.

Se quedó en la vereda contemplándolos.

Entró. Se sentó a una mesa. Anita acudió como un pez al anzuelo y con un beso clamoroso en la mejilla corroboró que debía traerle cerveza.

Vista desde dentro, la pecera no era un mundo acuático. Era un mundo ladrilloso, donde cada movimiento raspaba contra una atmósfera de pedregullo como el caer del ripio desde una cima, como el roce de una teja rota sobre las piedras calizas de un barranco. Sí, había algo de derrumbe en ese interior, algo detenido en una caída abisal e inevitable.

El líquido dorado y fresco repetidamente en su boca y su garganta suavizó ese paisaje árido y el submundo readquiría su acuosidad arenosa. Arenosa como la mano que se le apoyó en el hombro.

Se levantó de la silla impulsado por las miradas batracias de la fauna circundante y en dos pasos estuvo en la vereda. Miró hacia los vidrios sucios del bar por donde había visto pegada, como una Gorgona del subdesarrollo, la cara sarmentada de la vieja, la madre de Adalberto el joven, la misma que le murmuraba al oído en el hospital, la que lo tomó del brazo por la calle en su ceguera.

Nadie.

Regresó a su silla y recordó que alguien le había puesto una mano en el hombro. Buscó con la mirada redonda y corta y vio los mismos rostros, la lenta marea de cabezas inclinándose y manos asiendo vasos y bocas succionando. Anita llegó con otra cerveza y tal vez frente a ella, ella con su cabello rubio y enrulado como un nido de pingüinos bajo una mata antártica, decidió que iría a visitar a Edith.

El camino hacia la casa de Edith se le hizo ondulado, sin aristas. Se fue por la avenida hacia el sur, caminó rectamente, lo más recto que pudo, cruzó la avenida y tomó hacia el oeste por la calle La Plata. A mitad de la segunda cuadra entró en el patio exterior de la casa de Edith, golpeó la puerta de la cocina y sólo escuchó las patas de Marta contra la madera. Volvió a tocar y nadie salió. Regresó a la vereda y pulsó el timbre de la puerta principal. La perra ladró y la puerta se entreabrió con pereza. En el rectángulo hueco apareció Edith, nimbada por una sonrisa de la que se sintió excluido. Marta se le escapó entre las piernas, bajó los dos escalones de piedra y empezó a saltarle alrededor como un gusano de goma, o

como la cola de una lagartija cuyo cuerpo y alma hubieran escapado muy lejos.

-Hola pasá –fue el resumido recibimiento de Edith.

Dentro del enorme living raramente habitado, la penumbra formaba sombras consistentes pero volubles. En la pared de la derecha había un espejo del tamaño de una puerta, encastrado en el estuco, desde el cual un hombre lo miró y dibujó una mueca irónica. Parecía otro mundo idéntico al mundo de afuera, y que en cierta forma podía ser el mundo de afuera, y los seres que se encontraban en esa superficie bruñida podían ser los habitantes del mundo de adentro. Entre esos seres había un hombre alto, de cabeza pequeña, con un par de anteojos redondos como de intelectual o de mercero. Era Pablo. O eran dos Pablos, el del mundo de afuera, que sonreía debajo de los anteojitos redondos, y el de adentro, que escudriñaba con una mirada aguda como un alfiletero.

-Qué sorpresa –pronunció Pablo, vocalizando de manera tal que se hubiera dicho que estaba en una clase de dicción, sentado como en un trono sobre el sofá de grandes flores y hojas.

-El gusto es mío –murmuró él, de pie, absorbido por el misterio del espejo en la pared. Dijo esto y miró de reojo su propia imagen en ese espejo, por si acaso el otro él se atreviera a hacer algún gesto, una movida audaz e inesperada, como hubiera correspondido ante ese encuentro singular.

-¿Cómo? –dijo Pablo, sin abandonar la mirada que conjugaba al mercero con el alfiletero.

-Nada, qué lastima interrumpir –agregó él y se sentó en una poltrona equidistante del sofá, de espaldas al espejo. Era mejor evitar la reproducción de su incomodidad y el peligro de que el otro él que estaba dentro del espejo saltase como un loco gritando quién sabe

qué obscenidades. Edith se sentó entre ambos espacios, o entre ambos hombres, el de mirada corta y redonda y el de mirada de alfiletero. Había disminuido notablemente su aura de felicidad, como un paisaje inesperadamente apenumbado por una nube no totalmente opaca, semitransparente, pero que filtrase de gris los rayos de un sol radiante e impotente. A pesar de todo, una expresión de ausencia contrastaba con la precisa definición de su cabellera simétrica y presente.

-¿En qué andás? –lanzó Pablo, sin el menor resquicio amistoso, atisbándose a sí mismo, o al otro Pablo, en el azogue del espejo.

-En las mías –contestó él, y sintió que Edith se movía en su sillón como si quisiera encontrar una posición cómoda sobre una cama de clavos.

-No esperaba verte –agregó Pablo.

-Nos equivocamos. Vos y yo –contestó y se sorprendió de la increíble síntesis de su respuesta.

Como si cortara la marea licorosa de un bíblico Mar Rojo, Edith dijo:

-¿Y bueno? ¿Qué contamos? –se daba cuenta sin dudas de que los lugares comunes eran la única posibilidad que otorgaba una situación sin resquicios.

-Creo que todo cambia. Todo vuelve a cambiar –pronunció Pablo a modo de respuesta. Lo críptico no era su fuerte, sin duda, y a él le molestó su respuesta tan pretenciosa y tan imperativa.

-Todo –agregó él, como si repitiendo una de las palabras de Pablo lo neutralizara y le hiciera ver su estupidez. Comprendió que no había nada más que decir, pero no supo cómo expresarlo, y se dio vuelta para pedir al otro él del espejo un poco de ayuda.

El espejo le devolvió un frío silencio que avalaba su certidumbre sobre la trágica la inutilidad de ese

encuentro. Siguieron algunas palabras convencionales, que también se agotaron, y sin duda hasta el mismo Pablo hizo el esfuerzo de resultar humano, civilizado, pasable. Pero no había nada que hacer, así que él se levantó de la poltrona floreada, seguro de que su otro él se levantaba desde el espejo, y se despidió de ese dúo impermeable, monocigótico, inamovible en el cruce de caminos que los había encontrado y que los retenía en algo que ellos tal vez llamaran atracción, pasión, aburrimiento o quién sabe cómo.

Regresó a la calle y comprobó casi con sorprendido desaliento que había perdido por completo el efecto de las tres cervezas que le sirviera Anita en el bar del boxeador. Miró su propia vista aclarada y delante de las baldosas, las veredas, las acequias paralelas, los árboles poderosos.

Habría que detener al Vinchuca. Su deseo de dañar a Pablo no era tan fuerte como su deseo de no dañar a Edith, y debía reconocer que si bien no le importaba en general nada de nadie, le hubiera molestado terriblemente que Edith estuviera contrariada, o triste, o lo que fuere por causa suya.

Algo que tal vez era el mismo movimiento de rotación de la Tierra combinado con la fuerza de atracción de la gravedad y la resistencia de su propio cuerpo erguido sobre la faz del planeta, lo empujó hacia el sur.

Sintió que debía caminar en línea recta -línea que en este caso se dirigía hacia el sur-, aunque le costaba salir de la Cuarta. Se dio cuenta de que se dirigía hacia la casa de Ezequiel, el místico de los cactus en el patio tras el zaguán de mayólicas tras el jardincito con el ícono de la Virgen pseudo bizantina.

Llegó a la casa y se quedó mirando la imagen. Si se la estudiaba con detenimiento era realmente muy fea. Escuchó el saludo sin inflexiones de Ezequiel (o mejor dicho, con ciertas inflexiones que no correspondían al saludo, venían de otro lugar, de otra situación, de algo escondido hasta para sí mismo). Pasó por el zaguán, entró al patio de los cactus y se preguntó a qué había ido a ese lugar. Ezequiel se preguntaría lo mismo, visto que él no hablaba, y emprendió la tarea de explicarle la procedencia de algunos de los cactus.

-Éste es del Challao, y éste de más arriba, de Papagayos. Este otro es de Vistalba.... –enumeraba Ezequiel señalando con los grandes ojos celestes esas manos con dedos verdes cubiertos de espinas o de un vello rubiecito y engañoso.

-¿Encontrás muchos cactus en el Challao? –lo interrumpió él como si hubiera caído abruptamente sobre la tierra firme y levantase los ojos al cielo para comprobar que el avión en el que viajaba y desde el cual se había lanzado sin paracaídas, había desaparecido devorado por las nubes.

-Voy. Tenía la mochila llena de cactus y te encontré entre las jarillas. Estabas hecho nada, con la cabeza entre las piernas, encogido –Ezequiel hablaba desde una maceta, como desde una escenografía, mirándolo con los ojos muy grandes y más celestes todavía, semejante a una flor azteca frágil, milagrosa, inalcanzable y oracular.

-Gracias –respondió él alargando la palabra para que significara mucho más que sus dos breves sílabas.

-Dejé la mochila ahí y me la robaron. Debe haber sido la misma policía. Los cactus estaban desparramados por todas partes –agregó Ezequiel a modo de explicación.

-¿Por todas partes? –repitió él como si formulara una pregunta pensada.

Ezequiel lo miró con sorpresa. Lo miró con sorpresa avanzar hacia él que detrás tenía solamente el paredón alto y pintado de colorado. Avanzar derecho sin pronunciar una palabra y empujarlo con una mirada redonda, corta y poderosa. Con sorpresa empujarlo hasta dejarlo con la espalda contra el paredón, sin palabras con el temor naufragando en los grandes ojos celestes.

-¿Quién te avisó? –la pregunta fue clara, neta, clavó a Ezequiel contra la pared.

-El Vinchuca. Me avisó el Vinchuca –fue la igualmente neta respuesta del jardinero de cactus, que no vio exactamente una sonrisa en la cara de su inquisidor sino algo semejante e igualmente atractivo. Atractivo y a la vez amenazador como si fuera una sentencia. Cerró los ojos y se dejó andar. Sintió la sonrisa en su propio rostro, en el rostro de adentro. Sintió la sonrisa y se dejó andar. Lo que había dicho debería salir de ese pequeño rectangular jardín de macetas de cactus. Él su rostro la sonrisa los ojos cerrados el cuerpo contra la pared los cigarrillos en el bolsillo no.

En el camino de regreso a la Cuarta sus pasos devoraron baldosas en línea recta y al llegar al terreno conocido detuvo la marcha sin necesidad de pensar.

Dio media vuelta, caminó hacia el Este, hacia la Costanera del canal grande, y desde allí empezó a desandar el camino en dirección al sur.

Llegó al parque con la estatua del hombre del helado esgrimido como una antorcha apetitosa, lo atravesó, alcanzó la entrada del ciclópeo hospital. Miró hacia arriba el gigante edificio racionalista lleno de sufrimiento y miseria humana, y

de algunas cosas más. Se encaminó directo a la puerta principal, entró, atravesó el vestíbulo y se dirigió a las escaleras.

Una voz hueca lo detuvo:

-¿Adónde va? –dijo la voz, sin inflexiones, sin pasión ni misterio. Simplemente una voz humana.

Tuvo deseos de responder “de vacaciones”, pero en cambio dijo:

-A reemplazar a alguien que cuida un enfermo.

-¿Dónde? –volvió la voz, sin variar mínimamente su incoloro tono de vidrio, de vidrio gastado y opaco.

-Quinto piso sala seis –respondió él y dio a sus palabras la seguridad de la mentira bien fundamentada.

-¿Nombre del enfermo? –se empecinó la voz que empezaba a tener rostro, un rostro tan anodino como su sonido.

Dijo el nombre de Ramón y pareció un pasaporte que lo expidió al exilio de arriba, de ese arriba adonde conducían las escaleras de caracol implacables abrazadas luminosamente por paredes de ladrillos de vidrio.

Subió los escalones de a dos en dos, y la fatiga lo escarneció y lo obligó a proseguir de uno en uno, y se preguntó si en ese sitio se podría vender droga.

Las personas que circulaban o permanecían allí como si estuvieran cumpliendo una condena, o mejor dicho, la antesala de una condena, se veían lo suficientemente pobres como para gastar su vida de humillaciones en el placer delirante de la droga. “Otra droga los mantiene, aquí y en sus miserables calles y casas”, pensó y subía cada vez más asmáticamente las escaleras enormes, y alrededor y en cada rellano y piso las caras tajeadas de la desolación lo cruzaban

como chicotazos de lluvia de fuego sobre la ventanilla apurada de un tren.

Llegó al quinto piso y jadeaba y caminaba por el pasillo hacia la habitación número ocho –le había mentido al inquisidor de la voz humana, qué orgullo. Una mentira tan estúpida que su mismo éxito le había provocado el dibujo de una sonrisa, una breve energía con la que se había empujado escaleras arriba y transitaba ese pasillo ancho, tristísimo y solo.

Se atropelló al enfermero de rostro perfecto y cabello negro peinado en dos alas corvinas.

-¿Cómo te llamás? –le preguntó de sopetón, derecho, con los ojos rectos, cerca como al aliento.

-Franco –sonrió más que dijo el jovencito con una mirada tan velozmente brillante que hería. Parecía una mirada de astillas de espejo, tal vez de aquel espejo de la casa de Edith, o a lo mejor otro espejo, un espejo capaz de doblarse para entrar mejor en la carne, y una vez adentro enderezarse y recuperar su dureza de vidrio afilado.

-Franco –repitió el enfermero felino sin dejar de sonreír. –Ya me lo habías preguntado. Había detenido su paso, lleno de gracia, liviano y a la vez denso como sólo un cuerpo humano puede serlo. Seguía sonriendo.

Una enfermera de piernas abullonadas se acercó al enfermero desde el vacío del corredor y se puso a hablarle a una distancia epidérmica, como si tuviera que comerle la oreja y se dedicase primero a rezarle una oración a los pabellones auriculares, olisqueándolos antes de morderlos.

Decidió entrar en la habitación siguiendo el sendero mágico trazado por la mirada de Ramón, que desde su alta cama le marcaba los pasos a través de sus pupilas acostadas junto a su cabeza sobre la grande almohada. Parecía una suerte de Buda oscuro y machacado por guerrillas meteorológicas.

-Yo en tu lugar no me metería en eso –dijo Ramón a modo de saludo. Tené cuidado. Es propiedad privada. –Y no sonreía sino que hacía una mueca que podría haberse dicho de resignación o de dolor.

-En esta sociedad hay igualdad de oportunidades. Además es necesario colectivizar los medios de producción – respondió él, vagamente inspirado en un panfleto que había recogido del suelo frente al bar del boxeador.

Ramón intensificó la mirada oscura, advertidora: -No es joda. Yo sé lo que te digo. Ese niño puede desatar una guerra. Es letal.

-Las guerras no se desatan por un enfermerito semiadolescente de nombre italiano, replicó él reproduciendo la sonrisa que le había causado el éxito de la mentira simplísima que había desplegado ante la voz humana, la que lo había inquirido en el hall de entrada del hospital.

-Ni siquiera es argentino –agregó Ramón con un dejo que hubiera querido ser despectivo pero que no perdía su tono de advertencia. Como si la nacionalidad o la falta de ella implicase un peligro agregado, un factor indomitable y poderoso que se agregase a los ya explícitos temores que trataba de explicitar.

-¿Una guerra por un extranjero? –se le escapó de la sonrisa, a modo de respuesta.

Ramón movió, con un movimiento como el vuelo rasante de un avión a punto de despegar sobre la sábana de la cama, la mano izquierda, y con ella le tomó la mano derecha. Lo miró directo en las pupilas redondas.

-Por favor –le dijo- No te metás. Yo sé lo que te digo.

El enfermero entró a la sala con un paquete de toallas. Desapareció por la puerta del baño y regresó junto a la cama de Ramón. Precedido por una sonrisa exenta de sentimiento y llena de otra cosa, algo indefinible y sireneico. Y abriéndose paso con su mirada rectangular oscura y fría como una piedra

preciosa, como un camafeo de obsidiana rescatado de un altar de sacrificios humanos, se detuvo frente a la cama de Ramón y preguntó:

-¿Cómo está el enfermo?

A pesar de que su mirada no rozó a quien estaba en posición horizontal, vendado y con suero, sino que se concentró en el visitante sentado junto a la cama. Tal vez por esa razón fue el mismo visitante quien respondió:

-¿Qué tal una cerveza? –y la desmesurada desviación de su respuesta le provocó un temor un poco infantil, como un temblorcillo en las rodillas, pero a su vez un cosquilleo casi agradable entre las piernas.

El enfermero que no era argentino sonrió como si hubiera dejado de sonreír y renovase ese gesto que dominaba a la perfección, y que sin duda utilizaba a su voluntad; puso las manos en los bolsillos de su guardapolvos, con lo cual se marcó su cuerpo delgadísimo, y respondió como si hubiera dejado esta tarea a sus ojos negros:

-Me tengo que sacar el uniforme.

Y salió de la sala llevándose consigo un silencio redondo, prometeico, que se llenó de ángulos de luz y sombra tras su paso.

-Ay no, qué cagada. –Dijo Ramón con los ojos entrecerrados o cerrados - no se distinguía muy bien su cara desde la silla al lado de la cama-, y agregó insistiendo:

-Hacéme caso. Es propiedad privada. Te vas a meter en problemas, y no se trata de un trabajito o cualquier cosa. Te repito: este tipo es letal.

Siguió mirando al techo y hubo un silencio no de hospital, sino de espacio exterior, de zona intergaláctica donde no llegan ni siquiera los crujidos de los planetas ni los estertores de los soles. Respiró profundamente. Todo era extraño e inevitable. Respirar incluso le parecía muy

novedoso, especialmente en ese sitio infectado donde el aire puro debería pagarse a precio de oro.

Ramón agregó, suspirando o soplando desanimadamente el cielorraso:

-Ya sé que no me vas a hacer caso –y se movió en la cama de sábanas blancas como se debe mover un toro en el pasillo de madera que lo conduce a la arena, nervioso pero inevitablemente encerrado.

Y con este gesto, como si hubiera sido una señal acordada con las cosas, los ruidos de la sala retornaron vengadores como si descendieran desde el distante cielorraso, igual que un batallón de cruzados al grito de “Santiago” convencidos de que van a arrancar de manos de los infieles la corona de espinas o quién sabe qué reliquia indispensable para el cristianismo.

Los ruidos casi taparon la breve pero decidida respuesta que él le dio a Ramón:

-Ya te dije, no habrá guerra por un extranjero.

Regresó caminando a la Cuarta. Se detuvo en la plaza del monumento con el cóndor sobre los hombros. Observó a los travestis en la esquina y a las prostitutas en una cuadra más adelante. Había gordas y viejas como para atender a jubilados con carnet, y una niña que salía de la pubertad y ya había entrado en la vida con una patada mal dada, que le había roto cualquier posibilidad de convertirse en un ser humano.

Pasó frente a una casa sin terminar, enorme y pretenciosa, ante una vidriera con inodoros y bidets, ante la puerta de una pensión con un cartel de madera pintado con el nombre “Gladys”. Espió por el zaguán las macetas con malvones y el piso masacrado, de baldosas rotas y agujeros.

Siguió adelante y decidió encaminar sus pasos hacia el Este. Llegó a la plaza de la fundación, caminó por uno de los senderos oblicuos, se sentó en un banco y se dedicó a contemplar desde la distancia la casa del jazmín.

La fachada geométrica pintada color ocre sostuvo su mirada con inmovilidad y altanería. Un pájaro oscuro se posó en la balaustrada del balcón sobre el hall de entrada y escudriñó la plaza con su mirada picuda. Dirigió su cabeza de triángulo isósceles hacia donde él estaba sentado y permaneció estático.

Un automóvil estacionó frente a la casa color ocre donde estaba el pájaro vigilante.

Se abrió la puerta trasera. El pájaro siguió inmóvil y observaba todo.

Bajó un hombre enjuto de cabello ondulado y negro. Entró en la casa. Era el Vinchuca. El auto partió. El pájaro aleteó sobre la balaustrada y voló hacia el norte. Pasó un viejo con bastón frente a su banco, se detuvo. Lo miró. Siguió su camino.

Por la vereda de la casa se aproximó, desde la misma dirección por la cual había desaparecido el pájaro negro, un hombre alto. Desde su observatorio en el banco de la plaza ajustó su mirada redonda y focalizó al hombre corpulento, de cabeza pequeña, anteojos redondos y cabello al ras. El hombre golpeó la puerta de la casa del jazmín. Era Pablo.

Se levantó de su atalaya pensando que la planta de jazmín estaría cuidada, y se unió a un grupo de turistas que procedía del museo que se encontraba en el lado Este de la plaza, y se encaminaba con paso liviano y descuidado a los subterráneos bajo la fuente. Entró con ellos por la galería que se abría debajo de la misma fuente, respiró el aire penumbroso y húmedo y siguió con atención las explicaciones de la guía, una muchacha muy joven que dijo

llamarse Noelia. Los subterráneos lo hicieron sentirse vagamente seguro, acogido en un túnel húmedo donde no había calles, ni casas, ni conjuras.

Llegaron a las fuentes primitivas, que habían sido construídas una sobre la otra, y él pensó en esa manía del hombre de superponer su propia historia a la historia anterior, sobre el mismo lugar, aplastando como si no supiera que iba a ser aplastado también. Pensó que la Tierra crecía, que todas esas cosas se hallaban a metros por debajo de un suelo al que se le habían agregado capa tras capa, estratos de polvo y piedras que aumentaban irremediabilmente la cintura del planeta. Un planeta que acabaría ocupando todo el espacio, desplazando a la Luna, empujando al Sol.

Con estos pensamientos regresó a la superficie, acompañado por el grupo de turistas que caminaban livianamente, como una reina abeja acompañada por su enjambre de obreras.

Decidió que tenía deseos de tomar cerveza, y dirigió sus pasos al norte, rumbo al bar del boxeador. Pensaba en las fuentes enterradas y en todas las cosas subterráneas. Llegó a la esquina del restaurante de los dos amigos, de donde escapaba la voz de un tango.

Entró.

Sobre el angular escenario una mujer de cabello ondulado y cara oval cantaba tangos arrabaleros. La mujer interpretaba “Garúa” y un hombre joven, moreno, tocado con una inmensa cabellera que le caía en parte sobre los ojos, la acompañaba con el bandoneón.

Se sentó a una mesita junto a la columna cuadrada vestida con la bandera argentina, y pidió vino tinto. Le pareció más adecuado que la cerveza para acompañar el tango. La mujer arrastraba la voz por los pedregales de los suburbios en que la canción lloraba una fina llovizna

melancólica. El vino también era áspero, y cada trago arañaba su garganta como un manotazo de ripio encadenado.

La mujer terminó su interpretación, inclinó la cabeza ruluda sobre el pecho, el bandoneonista se puso de pie, y ambos recibieron la somnolienta cachetada de un aplauso.

La cantante bajó del escenario, aceptó un vaso de vino de alguien que se le acercó desde una mesa, y lo bebió de un trago. Se acomodó el cabello como quien acomoda una carga inevitable pero amada, con cuidado y una clase de irritación contenida, y el cabello regresó a su posición natural del mismo modo que una oleada de limaduras imantadas regresa al metal que le da sentido y la define.

Con paso más caballuno que felino, la cantante se acercó a la mesita junto a la columna con la bandera argentina, sacó de su corpiño un papelito doblado en cuatro. Sus manos eran grandes y llevaba diez uñas pintadas de color colorado.

Con ojos levemente estrábicos, marrones, un poco risueños, decorados de negro, con alas y senderos que se bifurcaban pintados alrededor, como lascivas lenguas de alquitrán, lo miró.

-Tengo algo para vos –dijo con un tono que nada tenía que ver con la ronca voz arrabalera que había desplegado sobre el escenario, y le acercó el papelito doblado en cuatro, apretado más entre las uñas pintadas de colorado que entre los dedos largos y un poco chuecos.

Un hombre con bigotes y cabello teñidos de negro, vestido con una camisa estrecha de cuello duro, se aproximó con paso de resorte oxidado a la mujer de las uñas y le ofreció otro vaso de vino tinto. La cantante lo aceptó con una sonrisa entabacada, dio media vuelta y se fue con el galán del oxidado resorte hacia otra mesa.

Observó el papelito doblado en cuatro, lo giró entre sus dedos y lo apoyó sobre su mesa con mantel de hule.

Bebió. Miró el escenario vacío. Pensó, tragando el áspero vino tinto, que había muchos escenarios. Que tal vez todo era un escenario. Que habría que aplaudir. Habría que aplaudir para que terminase la representación. Para que todos los actores se quitasen las máscaras.

Terminó la botella. Pagó. Se puso de pie y recorrió con su mirada redonda el local brumoso. Parecía que el tango siguiera allí, reptando entre las mesas cojas y las sillas desiguales, derritiéndose en el maquillaje untoso de mujeres tapizadas de vestidos brillantes, torturadas las piernas gordas y varicosas por zapatos con tacos y correas de cuero que les trepaban por los tobillos.

Caminó entre esas mesas y salió a la vereda por la puerta vaivén. Aspiró el aire malherido de la Cuarta. Abrió el papel y leyó: “Cruz Vera 660. Franco”.

Qué curioso. Pensó y recordó a Ramón ensangrentado en la escalera. El curioso color del colorado.

Caminó por las veredas rotas liviano como una rata que no ha comido. Fue hacia el norte.

La casa de la escalera de granito verde seguía en el centro del laberinto de espejos justo en el vórtice de una calle sin salida y sin entrada.

Zigzagueó sus pasos hacia el Este y hacia el norte, llegó a la esquina trunca que indicaba la dirección. Miró hacia su derecha y vio la fachada naranja y el enrejado gris. Sonrió. Tocó el timbre dos veces. Se abrió la puerta oscura y apareció la oscura cabellera del enfermero, planeando sobre un rostro cetrino de ojos gatunos.

-Hola, dijo.

Entró y en la penumbra de la sala burguesa, ordenada, impecable, pensó que debía volver a probar la ducha de esa casa, la ducha que caía en el centro del baño campesino como

un eclipse en medio del cielo, y también pensó lo que Ramón le había subrayado: en esa casa había dos duchas.

Cerró los ojos. Abrió los ojos. Cerró los ojos. Abrió los ojos. Frente a la cama, sobre la puerta, la conocida máscara de cerámica forada con una lucecita roja detrás titilaba como una estrella monstruosa a punto de estallar.

Se sumergió en un abismo marino y rectilíneo, donde la única manera de no zozobrar era mantenerse aferrado a una de las aristas dulces e implacables de ese cuerpo a su lado, a su lado o debajo de él, o encima, no lo sabía, las algas lo cegaban y cardúmenes de peces plateados iluminaban brevemente esas profundidades para dar paso a figuras monstruosas, engendros de las aguas profundas que recortaban sus sombras amenazadoras entre los dos, entre él su cuerpo conocido y martirizado y el de Franco, o quien fuera ese ser longilíneo que se debatía a su lado y suspiraba o intentaba respirar bajo el agua, el agua misteriosa que a los dos arrastraba cada vez más abajo, hacia cavernas ignotas inexploradas, hacia el pasaje secreto que los dejaría sobre otra playa, una playa soñada, la playa que había imaginado tantas veces.

Cerró los ojos. Sintió un aliento submarino sobre el pecho. Abrió los ojos. Sobre la cama, el rectángulo de una claraboya respiraba invisible. Estiró la mano derecha y tocó el cuerpo de Franco. Era increíblemente delgado, y sin embargo ocupaba tres cuartos de la cama. “Qué poder el de la geometría”, pensó. Cerró los ojos. Respiró profundamente. Se sintió exhausto. Le vino la idea, antes de claudicar, si no corría el peligro de volver a quedarse ciego.

Abrió los ojos y estaba solo. Dos ojos redondos y amarillos saltaron sobre su estómago montados en cuatro patas negras, y lo miraron fijo como debe haber mirado la

lechuza de la diosa Atenea a los sofistas durante la decadencia de la polis.

Se estremeció y la gata desapareció en otro salto invisible.

El barrilete de la claraboya le respiraba encima.

Se sintió vagamente feliz de no estar ciego. Se levantó, atravesó toda la casa y salió por la puerta final de la cocina de vitraux. Cruzó el patio y entró en el baño grande. Abrió la ducha y comprobó con placer que seguía siendo abundante y caliente.

La casa estaba vacía.

Se iba y contemplaba la escalera donde había encontrado a Ramón con la cabeza partida. Todo estaba limpio, muy limpio. En el umbral de la puerta vio los ojos redondos de la gata, que debía llamarse Pepa, sin duda, que lo miraban sin reproche desde la entrada de la galería.

Salió a la calle y decidió que definitivamente debía caminar hacia el sur. Al norte se hallaba la frontera de la Cuarta, y no le pareció adecuado atravesar fronteras.

Caminaba contando baldosas y espiando ventanas, conjugando la cuenta regresiva de un recorrido consciente y a su vez azaroso. Trazó rombos y pentágonos, tratando de evitar cualquier línea curva, para dar a su recorrido la apariencia de una dirección neta, la huella de una voluntad determinante.

Desde una esquina divisó la casa de Delma. Se detuvo a contemplar la hermosa y alta fachada humillada por el abandono, las cicatrices de las enredaderas, que habían dejado chupones de amor en la piedra marrón grisácea de las paredes, y en algunas partes se habían llevado consigo estratos de la epidermis mineral.

La doble puerta se entreabrió y permaneció sesgada, como si quisiera respirar, dar aire al pulmón interior de la

casa, cerrado al mundo, aislado en su silencio secreto. Desde la esquina donde se hallaba de pie, redondamente, no distinguía más que las dos hojas de madera inclinándose hacia adentro. Un tirón decidido pero suave acabó de abrirlas y vio salir de la casa a Ezequiel y a Franco, seguidos por Delma.

Un rayo de luz se refractó en el ojo mágico de la mujer, y se lanzó directamente cruel a sus pupilas que atravesaban dificultosamente la calle en diagonal para contemplar la escena en la puerta de la casa de las enredaderas arrancadas.

Bajó los párpados para paliar la herida luminosa. Cerró los ojos. Los abrió y la casa estaba cerrada, la puerta cerrada, el jardín cerrado, la triste fachada de piedra y nadie en la vereda.

Deshilvanó sus pasos y se dirigió al noroeste, al bar del boxeador.

Se sentó a una mesa y se puso a tomar, con la mirada fija en el ángel de la pared. La cerveza descendía por su garganta tropezando, y sintió un ramalazo de fiebre subiendo desde su pecho. Cerró los ojos. Tragó. Abrió los ojos y el ángel frente a él se había convertido en Lúquez, que lo miraba con su mirada obtusa y escrutadora.

-Hola –dijo Lúquez sin atreverse a sentarse en la silla libre frente a él.

-Vamos a tu casa –alcanzó a responder en una admirable síntesis de acuerdo y comunicación, y se levantaba de la silla de plástico y todo dio un giro a su alrededor, rotando sobre su mesa y volviendo a acomodarse maquinosamente dentro de su cabeza.

Salieron a la vereda. Caminaron en silencio. Ajustó la mirada redonda sobre una vieja encorvada que se movía en precario equilibrio agachándose y levantándose, recogiendo todos los papelitos que volaban a ras del piso. Tenía el pelo

gris suelto sobre la cara casi invisible y la apariencia enajenada.

Se detuvo a observarla. La vieja llegó a su lado, lo miró entre las greñas, se agachó y recogió un papelito que el viento le había pegado a los tobillos. Lo levantó, se lo alargó con una mano sucia y sarmentosa, y le dijo:

-Estás cayendo en una trampa, estúpido.

Él guardó el papel en el bolsillo de su campera y siguió caminando junto a Lúquez. En una oleada de fiebre que le hizo ondular el cerebro como las mareas submarinas hacen ondular los bosques de algas donde viven miríadas de seres horribles y multicolores, creyó reconocer en la vieja loca a la madre de Adalberto el joven.

Cerró los ojos sobre el colchón desgraciado de la casa de Lúquez, y la frescura de las paredes picadas le alivió ligeramente la fiebre.

Abrió los ojos y Lúquez le daba agua en un jarrito.

Cerró los ojos y los ladrillos mordisqueados se le venían encima.

Abrió los ojos y Clementina, la anciana del departamento de Buenos Aires, le ponía paños en la frente.

Cerró los ojos y el colchón se abrió para dejarlo caer en un abismo de fuego.

Abrió los ojos y Lúquez le daba a beber algo en una cuchara enorme.

Cerró los ojos. Cerró los ojos. Cerró los ojos. Abrió los ojos. Le pidió a Lúquez que lo acompañara hasta la ducha y el agua despojada le llegó a todo el cuerpo, tomándose el trabajo de ir ocupando zona por zona, de ir descendiendo desde el caudal misérrimo y voluntarioso por cada bisagra, lisamente en meandros frescos hasta los escondidos repliegues de su fiebre. Como si su fiebre lo hubiera esculpido. Hubiera dado a su piel un carácter estatuario,

idólatra, perenne. Solamente esa frescura podía redimirlo. El río sagrado que borra cada recuerdo, pensó en un relámpago de fiebre.

Pensó o vio cadáveres inmensos inmersos en las letales aguas que devoraban recuerdos y de ellos se nutrían. En las letales aguas que todo lo permitían porque todo permitido está cuando no existe ningún recuerdo que con mano enguantada detenga firmemente esa mente perversa, esa imaginación prohibida. La fiebre. Una excusa para ver, para contar las baldosas adosadas en cada cuerpo humano Incluso el del obrero que su cuerpo seguramente dejó ir a la obra al andamio peligroso y el vértigo El vértigo como un deseo insatisfecho que llama desde abajo Un deseo que es un conato de vómito al revés y atrae hacia abajo

Abajo no había más que el sumidero oxidado de la bañera. Ese instrumento de tortura oblicuo y oxidoso nada bueno auspicia dejó de meter los pies abajo del chorro y de mirar cómo ese chorro escuálido se mezcla con ese chorro otro Ése chorro amarillo fuerte –tiene olor- que se mezcla y se disuelve Mirá el sumidero Mirá esa rejilla oscura Oscura Tu alma miserable cada uno de nosotros se hunde en ese sumidero y ¡¡¡hasta pronto Bugs Bunny!!!

La crisis pasó. Lo supo. La crisis había pasado. Pensó que debía agradecer a Lúquez su atención, y creyó que lo adecuado –habría correspondido en un protocolo tipo “Sissi emperatriz”- era sin lugar a dudas regalarle un paquetito con varias dosis de cocaína. Nada más que un paquetito. Solamente había que engolosinarlo.

Pero irse de aquella casa era en cierto modo dejar un mundo. Quizás Lúquez lo había ayudado. Quizás Lúquez era humano. Quizás. Ahora él mismo volvía a ser o era humano, por primera vez o por centésima vez. Lo mismo. Era

exactamente lo mismo. Qué valía más. Sí. Dejar la casa de Lúquez. Algo había que hacer. Y cualquier cosa que se emprendiera en el mundo, cualquiera que fuese, implicaba como condición inapelable e indiscutible, dejar la casa de Lúquez.

Salió a la calle, respiró hondo y se alegró de no ver las paredes de ladrillos cariados. Encaminó sus pasos hacia la Cuarta en un zigzag conocido y veloz. Llegó a la avenida principal. Metió la mano en el bolsillo de la campera y encontró el papelito que le había dado la vieja enajenada en la puerta del bar del boxeador. Lo desdobló. Lo leyó: “Estoy en la casa de la calle Ituzaingó. Franco”.

Sintió un terremoto lejano, que había sucedido en otro continente donde las personas habían muerto aplastadas por los edificios y las montañas derrumbadas. Para él fue un terremoto. Lejano como un recuerdo. Apretó el papelito en el puño.

Caminó sin conciencia hacia el Este. Una sensación de aire lo movía, de aire interno. La fiebre lo había dejado tan liviano que sentía las baldosas de las veredas que pisaba como placas móviles que se levantaban levemente al imprimir su cuerpo el peso de sus pasos; marcaban un camino y lo hubieran marcado aun contra su voluntad.

En una esquina lo detuvo una brisa de origen invisible que se apoyó en su espalda, obligando a su cuerpo a una inclinación de vector oblicuo que se sostenía por un punto apoyado en la tierra cóncava. La esquina perdió su escuadra y se caleidoscopizó, multiplicando los ángulos monstruosamente. Se apoyó contra un árbol o treinta árboles paralelos que había a su lado. Cerró los ojos. Una mano se posó en su hombro como el ala de un pájaro negro. Una voz baja, brumosa, clandestina, le dijo cerca de la cara:

-¿Estás bien?

Abrió los ojos y junto a su rostro intentó ajustarse el rostro de una prostituta o un travesti que lo miraba con ojos fantásticamente enmarcados de negro y azul.

-¿Te sentís bien? –repitió la mujer o el travesti.

Volvió a cerrar los ojos y sintió, perezosamente, que se deslizaba hacia el piso, gradualmente, como si los estratos de su cuerpo se apoyaran unos sobre otros, aplanándose, casi agradablemente, derramándose sobre la vereda acanalada de la esquina.

Abrió los ojos y vio paredes redondas tapizadas de fotografías. Eran fotografías recortadas de revistas, de revistas de colores, de todos los tamaños y de todas las formas. De hombres y de mujeres. “Qué extraño”, pensó él, “no hay ningún caballo, ni perro, ni pájaro. Sólo hombres y mujeres”.

Una mujer con el pelo como lonjas de zanahoria estaba sentada a su lado. Tenía un cuerpo tan desproporcionado que se hubiera dicho que había allí sobre la silla dos cuerpos en uno. Uno de ellos más abajo, como ocupado por el otro, el triunfador, que era un cuerpo voluptuoso, pero no de una voluptuosidad natural, procaz, sino de una especie de esferización de las partes, como si un árbol hubiese sufrido el ataque de una extraña gangrena que le provocaba enormes nudos y bullones en el tronco, que hinchaba antinaturalmente algunas ramas y dejaba otras sutiles y gráciles pero descompuestas en esa desarmonía que ya no podía llamarse humana, o arborícola, según el caso.

Él estaba acostado. La mujer-árbol era Michela, la pitonisa del tarot.

-¿Te sentís bien? –repitió la travesti con su boca adosada (uno de los adherentes del tronco de árbol), que se movía independientemente de las palabras.

-Hola -respondió él. Ajustó la mirada y comprobó que las paredes no eran redondas, sino que habían perdido sus ángulos bajo las capas innumerables de fotografías y recortes. Cuántos papeles y goma de pegar harán falta para lograr este efecto, alcanzó a pensar y Michela le pasó un tazón con un brebaje humeante.

-Tomáte esto –le dijo la travesti y él vio sus manos rematadas en uñas larguísimas laqueadas de rojo, como prolongación de los dedos grandes y de un meñique quebrado.

-¿Qué es? –preguntó con la desconfianza de un niño ante su primer plato de sopa.

-Caldo de gallina, y no es de cubitos, está hecho con gallina de campo –respondió Michela con un aire de orgullo, como si revelara que la obra cumbre de la literatura universal, aunque nadie se hubiera dado cuenta, la había escrito ella de puño y letra.

-Ah –respondió él, y se llevaba el tazón a la boca pensando en si sería capaz de distinguir un caldo de cubitos de uno hecho con gallina de campo, y en cuál sería la diferencia entre una gallina de campo y una de ciudad, y en si existirían las gallinas libres, salvajes, que hicieran sus nidos en los bosques o transitaran misteriosamente las selvas tropicales.

En realidad el brebaje sabía muy bien, aunque su falta de costumbre con la comida, y mucho menos casera, le provocaba una suerte de regurgito en el esófago.

Michela lo miraba beber complacida, sin duda. No se borraba la sonrisa de su gran boca artificial, aunque no se podía saber si era porque no lograba cambiar de posición los gruesos labios pintados y adosados al orificio bucal, o porque a pesar de todo, conservaba un gran buen humor.

-¿Viste? No quisiste trabajar conmigo y aquí estás, tomando mi sopa –dijo la travesti y él intentaba tragar todo el

contenido del tazón y frenar los regúrgitos de protesta de su esófago o lo que fuera por donde bajaba el líquido espeso, caliente y salado.

-No importa –respondió inventado cada palabra, porque no sabía qué decir. “Gracias” hubiera sido humillante tal vez, y “qué me importa” también. Agregó al “no importa” un “está buenísima la sopa” y se alegró tanto de que le hubiera salido esa frase feliz de su atormentado esófago o como se llamara el conducto por donde salía el aire y se llenaba de sonido y modulaba las palabras que le decía a Michela.

Regresó a la calle, se detuvo en la misma esquina. Decidió proseguir su camino desde el punto donde lo había dejado. En el fondo, no había pasado nada. Sólo un calor en el estómago que después de todo le parecía que le daba un cierto anclaje en el piso, como que determinaba su peso específico y lo relacionaba amablemente con la fuerza de gravedad.

Estaba tan cerca de la calle Ituzaingó que casi extrañó el cuarto redondo de Michela.

Todo sucedía así, cayendo por un tobogán inevitable.

Atravesó dos calles en dirección Este, atravesó la misma calle Ituzaingó y se sentó en un banco de la plaza. Miró la casa del jazmín y vio el cielo combarse sobre los techos altos y sobre el pórtico, para derramar en la vereda vacía una luz venenosa y fría.

Se puso de pie, cruzó la calle, la verja de madera y ladrillos y entró al pórtico. Golpeó la puerta taraceada. Una mano abrió desde el otro lado. En la penumbra detrás de la puerta la mano estaba acompañada por un cuerpo con un rostro.

-Pasá –le dijo el cuerpo con rostro, y no lo siguió en el salón clausurado y el pasillo oscuro, de una de cuyas puertas

surgió el perfil de un cuerpo diferente y de un rostro diferente: era Franco que sonreía lleno de gracia infernal. Entró en la habitación y los abrazó la sombra.

Caía. Caía. Caer. Cayó en un pozo con paredes de dos manos y dos piernas. Se deslizó tropezando casi amablemente en las aristas de una penumbra húmeda que le succionaba el aire y la saliva. Intentaba aferrarse y la carne se le escurría de entre sus manos longilínea y sonriente. Sentía huir la vida por todos sus orificios, por los mínimos poros de su cuerpo, de su cuerpo que había perdido los confines, sin confines su cuerpo. Cuerpo. Cuerpo. Nada. Esa nada tenía un nombre, pero no conseguía aferrarlo. Demasiadas vueltas había dado en el río de su movimiento ininterrumpido como para detenerse, tantear con el cuerpo y los ojos, y la boca y todo, lo que tenía a su lado. No era el cerrar los ojos, abrirlos y levantarse, salir a la calle y caminar, caminar sin rumbo pero con el rumbo preciso, inequívoco del mismo camino. No quería, no hubiera querido levantarse, incorporarse sobre eso que estaba sucediendo en los perímetros de su cuerpo, como un guante ajustado sobre cada una de sus extremidades, de sus milímetros, un guante cálido y suave. Levantarse e irse era impensable, y cómo podía suceder. Cerró los ojos igualmente aunque sabía que no, era imposible regresar.

Por primera y única vez en su existencia errante le interesaba saber algo. Hubiera querido saber quién era Franco. Qué soñaba, por qué dormía acurrucado y temblaba con leves estertores como de llanto mudo. Su cuerpo enrollado parecía un pez blanco y salado apoyado en la arena de un abismo en el fondo inalcanzable del océano.

Tuvo la sensación clara casi luminosa de que todo lo que sucediera era inútil. Pero no de esa inutilidad de la que había visto recubiertas las cosas y las personas en su peregrinar por el laberinto de calles y puertas de su existencia. Era otra inutilidad. Esta inutilidad de su amor era

trágica, porque estaba totalmente permeada de algo, una materia que no quería nombrar y que se había negado a conocer. En un cierto sentido Franco era esa materia. Era la traición de su idea, de su existencia misma. Algo cuyo nombre no lograba recordar había empezado a caminar junto con Franco en esa penumbra del fondo del mar, o en aquella sala de hospital donde estaba internado Ramón. Sin duda se trataba de algo que era inasible pero que iba a atrapar su vida hasta asfixiarla, perforarla, deshacerla en miríadas de fragmentos.

Había temido a ese algo y lo había esquivado a través de los innumerables laberintos de sus recorridos por la Cuarta. Esa materia informe que se escondía detrás de cada rostro, a la vuelta de cada esquina.

No quiso verla.

No quería.

Y sin embargo se le presentaba sonriente y triunfante acostada a su lado, emanando, transformando todo a su alrededor. Todo lo que había construido y mantenido. Franco era una llave. O tal vez una puerta. Y el precipicio de su cuerpo era sólo el camino. Lo llevaba hacia donde no había querido ir.

Era muy difícil no percibir la respiración de ese largo cetáceo acurrucado a su lado, de esa piel blanca y a su vez verdastra, como si fuera una aceituna no madura, como si las aceitunas pudieran dormir y soñar. Que soñaba se lo decía la agitación de los párpados orlados de unas pestañas tan largas que aún en la sombra hacían sombra; de los labios carnosos que se humedecían y parecían hablar hacia adentro, decirle un secreto a ese paladar que daba ganas de espiar, como si fuera una cavidad prohibida de la que acababa de adquirir los derechos. Sí, algo había de traición en ese cuerpo. Pero no en ese cuerpo y en lo que escondía. La traición estaba en sí mismo. En no poder moverse de allí, en

no retomar las veredas queridas y conocidas y escapar de esa marejada inmóvil, acechante, que escapaba de la nariz ligeramente ancha y trepidante de Franco y pesaba sobre su cabeza.

Otras habitaciones lo habían hundido en la penumbra. O mejor dicho, habían abrazado su cuerpo regalándolo a la sombra al silencio a la alucinación. Pero esa habitación desnuda lo estaba reteniendo a propósito. Y no era su cuerpo el que permanecía allí. Su cuerpo esta vez obedecía a su intención, o debería decir, por primera vez, a su deseo, de no moverse, de no alterar uno solo de los átomos de esa atmósfera que sabía irrepetible y que presentía catastrófica pero inevitable. Como inevitable era mantenerse despierto. Porque no podía perderse uno solo de los temblores del cuerpo de cetáceo aceitinado acurrucado en el lecho del océano, en las fosas de Atacama de ese lecho que flotaba en la sombra.

Pensó sabiendo que no era un pensamiento, que se trataba de una quimera absurda y que esa quimera absurda era también parte de la trampa a que lo llevaban esa habitación, esa cama, ese cuerpo. Pensó que le hubiera gustado salir volando a través del techo, abrazar el cuerpo acurrucado sin despertarlo y salir volando y no importaba que se alejaran las calles de la Cuarta. Otra Cuarta habría en otro lugar. Otro lugar del cual había negado la posibilidad y que existiría y allí iba a llevar ese cuerpo para que se despertara muy lejos. Pero no era necesario que fuera otra Cuarta. Ni que fuera su barrio de veredas aprendidas de memoria y de fachadas escudriñadas hasta la obsesión. Con ese cuerpo que era Franco y no lo era, que no hablaba pero que tenía pupilas debajo de los párpados orlados de pestañas negrísimas, con ese cuerpo iba a estar en otro sitio, sin veredas, sin fachadas, sin el conteo de las baldosas simétricas y las puertas que se abrían y la droga. Y qué importancia tenía todo eso y lo

pensaba y sabía y una saliva de amargura le subía por el estómago y se le instalaba en el pecho exhausto porque sabía como había sabido y no quisiera saber.

No era Franco quien lo acompañaba a ese lugar. No salía volando por el techo como un ángel de teatro ni prescindía de sus veredas y su barrio amado. Era él solo. El perro verde que escapaba a un baldío inhóspito para confirmar lo que podía saber, lo que supo sin que hubiera de por medio ninguna revelación. Y era que nadie lo acompañaría. El vuelo solo el vacío de un cielo o un suelo abajo arriba qué más daba cerrar los ojos. Cerrar los ojos lo había hecho lo hacía lo estaba haciendo. Cerrar los ojos porque otra cosa no quedaba. El cuerpo de cetáceo dormido la aceituna no madura el lecho en el fondo del océano otro lugar sin veredas sin baldosas sin fachadas otra cosa no había que no fuera él. Él solo en lo que siempre había sido sin ninguna otra posibilidad sin nadie.

Cerrar los ojos. Se pagaba muy caro haber cerrado los ojos. Y total, si había que pagar todo aquello. Tanto valía hacerlo a su modo. Volver a cerrar los ojos. Y volver a abrirlos quizás.

Abrió los ojos y todo se movía a su costado. Estaba sentado en un auto.

Su cabeza quería detenerse y chocaba contra las paredes de la velocidad.

A su lado estaba sentado el Vinchuca. No hablaba. Llevaba una cara hierática como si se la hubiera lavado con mármol líquido. Sonrió de su misma ocurrencia, pero fue una sonrisa debilísima, como débil sentía su cuerpo, con una laxitud extraña y nueva, estrenada y ya abandonada, dulce. El Vinchuca no lo miró, pero como si hubiera percibido la

sonrisa apretó los labios finitos y se le marcó la mandíbula angulosa debajo de la piel casi transparente de ofidio.

No sentía fiebre. El cuerpo ajeno sentía, como si perteneciera a otro, a otro que lo cuidaba y lo acariciaba mientras él descansaba, no pensaba, cerraba los ojos. Volvió a sonreír con los ojos cerrados, la cabeza apoyada sobre el respaldo del asiento de terciopelo sintético. El auto dio un salto. Seguía el silencio y una curva lo acercó al cuerpo rígido del Vinchuca. “Un espantapájaros”, pensó. “Un espantapájaros de palo de escoba”.

Respiró profundamente, y el aire penetró en él como un trago de agua de dagas, como una lengua de hielo. Sintió, por fin, que tenía un cuerpo. Sintió sus pies, sus piernas, sus brazos, un todo articulado que tal vez tuviera sentido, o que lo tuvo.

Las cubiertas pisaron ripio, o un suelo de piedras, y el automóvil vibraba en una nube de polvo. Como si no dudara, se detuvo en el lugar exacto en que debía detenerse. Entre pedregullos, matas de jarilla, y allá abajo la ciudad extendida como un lago titilante.

El conductor se bajó, abrió su puerta y lo tironeó fuera del auto. El Vinchuca bajó por la otra puerta. Los siguió con paso ripioso. Imaginó sus zapatos negros lustrados pisando los cascotes y las ortigas. Pensó con sorpresa que probablemente ése era el mismo lugar donde lo había encontrado Ezequiel, donde la policía lo había tirado después del interrogatorio y la paliza.

-Será el sitio preferido por el Vinchuca, pensó, y volvió a sonreír.

El conductor lo llevaba de un brazo y llegaron al barranco sobre la ciudad allá lejos. Trató de individualizar la Cuarta, un punto fijo en un gran mapa cuadrangular que se reproducía a sí mismo geométricamente. Pensó que sus pasos habían quedado allá, a su izquierda, delante de él, de él que

miraba redonda y últimamente el plano imposible de su recorrido.

El Vinchuca, desde atrás, le apoyó un objeto tibio en la nuca.

-Varias me hiciste. Te las dejé pasar. Pero no tenías que meterte con lo que es mío –su voz sonaba más metálica, más fría, o tal vez era una sensación suya, pensó él, entregado a una suerte de blandura, de comprensión de algo, de todo, de lo que había presentado junto al gran cetáceo dormido. El hombre de piel de aceituna inmadura, el que había destejido el torrente tan trabajosamente urdido.

Los innumerables laberintos de calles y veredas se entrecruzaron ante sus ojos y parecieron formar un solo camino, un solo laberinto o una sola calle. No una calle sin salida, un juego de espejos como aquél que había conocido en la casa en que se encontraban Ramón y esa gata negruzca - ¿se llamaba Pepa?- , sino una calle abierta, sin final. Todas las demás calles convergían en ésta, y desde allí muchas personas se asomaban y lo miraban. Todas las que había dejado atrás en su irrefrenable girar y girar como el tronco en el remolino del río.

Sólo un rostro no apareció, y era el único rostro que hubiera querido ver, recordar, palpar.

Sintió cómo el objeto tibio se apretaba finalmente contra su nuca y alcanzó a ver allá abajo, en el mapa de la ciudad, allá abajo a su izquierda, la Cuarta, sus calles, una casa en penumbras, el titilar inútil de una sonrisa en el vano de una puerta. Recordó como en un relámpago una máscara asomada sobre su cara en una habitación joven y abandonada. Las palabras apocalípticas sobre el pecado y el destino, sobre la ciudad que brillaba lejos como otro cielo. Que iba a brillar. Que brillaba.

El disparo.

Daniel Fermani